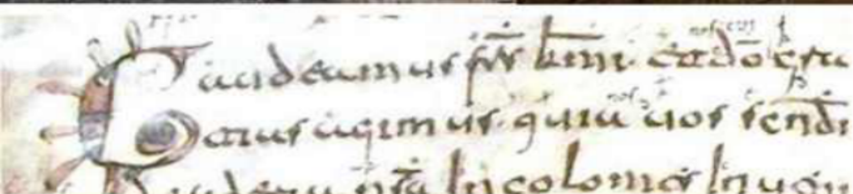








# LOS ROBLES DEL ATARDECER

Frco. Javier Rodillo Cordero

# LOS ROBLES DEL ATARDECER

Frco. Javier Rodillo Cordero

Los personajes y situaciones que aparecen en el relato son ficticios y fruto de la mente retorcida, incluso calenturienta, del autor. Por tanto, cualquier similitud o parecido con hechos, situaciones y personas reales no es más que pura coincidencia.

Todo ello, con excepción de algunos personajes y datos históricos desperdigados aquí y allá y que pueden ser fácilmente identificados. Aunque conociendo como conozco al autor, no me fiaría tampoco mucho de la supuesta historicidad de los mismos, y, como al resto, los echaría en el saco de los inventos y fantasías que ha desparramado sin rubor alguno por todas y cada una de las páginas.

# ÍNDICE

La ciudad se despereza cada amanecer con un rumor de pasos, cercanos unos, remotos otros, que avanzan inexorablemente, sin sosiego, hasta su corazón mismo.

La ciudad se despierta cada día con un eco de pisadas que vienen del fondo de los siglos, de la espelunca medieval, de un tiempo de tinieblas.

La ciudad, al despertarse, está envuelta en neblina. A veces llueve dulcemente y sin descanso, como con resignación. Llueve sobre las piedras que tienen el color y la luz del firmamento.

La luz de la ciudad es roja, anaranjada, amarilla, verde, azul, añil y violeta. La luz de la ciudad es blanca.

La luz de la ciudad es del color de los ojos que durante centurias la han mirado. Ojos alegres, tristes, grandes, pequeños, profundos, somnolientos, de mirada aguda, miopes, rasgados, almendrados, estrábicos...

La ciudad tiene el olor de todos los senderos.

Mucho antes de que los primeros rayos del sol arranquen esquirlas iridiscentes al verdín de la catedral, en los confines del mundo, en cualquier confín, alguien se está calzando unas sandalias andariegas que en derecho, o por los vericuetos del camino, terminarán hollando la tierra húmeda, seca, fría y cálida de Santiago.

## Capítulo 1

**1**

Patricio bajaba acalorado la calle del Franco.

Era una tarde de bochorno pegajoso, preludio de la tormenta que en los últimos días descargaba cada atardecer, sin faltar a la cita, sobre Santiago. Al cruzar la plaza del Obradoiro, Patricio debió sortear, como en un juego, los cientos de peregrinos que vagaban por ella. Iba demasiado apresurado para reparar en aquella muchedumbre que no dejaba de sorprenderle cada vez que tenía tiempo de observarla.

Patricio Galway de Freixo, el mayor experto del mundo en temas jacobeos, no sabía la causa de aquel mensaje que terminaba de escuchar en el contestador: "Patricio, preséntese inmediatamente en el arzobispado. Es muy urgente. Necesitamos hablar con usted sin demora". La voz del prior de Ferrovello, habitualmente meliflua, le había sonado cortante e imperiosa. "Algo muy grave ha ocurrido", se repetía, procurando impulsar el cuerpo lo más rápido que las piernas se lo permitían.

–Boas tardes don Patricio, paréceme que hoxe tamén teremos tormenta –le saludó el conserje–.

–Boas –le respondió sin mirarle siquiera y sin hacer caso del comentario–.

Rápidamente subió al piso superior. Antonio, el secretario del arzobispado, nada más verle llegar se quitó las gafas y, levantándose de la mesa, farfulló:

–Acompáñeme al despacho del señor arzobispo, que allí le están esperando.

"¡Madre mía, también monseñor quiere verme! ¿Pero qué es todo esto?". Los temblores de aquel hombre normalmente sosegado eran cada vez más evidentes. "¿Pero qué habré hecho mal?" –se preguntó–.

Reflexionaba tratando de encontrar una explicación y pensaba si no tendría que ver todo aquello con el último artículo publicado, y con su vieja advertencia, allí recogida, de que la ruta jacobea corría el

peligro de ser un mero evento turístico y de perder el original sentido de peregrinación. “Seguro que han recibido presiones de nuevo para que no continúe en esa dirección, a saber dónde ha empezado todo…, menudo lío, menudo lío…”

El despacho del arzobispo estaba extraordinariamente iluminado y contrastaba tanta luz con el rostro de quienes le esperaban; todos ellos circunspectos, casi sombríos. Además del prelado, estaba allí el prior del monasterio de Ferrovello, hoy alto cargo de la archidiócesis, y también Amaro, Comisionado para las obras sociales.

–Sin ceremonias, Patricio, acérquese –el arzobispo señaló con el dedo una silla–.

–He venido tan pronto como he escuchado su mensaje –se disculpó ante el prior–.

–Lo importante es que ya está aquí –“el artículo, seguro que es el artículo”, seguía mortificándose Patricio–. Queremos oír su opinión sobre un asunto que nos preocupa sobremanera. Al mismo tiempo le exijo –continuaba el arzobispo– la más absoluta reserva sobre lo que va a conocer. Sé de su discreción y en otra coyuntura no le pediría tal sigilo; pero, dadas las circunstancias, me veo en la obligación de recordárselo.

–Así será…

Sin dejarle continuar, prosiguió el prelado:

–Hace algún tiempo recibimos unos documentos desde Israel. Alguien, conocedor de su valor para nosotros y cuya identidad no hace al caso, nos los ha enviado. Se supone que estas copias no las tiene nadie, ni el Vaticano. En su momento yo mismo informaré a la Santa Sede.

El prior y Amaro lo miraban expectantes, al menos eso le parecía a él. Patricio se había relajado al comprobar que no se trataba de nada personal.

El arzobispo dejó de hablar al tiempo que colocaba sobre las manos del recién llegado un portafolios lleno a rebosar; después continuó.

–Hemos estudiado estos informes que le entrego pero no somos expertos y necesitamos escuchar a alguien que lo sea. Como verá, los originales están en hebreo moderno y la persona que nos los envía se

ha tomado la molestia de traducirlos al inglés. Junto a ellos verá fotocopias de manuscritos en hebreo antiguo y, sobre todo, en arameo. También alguno en latín medieval. Estúdielo todo con tranquilidad y discreción. Luego, en unos días, volvemos a vernos.

– ¿Cree usted que una semana será suficiente para hacer un primer estudio y reunirnos de nuevo? –inquirió Amaro; el Comisionado parecía impaciente por resolver aquel asunto.

– ¿Una semana? No creo. Seguramente tendré que hacer consultas, ver a…

– ¿Cuánto tiempo precisa entonces? –oyó la modulada voz del prior. Éste, a medida que fue pasando el tiempo, había ido perdiendo la rigidez y el envaramiento inicial para recuperar la suavidad extrema de sus maneras; vestía inmaculado traje gris, con alzacuello; lo atildado de su aspecto se le antojó extremo a Patricio–.

–Por lo menos quince días –le contestó–. Les estaba diciendo que probablemente tendré que hacer algunas consultas a especialistas. Aunque sin decir el motivo de las mismas, como me ha recomendado monseñor. Eso me llevará su tiempo.

– ¿Cuándo nos vemos entonces? –intervino el arzobispo.

Luego, mientras consultaba un calendario de mesa, continuó:

–Hoy estamos a catorce, así que… a finales del mes, el día veintinueve por ejemplo. ¿Tienen ustedes algún problema con ese día?

–No, en principio no –respondieron casi al unísono, aunque con distinto énfasis–.

Apesadumbrado salió Patricio de aquel despacho. Pelirrojo, coloradote, rechoncho. Llevaba uno de los faldones de la camisa fuera del pantalón, pero eso no parecía importarle. Poco tiempo había tenido, durante aquella reunión, de mirar el contenido de la carpeta que se llevaba. Había observado, no obstante, que casi todas las hojas llevaban el membrete de la Universidad de Jerusalén. ¡Vaya engorro! – se decía a sí mismo –.

Al salir del edificio oyó al conserje:

–Díxenllo a vostede, xa está chovendo.

–O que faltaba, coas presas olvidouseme o paraugas.

Luego, para sus adentros, continuó: “Encima del encarguito que me han hecho voy a tener que mojarme. Hay días en los que es mejor no levantarse de la cama”.

## 2

Hasta dos meses y medio después no volvieron a encontrarse. El plazo de quince días inicialmente previsto había ido prolongándose. Patricio fue retrasando el día de la reunión con la excusa de que aún no había finalizado sus análisis.

Las llamadas de Amaro fueron cada vez más apremiantes, urgiendo el prometido encuentro; pero Patricio, hijo de irlandeses y gallegos, las escuchaba como quien oye llover. Cuando creyó que tenía suficientemente preparada la respuesta pensó en llamar al obispado, pero se tomó otros tres días para madurarla definitivamente. Una mañana, seguro al fin de lo que debía decir, se puso en contacto con el prior: “ya puedo hablar del asunto”, le dijo. Quedaron para la semana siguiente.

El día de la cita salió de su casa una hora antes aunque el trayecto que debía hacer hasta el edificio del arzobispado era de apenas diez minutos.

Preocupado por cómo justificar que los quince días acordados se hubieran transformado en setenta y seis, se decía: “Tienen que entender mis razones. Una cosa así no puede solventarse en dos semanas, como ellos pretendían. Estas cuestiones requieren su tiempo, ¡qué se piensan!”

Por una parte estaba impaciente, deseando finalizar el encargo que con tanta premura se le había hecho. Por otro lado temía que sus conclusiones no fueran del agrado del arzobispado. En realidad, esa y no otra era la causa fundamental de los sucesivos retrasos. “Desde el principio vi que era un asunto complicado. Y grave. ¡Vaya embrollo! Además, esto no va a terminar aquí”

Por el camino se detuvo media hora en una librería, más que nada por hablar con el librero, amigo de la infancia. Charlaron sobre el tiempo, sobre las noticias de los periódicos, como siempre. Pero Patricio estaba distraído, con la cabeza en el otro asunto. Dejó encargados un par de libros sobre las Cruzadas.

–No sabía que te interesaba esto de los Cruzados –le comentó

su amigo–.

–Ya ves, nunca es tarde para aprender –contestó medio en broma–. Oye ¿tenéis la última edición comentada del Nuevo Testamento?

–Sí, por ahí debe de quedar algún ejemplar.

–Pues me lo quedo también. Ahora no puedo llevármelos, pero déjalo todo preparado que cuando vuelva los recojo.

–No te preocupes. Aquí lo tendrás.

Casi otra media hora la empleó en tomar café y una buena ración de *plumcake*. Conocía una cafetería en la que ese tipo de pasteles tenían un sabor muy británico, como a él le gustaban. Al salir del bar ya se sintió con ánimo para dar todas las explicaciones que fueran necesarias. Pero entonces recordó que tenía pendiente otro encargo: debía reservar mesa en Moriae; así que se encaminó rápidamente hacia el restaurante.

–Hombre, Patricio, cómo por aquí –le recibió Arturito, el propietario–.

–Oye, quiero que me guardes mesa para esta noche; seremos tres. He invitado a cenar a una pareja de irlandeses que está de paso.

– ¿Quieres algún menú especial?

–No. Lo que haya en la carta. Seguro que quedo bien con ellos –Patricio hizo intención de marcharse pero Arturito lo sujetó suavemente por el brazo–.

–Pero no te vayas, espera. Ven, tómate algo.

–Es que ahora no puedo.

– ¿Tienes mucha prisa?

–Pues sí. Me están esperando en el arzobispado.

–En el arzobispado...–repitió Arturito mirándole con fijeza–.

–Sí, y me parece que a este paso no llegaré a la hora.

–Últimamente andas mucho por allí. ¡Qué te traerás tú entre manos!

–Ya sabes, asuntos de… perdona, Arturito, a la noche charlamos más despacio. Ahora tengo que marcharme, de verdad.

–Bueno, bueno, anda no te retrases. Y por lo de la cena no tengas cuidado.

Salió del local con paso decidido, calculando el escaso tiempo del que disponía. "¡A ver si ahora voy a llegar tarde!" –pensó–.

Una vez en el arzobispado tuvo que esperar poco para comenzar la reunión. Tanto Amaro como el prior estaban en la antesala del prelado. Apenas les hubo saludado avisaron para que pasaran los tres. En el interior, además del prelado, estaba Antonio, su secretario, que permaneció en silencio durante todo el tiempo.

– ¿Qué nos puede decir usted? –le interrogó el arzobispo nada más tomar asiento.

–Comenzaré por el principio. De esta manera comprenderán ustedes el sentido de cada uno de los pasos que he ido dando y las razones que me llevaron a obrar así en lugar de haber optado por otras vías. Pues bien… –continuó Patricio tras un pequeño carraspeo–, después de examinar superficialmente, en una primera ojeada, el conjunto de informes y documentos que me entregaron, analicé con detenimiento el informe que está en inglés. Como me surgieron algunas dudas sobre su grado de fidelidad al texto original, y con el fin de comprobar si había sido correctamente traducido desde el hebreo moderno, encargué una nueva traducción aunque esta vez al castellano. Eso sí, previamente hube de trocear el original de tal manera que nadie pudiera comprender el sentido del texto en su integridad. Una primera conclusión a la que llegué, tras ese paso inicial, es que la traducción inglesa era buena y que coincidía punto por punto con la castellana que yo mismo había solicitado. A continuación dirigí mis trabajos hacia los documentos antiguos que acompañan a los informes citados. Personalmente he estudiado todos los redactados en latín. En cuanto a los manuscritos que están en arameo y en hebreo antiguo, ya saben ustedes que mi conocimiento de tales lenguas es muy somero, por lo que, tomando toda clase de precauciones, pedí a varios especialistas de mucha confianza que los examinaran. ¿Y cuales son los resultados?, se preguntarán ustedes. Las conclusiones son, ¿cómo les diría yo?, contradictorias; o, mejor dicho, paradójicas; sí, paradójicas. Y, llegados a este punto, aparece un problema no previsto inicialmente. Se trata de una cuestión metodológica. En realidad, pudiera establecerse una cierta controversia sobre si el método de análisis empleado ha sido o no el

adecuado. El profesor Ezenberg, en un caso muy parecido, propuso una metodología que a grandes rasgos consiste en...

–Al grano, Patricio, al grano, déjese de métodos ahora –le interrumpió Amaro, bajo la mirada aprobatoria del arzobispo–.

– ¿Al grano?

–Sí ¿qué conclusiones ha sacado? –añadió el prior. Las miradas de los tres eclesiásticos se centraron en la cara mofletuda del experto, a la espera de sus palabras–.

–La conclusión a la que he llegado es –titubeó– que lo que se dice en el informe puede que sea verdad pero…

–Pero ¿que? –le interrogó el Comisionado.

–Pero también puede que los datos sean erróneos.

Hubo un silencio. Se miraron unos a otros sin saber cómo proseguir, hasta que el prelado tomó la iniciativa.

–Vamos a ver, Patricio –le hablaba paternalmente–, después de casi tres meses, tendrá una idea aproximada sobre la veracidad o falsedad de lo que ahí se dice ¿no?

–Lo siento mucho monseñor –contestó bajando la cabeza–, me gustaría decirle que sí, pero no tengo seguridad ninguna.

– ¿Necesita, acaso, más tiempo? Tómeselo.

–No, no es eso monseñor.

– ¿Se trata de que debe hacer alguna consulta más? Hágala.

–Tampoco es eso.

–Dígame entonces cómo podemos salir de dudas.

–Creo que para aclararlo todo es necesario ir a Israel.

El Comisionado, que no parecía muy convencido de la propuesta de Patricio, intervino entonces.

–No sé si merece la pena ir hasta Israel para salir de la incertidumbre. Si tan dudoso es, podemos seguir como hasta ahora.

–Eso depende –levantó los ojos Patricio –.

– ¿Depende? ¿De qué?

–Depende de si el asunto se difunde o no. Deténgase a pensar por un momento sobre si, por las vías que sea, el tema llega a la prensa. No digo aquí, en Santiago, dado que todos nosotros lo guardamos en secreto. Me refiero a cualquier otro lugar del mundo. Reflexione usted. Si los datos del informe son falsos, sólo podremos demostrar su mentira si contamos con sólidas pruebas, y ésas están en Israel. Sí, por el contrario, resultaran ser ciertos, debemos estar preparados y tener listas las respuestas para tantas preguntas como van a llovernos.

–Entonces, no ve más solución que ir a Jerusalén.

–Sí, así lo pienso.

– ¿Iría usted?

–Personalmente no me apetece nada viajar. Pero, como les he dicho, no se me ocurre otra forma ni persona que pueda hacerlo. Supongo que el viaje sería con todo los gastos pagados ¿no? –se atrevió a preguntar–.

–En el caso de que se haga, por supuesto.

–También necesitaría contactar allí con personas de confianza. Tal vez ustedes… – solicitó Patricio, pensando en el redactor de los informes que le habían entregado en la primera reunión–.

Los tres se consultaron con la mirada. Luego, a una indicación del arzobispo, Amaro le contestó.

–Nosotros tampoco conocemos a muchas personas en Israel, y menos "de confianza", como usted precisa. No obstante… –durante unas décimas de segundo el Comisionado se detuvo y miró directamente al prelado que volvió a asentir con la cabeza– quizá podríamos ponerle en contacto con una profesora de la Universidad de Jerusalén. En su momento, si finalmente se hace el viaje, le daríamos su nombre y dirección.

**3**

En la pequeña barra que el restaurante Moriae tiene antes de acceder al comedor, Giacomo Borelli, llamado Gigi por sus amigos, y a la sazón directivo de la Confederación internacional de rutas jacobeas,

comentaba las incidencias de los últimos días con Arturito, dueño del restaurante y antiguo seminarista. Tomaban raciones de mejillones y navajas.

–Oye. Algo gordo está pasando en el arzobispado –dijo Arturito, haciendo una seña al camarero para que sirviera un vermut blanco a Giacomo–.

– ¿No sabes qué es?

–No. Exactamente no.

–Sabrás de qué se trata al menos –el dirigente de la Confederación parecía intrigarse por momentos–.

–Sólo sé que lo llevan muy en secreto.

–Quería hablarte de otra cosa –continuó Giacomo Borelli, cambiando de tema pero sin olvidar lo comentado por Arturito–. La Confederación suele reunirse periódicamente en algún restaurante de las rutas. Las próximas reuniones serán en Santiago. Siempre buscamos los mejores sitios, ya sabes. Había pensado proponer a la junta directiva que sea aquí, en Moriae, donde hagamos las cenas. Vamos, si no hay inconveniente por tu parte. Ya sé que tienes muchos compromisos...

–Hombre, ¡qué cosas dices! Siempre habrá un hueco para vosotros.

–Como estás de continuo al completo... no sabía si pedírtelo..., –añadió Gigi aparentando una humildad que estaba muy lejos de sentir–.

Arturito no cabía en sí de gozo ante la posibilidad de que la Confederación internacional de rutas jacobeas eligiera su local. ¡Con la publicidad que dan a sus reuniones! –pensaba–.

–No importa, Gigi. Vosotros los primeros. Si el favor me lo hacéis a mí.

–Ya sabes que hay que esmerarse...

–Tú me dices las fechas y de lo demás no te preocupes. ¡Niño, sírvele otro vermut a don Giacomo! ¡Y trae más navajas! –gritó al joven camarero que les atendía–

–No sabes, Arturito, el peso que me quitas de encima. Llevaba

varios días dándole vueltas al tema.

–Nada, nada, Gigi, que no se hable más. Cuando vosotros me digáis.

–Vale. En cuanto hable con el secretario de la Confederación le digo que te mande las fechas y las reservas.

Borelli, pensando bien lo que iba a decir, mientras abría una navaja a la plancha, continuó:

–Oye, volviendo a lo del obispado, te habrán comentado algo más ¿no?

–Poca cosa. Por lo visto han tenido varias reuniones con Patricio Galway.

– ¿Con el Irlandés?

–Sí

–Eso me huele poco bien.

– ¿Por qué?

–Ese pollo está dando la barrila otra vez, ¿no has leído su último artículo?

–Pues no lo recuerdo ahora, pero creo que no.

–En la chaqueta tengo una fotocopia. Espera...

–Y ¿qué dice?

–La gaita de siempre. Que se ha olvidado el sentido auténtico de la peregrinación; que el Camino, hoy, no es más que turismo puro y duro. Escucha: "... un espectáculo increíble de miles de turistas disfrazados de peregrinos, entre cuyo atavío portan bordones elaborados en serie que son tan falsos como el resto de la indumentaria. Únase a ello los chándales multicolores, los pantalones cortos de loneta y tantos teléfonos móviles como personas, sonando sin cesar y casi todos a la vez. ¿Qué diferencia hay, salvo la apariencia que emana de esos atributos falsamente jacobeos, entre estos turistas y los que a esa misma hora invaden con igual fruición el paseo marítimo de Benidorm? Yo pienso que ninguna..."

– ¡Vaya con el gordo! Está desmadrado.

–Espera. Mira cómo sigue: "... desgraciadamente, el templo catedralicio tampoco se ve libre de estas adherencias: pantallas gigantes de televisión para seguir los actos litúrgicos, artilugios coloreados que señalan los momentos singulares del ritual y, de fondo, sea cual sea la hora, un murmullo de voces que dificulta no ya seguir la misa con un mínimo de recogimiento sino simplemente oírla. Los cerrados aplausos que siguen a cada "actuación" del *botafumeiro*, cual si fuera un meritorio ejercicio circense, no hacen sino corroborar la banal actitud de buena parte de los presentes. No puedo por menos de recordar en estos momentos la carta de un lector que tildaba a todo el tinglado, el de dentro y el de fuera, de parque temático...”

– ¿Pone eso? ¿De verdad pone eso? ¿Lo llama parque temático?

–Como lo oyes. Míralo tú mismo.

– ¡Madre mía!

–Todavía da más caña. Te lo leo: "... ¿Dónde está la peregrinación? ¿Dónde la espiritualidad de todo viaje, sea éste religioso, iniciático o, sencillamente, cultural? Probablemente esté en la propia senda. Seguro que lo encontraremos antes en el anhelo de quienes se ponen en marcha que en los fuegos de artificio que les esperan una vez hayan llegado".

–No sigas, no sigas. Ya he oído bastante.

– ¿No te parece, Arturito, que esta vez se ha pasado?

–Un montón, y a eso tampoco hay derecho.

–Lo que yo digo. Los peregrinos, vengan a lo que vengan, tendrán que comer y dormir en algún sitio ¿no? Ha sido así desde hace siglos.

–Claro – contestó Arturito sin titubear –.

– ¿Qué tiene de malo que procuremos prestar buenos servicios, que mejoremos año a año?

–De malo nada, todo lo contrario.

–Pues él, erre que erre. ¿Qué daño se hace con eso a la religiosidad?

–Yo creo que ninguno.

–Para el Irlandés todo lo nuestro es contrario a la

peregrinación. No pierde ocasión para pregonarlo. La verdad, nos tiene un poco hartos ya. Mejor dicho, muy hartos.

– ¡Rapaz, no ves que tenemos los vasos vacíos! ¡Trae unos percebes para don Giacomo! De todas formas –se dirigió a Borelli con ánimo de calmarle– no temas al Irlandés, yo creo que no es peligroso, puede hasta sernos útil si lo llevamos bien.

– ¿Tú crees?

–Sí. Suele venir mucho por aquí; estuvo hace un par de días y creo que vuelve esta misma noche.

–Trata de sonsacarle todo lo que puedas, pero no te fíes mucho de él. Oye, Arturito –continuó bajando un poco la voz– de esas reuniones que ha tenido el Irlandés con los del obispado ¿sabes algo más?

–Necesitan que alguien vaya a Jerusalén.

–No fastidies, ¡a Jerusalén nada menos!

–Sí, eso me han dicho.

–Y ¿para qué?

–No tengo ni idea.

– ¿No será una peregrinación que están organizando a los Santos Lugares? Lucio, el de la agencia de viajes, me lo comentó ayer.

–Sí, es verdad que están preparando una peregrinación a Israel, pero yo creo que eso es algo distinto de lo del Irlandés, aunque ambas cosas están relacionadas.

–Espera, espera. Explícamelo otra vez, que me he perdido. El obispado va a mandar al Irlandés a Jerusalén para algo que desconocemos ¿no es así?

–Efectivamente.

–Al mismo tiempo se ha organizado una peregrinación a los Santos Lugares. Esto último, ya te digo, desde la agencia de viajes me lo han confirmado.

–Así es.

–Y tú, por las razones que sea, piensas que ambas cosas están

relacionadas.

–Eso es.

–Sabes que te digo... que no lo entiendo pero cada vez me gusta menos. Estoy pensando en que tal vez quieren utilizar la excursioncita como tapadera para enviar al Irlandés. Es una forma discreta, que no levanta sospechas. Una táctica muy propia del Comisionado.

– ¿No estás llevando muy lejos tu suspicacia?

–Creo que no. Y debemos estar enterados de lo que pasa.

– ¿Quiénes deben estar enterados?

–Me estaba refiriendo a los de la Confederación, pero tú también tienes intereses, no te pienses. ¿O crees que las reuniones y comidas que organizamos, y las que haremos aquí, se pagan sólo con oraciones e indulgencias?

## 4

Asomado a la ventana del salón, Amaro observaba los prados circundantes y la hierba nueva que se confundía con los tonos amarillentos de un verano que se iba. Veía el camino subir hasta las casas vecinas y por él, en ocasiones, un coche que pasaba o una moto. La vieja casa familiar, a la que inevitablemente regresaba tras cada viaje, era un refugio que no siempre le traía la tranquilidad que ansiosamente buscaba.

El sol acababa de hundirse. Con él se iba yendo poco a poco la luz del atardecer de un día de viento norte. La noche anterior había llovido copiosamente, pero durante el día las nubes se fueron aborregando camino del sur, dejando ver, de vez en cuando, un trozo de azul que se convertía en charco de luz sobre los prados.

Ahora el cielo estaba completamente despejado y una luna en preñez ascendía tras los robledales del horizonte. La visión se le reducía casi exclusivamente al cielo. De la tierra en sombras le llegaban lejanas y tamizadas las voces de las casas vecinas. En la carretera, camino abajo, los vehículos habían comprimido su presencia a simples puntos luminosos que se movían lentamente en filas ordenadas.

El tiempo que media entre la luz y las sombras no es una ruptura, sino una transición –pensó–, y, sin embargo, algo muere y algo nace.

Las anteriores reflexiones le recordaron al abad Mamerto Menapace, su viejo amigo, allá en Argentina, y en las palabras que le dijo contemplando un anochecer sobre la pampa:

“Sabés, Amaro, es la partida de la luz del sol la que nos entrega la visión de las estrellas. Además, uno se lleva noche adentro todo lo que ha dado y amado durante el día, y así la noche se puebla de todos esos recuerdos; recuerdos que ya no están más como objetos fuera de una mismo, sino formando parte del propio ser. Y es bueno que eso suceda porque sin recuerdos no hay esperanza.”

Las sombras exteriores de la casa se iluminaron en esos momentos con los faros de un coche que terminaba de estacionar frente a ella. Enseguida se apagaron los dos haces luminosos y del vehículo descendió con parsimonia una figura achaparrada que se encaminó hacia la entrada.

–Hola Antonio. Has tardado; pensé que al final no ibas a venir –le dijo nada más abrir la puerta–.

–Buenas noches, Amaro. Me he retrasado un poco, pero no podía faltar.

–Ven al salón. ¿Quieres beber algo?

–Un café, si no te importa hacerlo.

–Lo tengo hecho, no te preocupes. Soy un adicto, así que en esta casa, cuando estoy yo, siempre hay una taza dispuesta.

Tras tomar los cafés, estuvieron curioseando entre las estanterías repartidas por las paredes. Libros en múltiples idiomas se mezclaban con cachivaches y recuerdos de todas las partes del mundo; estaban sobre las baldas y entre los libros sin ningún orden ni cuidado.

–Como sabes –dijo Amaro–, quería verte porque no estaré aquí cuando Patricio viaje a Israel.

– ¿Quieres que yo me encargue de algo?

–Sí. Hay que entregarle el nombre, dirección y forma de contactar con la persona que le espera en Jerusalén.

–Yo lo haré.

–Pero quiero que se le dé en el último momento, prácticamente a la hora de subir al avión.

–Como te parezca, pero ¿no son demasiadas precauciones?

– ¡Demasiadas! No creo.

– ¿Temes algo?

–Temor, lo que se dice temor…

– ¿Desconfías de alguno de nosotros?

–No, no… De nadie en concreto. Me angustia, sobre todo, que alguien sea incapaz de aguantar la presión, o se descuide. Es muy pronto para que el asunto salte. Sabemos aún muy poco.

–No te preocupes tanto, yo creo que todo irá bien.

–Así lo espero, aunque a veces dudo sobre si hemos acertado en la elección de las personas o sobre el enfoque que estamos dando a la cuestión.

–Te veo poco optimista.

–Más bien estoy cansado. Cansado de tanto viaje, de tanto aeropuerto.

–Viajas mucho; como un nómada, siempre de acá para allá. Supongo que en tu caso es la única forma de hacer bien el trabajo.

–Pues realmente no sé. A veces pienso que lo hago también porque necesito cambiar de lugar, de gentes, de actividad. Cuando estoy mucho tiempo en un sitio termino por sentir desasosiego, por angustiarme.

–Dicen que la ansiedad es el revés de la nostalgia.

–De eso estaba hablando precisamente, de nostalgia. Lo estás tomando a broma, pero es más verdad de lo que tú te piensas.

–Que sí, que te creo.

– ¡Pero si yo, en la vida, no he hecho más que trasladarme, y empecé muy temprano! Nací en esta aldea y, en aquella época, si tus padres querían que estudiaras había que marcharse fuera. Salí de aquí

a los diez años para ingresar en un internado, y, desde entonces, volver, lo que se dice volver, apenas he vuelto. Sin darme cuenta de lo que pasaba y sin despedirme casi de los amigos, a principios de un mes de septiembre mi padre y yo subimos al tren correo, con una pequeña maleta forrada en tela. Todavía veo a mi madre llorando al borde mismo del andén, sujetando la mano de mi hermana, reteniéndola como si temiera que también ella fuera a marcharse. Lloré toda la noche abrazado a la almohada; no entendía que tuviera que irme tan lejos y, además, sabía que era para siempre. Mi primer regreso fue durante la Navidad, cuatro meses después. Y te confieso sin rubor que lo que más me hizo sufrir fue la añoranza. Así ha sucedido después de mis breves estancias en casa a partir de esa fecha... Conozco el dolor de las partidas y doy fe de que soy experto en ausencias –finalizó Amaro impostando la voz, imitando el tono declamatorio de un rapsoda–.

Antonio, riéndose también, le respondió:

–Dices eso pero siempre terminas por regresar aquí.

–Claro, cómo no. Vengo a hacer curas de tranquilidad. A eso que algunos llaman "bucear dentro de mí".

–Pues éste es el lugar adecuado. Si es verdad eso de que la vida interior se enriquece cuanto más uniforme y pobre es la vida social que nos rodea, aquí estás más solo que la una.

–En este sitio se oye a uno pensar, y es lo que busco, que nada perturbe la rumia.

– ¿Rumiar?

–Sí, rumio silencio y te aseguro que no hay otra música más grande ni más sublime.

–Vale, vale de confesiones por hoy. Hablando de otra cosa ¿acabas de venir de América, no?

–Sí, he estado en Honduras, y en Guatemala.

– ¿Y cómo está aquello?

–Lo están pasando mal ¡necesitan tanta ayuda!

–Eso no te extrañará. Ya has estado antes.

–Conozco bastante bien toda América, pero no me acostumbro

ni me resigno.

–Tú estudiaste en Estados Unidos, ¿verdad?

–Bueno, y en algún otro sitio más. Pero sí, efectivamente, pasé tres años en Boston. También allí hay gente que padece y pide apoyo. No creas que es oro todo lo que reluce.

–Oye Amaro, hace tiempo que quiero hacerte una pregunta, ¿por qué de cada país que conoces sólo te fijas en la gente que padece?

– ¿Yo hago eso?

–Sí.

–Pues no me había dado cuenta –le respondió riéndose y haciendo gestos de extrañeza–.

–Y voy más allá; diría que sientes como propio el sufrimiento de los demás, sus angustias.

–Pues no vayas tan lejos.

– ¿Por qué sueñas con cambiar el mundo, Amaro?

Mirándole muy serio, con el flequillo caído sobre la frente, respondió:

– ¡Soñar, dices! Lo mío es más que un sueño. Los problemas que a mí me duelen pueden solucionarse. Somos muchos los que pensamos así.

–Seguro que como tú hay pocos.

–No hagas bromas con esto. Claro que somos menos de los que me gustaría.

–Y nunca seréis bastantes, ¡pero no ves cómo está el mundo!

–Sí, sí, lo veo. Conflictos, inmigración, a la vez que mucha ciencia, mucha tecnología... Estamos a rebosar de maravillas tecnológicas, de autopistas virtuales ¿Para quién? ¿Al servicio de qué?

– ¡Yo qué sé, Amaro! Pero pienso que cambiarlo es una tarea imposible.

–Sabes qué te digo, que el cambio jamás se hará si continuamos dormidos o enganchados a utopías irrealizables. Esto tiene poco misterio, es muy sencillo: pretendemos un mundo cada vez más humanizado y solidario.

– ¿Y te parece poco?

–Me parece que alguien tiene que hacerlo.

–Pero ¿por qué? Amaro, todo eso ¿por qué?

– ¿De veras te interesan los porqués?

–Sí, de verdad.

–Escucha...

–Te escucho.

–... porque creo que raza sólo hay una y motivos mil para caminar juntos.

– ¿Otra razón más?

–Porque el reparto actual de la riqueza entre países es insolidario. La lógica del mercado internacional, la globalización, aumenta las desigualdades entre la población mundial.

– ¿Otra más?

–Porque el bien común resulta que es el bien de todos y no sólo el de los que poseen el privilegio de residir entre determinados límites políticos y fronteras.

– ¿Y...?

–Porque si mantienes el oído atento escucharás gritos de dolor y llamadas de socorro a las que casi nadie responde.

–¿...?

–Y porque ningún dolor me es ajeno, y en el fondo, muy en el fondo, porque continuamos pensando que hay tiempo y espacio para el derroche de sentimientos y, si me apuras, hasta para la poesía –finalizó Amaro con tono irónico, medio en broma–.

– ¿Poesía? Hay poca poesía en estos asuntos.

–Sin sentimientos ni emociones ningún proyecto funciona. Hay

personas que no parecen pensar más que con el cerebro, mientras otros piensan con todo el cuerpo, y toda el alma, con la sangre, con el tuétano de los huesos, con el corazón, con la vida...

–Pero ¿son suficientes?

–Son imprescindibles. En todo caso, sé que el cambio puede hacerse. El mundo civilizado cuenta con los recursos y los conocimientos necesarios para eliminar las causas de tanta miseria e injusticia en menos de una generación.

–Sí, pero no lo harán.

–Para eso estamos nosotros. Para exigirlo, para recordárselo, como moscas cojoneras si es preciso. Alguien tiene que ser la voz de los humildes, descubrir la injusticia.

–Nuestro mundo no está para solidaridades. Seguro que te han dado más patadas que apoyos.

–De todo ha habido, pero no guardo rencor a nadie. Aunque hay algo que no puedo soportar, sabes. He descubierto personajillos que desprecian, hinchados de soberbia, todo lo humilde que encuentran a su paso y, en cambio, admiran sin disimulo y con humillación rastrera a quien tiene algún poder. Dios me perdonará, pero siento un profundo odio por ellos.

–Eso parece poco cristiano.

–Te he dicho que Dios sabrá perdonarme, no puedo evitar que se me revuelvan las tripas ante algunas posturas.

–Te llamarán revolucionario.

–Ya lo hacen, aunque no tienen razón. Buscamos recursos para llevarlos a las comunidades que luchan por su desarrollo, pero sabiendo que sólo ellos pueden elegir su futuro. La tarea fundamental a largo plazo es reconstruir la sociedad civil desde abajo. Aunque sea un trabajo de hormiga: miles y miles de pequeñas experiencias que van recomponiendo la vida humana, la comunidad, la familia.

–Te llamarán loco también.

–Algunos lo insinúan, pero no, qué va. Está loco el que está solo, y yo no lo estoy. Además, una supuesta locura deja de serlo en cuanto se hace colectiva, en cuanto que es locura de todo un grupo.

–Te veo como a Ícaro, remontando el vuelo hasta un sol que inevitablemente te quemará las alas.

–Pues mira... morir como Ícaro vale más que morir sin haber intentado volar nunca, aunque sea con alas de cera.

–Eso no es más que una frase bonita.

–No; es bastante más. Hoy en día, todo lo que no va pegado a tierra firme, a vuelo de gallina, suena a romanticismos, y, encima, se trivializa el sufrimiento de los demás.

–Yo no hago eso, Amaro.

–Tú no, pero la mayoría de la gente sí. Hace pocos días escuché a un crítico de arte, a propósito de una exposición fotográfica sobre el tercer mundo, hablar de la *estética del hambre* ¿Estética del hambre? ¡Mierda! ¿Desde cuándo el hambre tiene alguna estética, desde cuándo consentir el hambre es un comportamiento ético?

– ¡Con qué convencimiento defiendes lo que haces!

–Cambiemos de tema ¿vale?

–De acuerdo.

–Antes de que llegaras estaba viendo anochecer por esa misma ventana. Extrañamente, miraba un paisaje que me era casi desconocido. ¿Sabes por qué?

–No tengo ni idea.

–Casi delante mismo de la ventana existía un abeto que llevaba ahí desde antes que construyeran la casa. Estaba ya medio seco, podrido de pura vejez y cuando he vuelto del viaje había desaparecido. Me cuentan que una racha de viento lo partió en dos y han tenido que talar lo que quedaba en pié. El caso es que ahora, al mirar por la ventana de siempre, veo una perspectiva nueva: unos montes que antes sólo entreveía, casas que el abeto ocultaba, unos árboles al fondo... Pero claro, esa sensación sólo existe en quienes estamos acostumbrados a mirar desde aquí; también en los que cada día pasaban frente a la casa y descubren, tras la caída del árbol, detalles insólitos en algo que seguramente les era muy conocido...

–Recuerdo perfectamente el abeto y reconozco que he tenido esa sensación al llegar a la casa.

—… cuando un árbol se va del patio familiar deja en pie un gran hueco de luz. Para el que no compartió nada con él, en el lugar que cuparon sus ramas no hay nada. En cambio, para quienes nos refugiamos a su sombra ese hueco de cielo abierto nos lo trae de nuevo cada atardecer.

## Capítulo 2

**1**

Adormecido sobre el asiento, oyendo de fondo el ruido amortiguado de los motores, Patricio volvió a escuchar la voz del piloto anunciando que terminaban de abandonar cielo peninsular y volaban ya sobre las aguas verdeazuladas del Mediterráneo. Sumergido en la modorra, pasaban ante él las últimas horas vividas desde la salida de Santiago.

Los desplazamientos en avión le transportaban inevitablemente hasta aquellos otros viajes de la infancia, cuando cada verano su padre lo llevaba a Irlanda con sus abuelos, tíos y primos. El alboroto de los recibimientos, la sencillez en el trato de sus familiares y el suave pasar de los días entre prados todavía más verdes que los de su Galicia natal le acompañaban siempre, allá donde estuviera.

Sus dos ascendencias le empujaban también en otros sentidos. No podía vivir sin la nostalgia de Irlanda o de Galicia pero tampoco en ellas de continuo. Necesitaba al mismo tiempo alejarse algunas temporadas.

Su tío abuelo Eamon, escritor aficionado, le decía: "Mira Patricio, no te quedes aquí para siempre. Haz como tu padre. Ve y vuelve muchas veces. Es mejor. Los irlandeses somos como el clima de esta isla, en un solo día puedes ver y sentir las cuatro estaciones del año. Así de paradójico es también nuestro temperamento: contradictorio y voluble. Somos al mismo tiempo sonrientes y ceñudos, amables y esquivos. Cualquiera de estos primos tuyos que ahora nos rodean nunca te dirá “no”, pero luego hará lo que le dé la gana. Ya te lo he dicho, ven muchas veces, pero no te quedes para siempre. Aquí puedes asfixiarte".

De sus estancias más largas en la isla, siendo ya un joven, le encantaba la naturalidad y falta de ceremonia en las relaciones. Los amigos de sus primos enseguida le llamaban por su nombre y, con una palmada en la espalda, le llevaban al *pub*; el lugar sagrado de reunión y de recibimiento. Allí, en las tardes de bruma, cuando el anochecer no se sabe si ha comenzado o está terminando, todo el mundo se codeaba, bebía e intercambiaba las últimas noticias. Lo de menos era el tema de conversación, lo importante era poder comunicarse. ¡Qué extraordinarios oradores vio y escuchó entre las mesas de madera!

Cualquier excusa era buena para hilvanar un discurso.

De igual forma volvían a él las melodías escuchadas en el *pub*. Recordaba cómo, de pronto, sin haber visto a nadie que los hubiera llevado hasta allí, aparecían flautas, violines, acordeones… y comenzaba la fiesta. Toda la música que había oído en Irlanda le parecía armoniosa, fuera cual fuese el modo de interpretarla: rápido o lento, suave o estridente. Aquellos músicos, la mayoría simples aficionados, entraban y salían del grupo de intérpretes, se intercambiaban, pero la melodía no cesaba. La primera vez que lo vio, creyó escuchar música encantada y que ésta surgía de los instrumentos empujada por una fuerza ajena al manejo de los músicos. Llegó a estar convencido de que continuarían sonando aunque nadie los manipulara. Tan era así, que una noche oyó cómo una flauta, dejada por su dueño sobre una banqueta, sonaba sola, siguiendo el compás de violines y acordeones. Nadie más que él pareció advertirlo. No lo comentó luego con sus acompañantes, ni posteriormente se lo ha dicho a nadie. Pero él sabe que aquello sucedió mientras que, somnolientos o borrachos, ninguno de los que estaban a su alrededor parecía darse cuenta. Si alguna de sus aficiones podía él mismo atribuir de forma inequívoca a la sangre gaélica, era el gusto por esa música y por la poesía. Le encantaban las canciones melancólicas que hablan de sufrimiento y esperanza, de exilio y de regreso. También gustaba de los relatos mágicos. Todo esto lo aceptaba como si fuera el fruto de un determinismo étnico. ¡No puede ser de otra manera! –solía justificarse–.

La llegada al aeropuerto de Tel Aviv le devolvió a otra realidad.

Concretamente, a la realidad de un país sumido hasta pocas fechas antes en un grave conflicto. Mientras el avión realizaba las maniobras de aproximación a la pista de aterrizaje, tuvo tiempo de repasar los periódicos. Las noticias sobre Israel eran similares y todas optimistas: Fin del conflicto de Oriente Próximo, proclamaban en las portadas. En las páginas interiores explicaban los detalles de la noticia:

"El ejército de Israel se retira definitivamente tras los últimos acuerdos entre el primer ministro israelí y el presidente de la Autoridad Palestina. El pacto, basado en el compromiso de Sharm El Sheik, es el resultado de una verdadera obra de ingeniería política y diplomática. “Creo que, ahora sí, todos respetaremos los compromisos”, ha afirmado el primer ministro israelí. La Asamblea de Naciones Unidas celebra en estos momentos una sesión extraordinaria

para sancionar los pactos y felicitarse por el resultado. “Se abre una era de concordia”, ha dicho el Secretario General durante la apertura del acto..."

A pesar de estas noticias, la presencia de militares fue notable durante el trayecto que Patricio y sus acompañantes hicieron en autobús desde Tel Aviv a Jerusalén, donde el grupo tenía previsto alojarse.

A partir de la llegada a esa ciudad, Patricio dejó de formar parte de la peregrinación. Los itinerarios de ambos no volverían a coincidir. En la cartera guardaba el nombre de su contacto en la Universidad y una carta de presentación. Según le indicaron, debía encontrarse con la profesora Ada Ben Zacut, del departamento de arqueología bíblica.

## 2

La profesora Ben Zacut había acudido muy temprano a su despacho de la Universidad. El aviso enviado desde España para que recibiera a Patricio le producía bastante inquietud. Aunque le habían dado el nombre y algún dato más, en realidad ignoraba con quién iba a encontrarse, cuál sería su actitud y los conocimientos previos que tendría. Además, su contacto en Santiago de Compostela no había hecho más que insistir en el carácter reservado y extraoficial de los encuentros y en la necesidad de mantener todas las cautelas posibles.

Tampoco estaba acostumbrada a este tipo de reuniones. Temía no estar a la altura de las circunstancias.

Para distraerse comenzó a repasar los últimos informes que le habían traído de las excavaciones pero, con desgana, los dejó casi de inmediato. Tenía sobre la mesa unas cuantas revistas especializadas que en su día fue dejando sin leer hasta encontrar un momento para ello. Las cogió, mirando las portadas y el sumario, con la esperanza de tropezar con algún artículo interesante. Terminó por dejarlas también.

Necesitaba moverse, andar. Salió del despacho para tomar algo en la cafetería. Con un poco de suerte quizá hallaría alguien conocido con quien charlar. Y así sucedió, aunque no como hubiera deseado. Apenas salió de su despacho vio una figura familiar caminando hacia donde ella se encontraba. Hizo intención de volver a abrir la puerta, cuyo picaporte aún no había terminado de soltar, para meterse dentro de nuevo y evitar aquel encuentro. Pero era demasiado tarde. Samuel

Toledano, el rabino más beligerante y tradicionalista en lo tocante a interpretación de textos sagrados, la miraba sonriendo –"vaya casualidad –pensó Ada–, ¡qué hará éste en la Facultad precisamente hoy!"

–Ada, Ada... espera un momento.

–Hola, Samuel –le saludó con frialdad–.

– ¡Cuánto tiempo! Últimamente apenas si te dejas ver. No has vuelto por la sede de la Asociación Sefardí.

–Estoy demasiado ocupada, ya sabes. También he estado de viaje durante varias semanas, fuera de Israel.

–La infatigable Ada siempre trabajando, siempre ocupada con mil afanes –dijo con cierto retintín–.

–No empieces, Samuel; y tú ¿qué haces por aquí?

–La junta rectora de la Asociación Sefardí tiene una reunión con el decano. Quieren organizar unas jornadas culturales y pretenden que les cedan varias aulas y algo de material. Me han pedido que les acompañe.

–Conoces el edificio, sabes ir ¿no? –contestó Ada, deseando terminar cuanto antes aquella conversación.

–Sí, no te preocupes. Pero cuéntame algo más, mujer. ¿Qué andas investigando ahora? Dime, ¿qué quimera estás persiguiendo? –volvió a decir con ironía.

–Samuel, no quiero que uses ese tono para referirte a mi trabajo.

–No te molestes, anda, que hace mucho que no te gasto bromas.

– ¿Son bromas? ¿Seguro?

–Que sí, Ada, que sí.

–No sé si creerte.

–Me voy. A ver si podemos encontrarnos con más calma y charlar. Como en los viejos tiempos.

–Adiós –contestó aliviada al verle alejarse–.

Con un poco de malestar por el inesperado encuentro, Ada continuó hacia la cafetería. Dada la hora fueron pocas las personas que encontró allí. Dos o tres estudiantes, un par de empleados y, en una de las esquinas, un señor gordo y algo desgalichado que comía *plumcake* y bebía té.

Ada pidió un café con tostadas. Advirtió al camarero que las quería crujientes. Le encantaba el sabor de la mermelada sobre la mantequilla derretida al contacto con la rebanada caliente. Comió las tostadas despacio, con placer; durante esos momentos casi olvida que estaba esperando a alguien; el café lo sorbió a tragos pequeños, alargando el momento de tenerlo sobre la lengua. Al terminar volvió a sentir la proximidad de la cita y se marchó con urgencia, ya sin mirar a su alrededor.

Cuando estaba a punto de entrar de nuevo al despacho observó que uno de los empleados de la Universidad estaba hablando con alguien y señalaba hacia ella.

La persona que se dirigía directamente hacia el despacho, agitando la mano para que esperase, era el señor gordo que vio en la cafetería.

Patricio, por su parte, terminaba de reconocer también a la mujer que había entrado en el bar y que quedó tomando café cuando él salió.

–Soy Patricio Galway. Usted es Ada ¿no? –se dirigió a ella en inglés.

–Senyor Patricio, mucho gusto de conoserle, –le respondió ésta en un castellano de extraña modulación y acento, al tiempo que le tendía la mano–.

– ¡Ah! ¿Pero habla usted español?

–No, no –continuó Ada en inglés–, no hablo español, aunque me gustaría. Soy sefardí y en mi familia he oído hablar mucho en judeo–español. Vamos, si le parece, a mi despacho.

La mujer que acababa de saludar tenía el pelo moreno y corto. Su cuerpo era menudo y bien proporcionado; el pecho breve, caderas redondeadas; una sonrisa acogedora y, bajo las gafas, los ojos oscuros, vivos, chispeantes.

–Supongo que conocerá este informe –Ada, nada más entrar en el despacho, le mostró una copia de los documentos que él había

estudiado en Santiago varios meses antes–. Quiero advertirle que sólo recogía las primeras conclusiones. Hoy tenemos muchos más datos y respuestas.

–Sí, naturalmente que lo conozco. Una pregunta, ¿fue usted quien lo mandó al arzobispado?

–Efectivamente fui yo. Pero no lo envié al arzobispado sino directamente a Amaro. Supongo que a la vista del contenido lo puso en su conocimiento –al pronunciar el nombre del Comisionado observó Patricio un destello especial en los ojos de la profesora, su atractivo cuerpo se movió de una forma también especial. Tuvo momentáneamente la tentación de preguntar si se conocían desde hacía tiempo pero no se atrevió–.

–Su informe y demás documentos los he estudiado en profundidad –Patricio, antes de continuar, cogió un poco de aire. Quería expresar de la forma más aséptica posible lo que pensaba. Por otro lado, aquella mujer no dejaba de inquietarle–. Sinceramente, y disculpe por lo que voy a decirle, tengo muchas dudas sobre las afirmaciones que hace usted. En un asunto tan trascendental para nosotros consideramos que hacen falta más evidencias, creo yo –se justificó–. Hay contradicciones que debemos aclarar. Por eso estoy aquí. Espero que usted nos ayude.

–No hace falta que se disculpe.

–Es que me gustaría que comprendiera nuestra actitud.

–La comprendo perfectamente. Probablemente yo en su lugar haría lo mismo. Como acabo de comentarle, en estos momentos tenemos nuevas evidencias y conclusiones. No tema, voy a explicárselo desde el principio. Revisaremos paso a paso todo.

–Mejor. Así será mucho mejor.

–Mire –al tiempo que lo decía extendió un gran mapa sobre la mesa–. Este es el mapa de Palestina en los tiempos de Jesucristo. Aquí podemos ver el reino de Judea, al norte Samaría, Idumea al sur y Perea al oeste. En el extremo norte encontramos el territorio de Galilea. Dentro de este perímetro se desarrolló la vida de Jesucristo. Fuera de estos límites estaban otros reinos y zonas que también aparecen en la Biblia, sobre todo en lo que ustedes los cristianos llaman Nuevo Testamento: este era el reino de Filipo o Traconítide –con la parte posterior de un lapicero iba señalando al tiempo que hablaba. Patricio se fijaba en cómo la pequeña mano, que a él se le

antojaba suave y cálida, pasaba con soltura de una zona a otra–, ésta es la Decápolis, aquí habitaban los nabateos, más abajo los moabitas... Como le he comentado hace unos momentos, Jesús, si bien nació en Judea, en sentido estricto era galileo pues casi toda su vida transcurrió en Nazaret.

–Estoy totalmente de acuerdo.

–Pues fíjese. Entre estos dos puntos que le estoy señalando, entre Jerusalén y Galilea, hemos hallado las evidencias que usted dice que necesita contrastar.

–Estoy impaciente por hacerlo. ¿Cómo llegaron a los descubrimientos que cuenta en su informe?

–Mi equipo estaba investigando una serie de yacimientos arqueológicos paleocristianos y casi simultáneamente descubrimos varios enterramientos que sin duda alguna se han datado en las primeras décadas del cristianismo. Los símbolos que aparecen en las tumbas son, en este sentido, inequívocos. Mire estas fotografías y los calcos que hemos sacado. Uno de los yacimientos se encuentra aquí al lado, en una aldea cercana a Jerusalén.

Patricio recogió los calcos y las fotos. Se entretuvo un buen rato examinándolo todo. Repasaba una y otra vez las pruebas, las cotejaba y volvía a comparar. De vez en cuando consultaba libros y manuales que él mismo había traído y hacía anotaciones en un cuadernillo de pastas azules, muy sobadas, que guardaba luego en el bolsillo derecho de la americana. Ada le dejaba hacer.

–Como ve no hay imágenes ni cruces, lo cual, ya sabe usted, es lógico. Más que a imágenes, los primitivos cristianos recurrían a símbolos como el pez, porque su nombre griego alude al nombre de Jesucristo. También al signo llamado *crismón*, esas dos letras griegas que cruzadas y superpuestas forman el anagrama de Cristo. Vea, vea cuantas figuras del pez y crismones hay en los enterramientos.

–Está claro que se trata de tumbas cristianas, no tengo ninguna duda.

–De todas formas, mañana mismo me acompaña a visitar las excavaciones y se lo enseño.

–De acuerdo, de acuerdo –añadió Patricio, crecientemente interesado por todo lo que iba conociendo y admirado por la mezcla de suavidad y firmeza que trasmitía Ada–.

–Como le estaba diciendo, a medida que avanzaban nuestros trabajos descubrimos que una de las sepulturas sobresalía del resto, aunque dentro de la modestia general de todas ellas. Era más elevada, ocupaba más espacio que las demás y se encontraba situada en un lugar preferencial. De esta tumba quería hablarle.

La profesora parecía ensimismada en las explicaciones. Mostraba fotografías, croquis, planos arqueológicos, y con todo detalle se los explicaba a un asombrado Patricio, cada vez más enganchado con aquello que iba descubriendo y con Ada.

–Supongo que encontrarían alguna inscripción en ella.

–Así fue. Más tarde le explicaré esos detalles. Ahora me gustaría destacar que este sepulcro, hace muchos siglos, fue abierto, vaciado y vuelto a cerrar.

–Quiere decir que cuando ustedes lo han desenterrado se encontraba vacío ¿no?

–Quiero decir que había sido vaciado, que no es lo mismo. Y que eso se ocurrió muchos siglos atrás.

– ¿Saqueadores de sepulcros, quizá?

–Estábamos convencidos de ello. Nos pareció que había sido profanada o robada por ladrones de tumbas. Como usted conoce, es raro encontrar yacimientos que no hayan sido expoliados, y más en esta zona del mundo. Cada pueblo que ha pasado por aquí, tras imponerse por la fuerza de las armas y no satisfecho con matar a sus semejantes, proseguía la conquista destruyendo con saña cualquier vestigio del adversario vencido. Y los buscadores de tesoros o de reliquias eran como enjambres, familias enteras vivían de la rapiña. En fin, que todo apuntaba en ese sentido, pero…

– ¿No fue así?

–En nuestra opinión, no.

– ¿En qué se basan?

–Tras analizarlo más detenidamente concluimos que el contenido del sepulcro había sido extraído con sumo cuidado y esmero. Los materiales de este túmulo no estaban revueltos ni mezclados; no había destrozos ni deterioro alguno; simplemente faltaba el cuerpo. Aquello no era la obra de un saqueador. Un ladrón no se toma tantas molestias.

–Me sorprende lo que me cuenta ahora. Eso no aparece en su informe.

–Ya le comenté que tenemos nuevos datos.

–Si no fueron profanadores de tumbas ¿con qué intención se hizo?

–Eso ya lo iremos viendo. Poco a poco, como le dije. Este sepulcro también tenía una inscripción hebrea que, al igual que todas las encontradas, mandé que se calcara. En este caso los caracteres estaban muy dañados y resultó difícil identificarlos. Debimos escrutar la piedra centímetro a centímetro, letra a letra; algunas sílabas habían desaparecido. Mire el calco que logramos obtener; como ve está bastante borroso. Encargamos la transcripción y traducción de los caracteres hebraicos al departamento de hebreo antiguo de la Universidad, que colabora habitualmente con nosotros. El texto es éste: *Ya´aqob, hi.. de .ebed.. , her..no .e Jua.*

–*Ya´aqob, hi.. de .ebed.. , her..no .e Jua.* –silabeó Patricio–. Aquí faltan letras.

–Ya se lo dije.

– ¿Han logrado completarlo?

–Sí

–Y ¿cuál es el resultado?

–No ha sido fácil y ha llevado su tiempo. La inscripción completa, corroborada posteriormente por fuentes documentales, sería: *Ya´aqob. Hijo de Zebedeo, hermano de Juan.*

Al oír esto, Patricio se estremeció y se le cayó la pluma estilográfica con la que iba tomando notas. Con tan mala suerte que cayó de punta. Cuando la recogió, ante la sonrisa indulgente de Ada, vio que el plumín se había partido. Azorado, molesto consigo mismo por su torpeza y por habérsele roto la pluma que tenía en más estima, exclamó:

– ¡Es un hallazgo extraordinario para la Iglesia!

Patricio se sintió muy aliviado, pues el descubrimiento, aunque importante, no era negativo para sus intereses, sino todo lo contrario. Se sentía con ganas de continuar y de finalizar pronto. Empezaba a sentir la lejana llamada de Galicia; o la todavía más lejana, y más

ancestral, de Irlanda–

–El sepulcro, tal y como me ha comentado, estaba completamente vacío ¿no? –Patricio quería que aquel punto quedara muy claro–.

–Totalmente vacío.

– ¿No había huesos? –volvió a insistir, ante las consecuencias que para su trabajo implicaba una respuesta afirmativa –.

–No, no había huesos.

–Ni siquiera fragmentos u otros restos.

–No había nada, ya se lo he dicho.

–Y el sepulcro, perdone que insista, no sufrió profanación, sino que su contenido fue tal vez trasladado ¿no?

–Sí, estamos seguros de ello.

Mientras escuchaba la respuesta, Patricio sintió crecer la alegría dentro de sí. “Vamos bien – se dijo –, mejor de lo que esperaba. Si todo continúa como hasta ahora en un par de días me puedo marchar. Tengo que llamar al prior e informarle”. Luego, animado por lo que iba conociendo, dijo:

–Bien, pues si esto es todo podemos ir finalizando. Mañana comprobamos directamente sobre el terreno lo que acaba de comentarme y...

–No, no es todo. En realidad estamos en el principio.

– ¿En el principio? No la comprendo. Conozco su informe de memoria y sabe usted que allí no hay mucho más. Ya me ha contado lo esencial del sepulcro, quedan detalles secundarios y...

–Le dije que habíamos descubierto varios enterramientos. Uno junto a Jerusalén y otro en las cercanías del lago de Genesareth. La tumba comentada pertenece al primero de ellos.

–Quiere decirme que hay más sepulturas.

–Eso es.

–Pues no lo entiendo –dijo Patricio con evidente malestar, aunque procurando controlar las muestras de contrariedad–.

– ¿Qué es lo que no entiende?

–Cuando anteriormente ha repetido que tenían datos nuevos, he pensado que se refería a que han llegado a nuevas interpretaciones de los hallazgos ya conocidos. Pero ahora resulta que además hay otro sepulcro del que yo no sabía absolutamente nada.

–Le estoy contando todo lo que conocemos actualmente. Ha venido para eso a Israel ¿no?

–Sí, naturalmente; pero a cada paso que damos me sorprende usted. En su informe no se mencionaba ninguna tumba más...

–Mi informe, mi informe... Es la tercera vez que lo repite. Hace más de seis meses que lo envié y en él se recogían las interpretaciones que teníamos hace casi un año. Las investigaciones continúan, estamos en plena actividad y cada poco hacemos otros descubrimientos, ¿qué quiere? ¿Que le engañe?

–No, pero podía habernos advertido.

– ¿Advertirles?

–Sí. Desconozco a qué voy a enfrentarme a continuación. En estas circunstancias me siento disminuido, en inferioridad de condiciones para sopesar sus afirmaciones.

– ¿No creerá que le he estado ocultando datos a propósito? Porque en ese caso, no estoy dispuesta a seguir...

–No, no lo creo.

– ¿Qué debo deducir entonces de sus palabras?

–Desde luego no busque ninguna acusación en ese sentido, pero compréndame. He hecho un viaje desde España creyendo que sabía a lo que iba a enfrentarme y de pronto me encuentro con que no es así.

–Si yo tuviera malas intenciones no estaría usted aquí y le aseguro que nadie en Santiago sabría absolutamente nada de esto.

–Así es como pensaba, pero, francamente, ahora estoy desconcertado.

–No piense que le estoy tendiendo ninguna celada. Le aseguro que esto puede costarme más de un disgusto si llega a saberse. Algunos capitostes de por aquí se rasgarán las vestiduras el día que lo

sepan y no tendrán piedad ninguna conmigo, créame.

–Reconozco que hasta este momento sólo he visto en usted rigor y honestidad profesional. Por eso no quisiera encontrarme con nuevas revelaciones a las que yo no pueda hacer frente ni analizarlas íntegramente.

–No tema nada en ese sentido –trató Ada de calmarle usando un tono la más afable que pudo–.

Patricio permaneció en silencio, fijo en los ojos de Ada, donde buscaba una sinceridad que anteriormente no había puesto en duda. La profesora continuó hablando.

–Usted tiene la información y la preparación suficiente para juzgar todo lo que voy a explicarle a partir de ahora.

– ¿Lo piensa realmente así?

–Sí. Pero si aún le queda alguna duda le propongo un pacto.

Después de dudar un poco, Patricio respondió.

– ¿Un pacto? Dígame de qué se trata.

–Si en algún momento, durante mis próximas explicaciones, usted considera que no tiene suficientes elementos de juicio, o instrumentos para evaluar las afirmaciones que hago, puede regresar a España, estudiar el tema con todos los medios que quiera y volver de nuevo. Aquí le estaré esperando, y le prometo que retomaremos el asunto en el mismo lugar que lo hayamos dejado. Tiene mi palabra. ¿Le parece bien?

–De acuerdo –Patricio volvió a sonreír–. Cuénteme pues.

–En las excavaciones del norte de Israel, junto al lago Genesareth, encontramos otra tumba. Un detalle de singular relevancia es que tiene inscripciones superpuestas.

– ¿Superpuestas?

–Sí.

– ¿Qué clase de inscripciones?

–Signos paleocristianos junto a otros claramente medievales.

– ¿Qué tipo de caracteres se utilizaron en esas inscripciones? –

Patricio sopesaba y calibraba cada una de las respuestas que la profesora iba dando–.

–Los más antiguos están en arameo, los del medioevo en latín. Estos detalles resultan claves para explicar algunas de las conclusiones a las que estamos llegando.

–Todo eso me gustaría contrastarlo directamente sobre la tumba.

–Sí, por supuesto. Pero tendrá que ser mañana. Son ya las dos y esta misma tarde tengo una reunión en la Facultad, así que no podré atenderle. Mañana nos vemos. Si está aquí a la ocho en punto le enseñaré, a primera hora, las excavaciones de Jerusalén y comprobará in situ lo que hoy le he explicado. Más tarde, a media mañana, podremos viajar en coche a Galilea, y pasar allí todo el día y los días que sean necesarios.

Al abandonar Patricio el despacho, Ada se echó hacia atrás recostándose en el respaldo del sillón. Levantó los brazos y se desperezó. Notó como los músculos se estiraban y desentumecían. Una sensación de bienestar le recorrió de la cabeza a los pies. Estaba contenta.

El primero de los encuentros había ido bastante bien. Sus temores no se habían confirmado y Patricio le pareció una persona bonachona, espontánea e inteligente. Le hacía gracia su aparente torpeza y atolondramiento. Aunque todavía quedaba mucho por ver y por explicar, estaba segura de que por ese lado tendría pocas dificultades.

Más le preocupaban las reacciones de otra mucha gente cuando aquello fuera trascendiendo. De momento ella era la única que lo conocía íntegramente. Tenía en su poder todas las piezas del rompecabezas pero no podía retenerlo mucho más. Comenzaba a recibir presiones del decano para que se hicieran las primeras publicaciones.

Cuando salió a la calle, tras esperar un poco en las cercanías del edificio, Patricio localizó un taxi que le llevó rápidamente a su alojamiento. Durante el viaje sólo pensaba en dar cuenta de lo que terminaba de conocer; por eso llegó al hotel con prisas, deseando hacer la llamada telefónica, y se encaminó directamente hacia la recepción.

En el vestíbulo observó que unos individuos vestidos con el

inconfundible sombrero de paño y el levitón negro, y los largos tirabuzones cayendo a ambos lados del rostro, le miraban de forma insistente. “Por qué me miran así esos ultraortodoxos ¿estaré despeinado?” pensó, al mismo tiempo que se alisaba el pelo con la mano.

En ese momento vio también los expositores con el menú del restaurante y recordó, como si despertara de un sueño, que todavía no había comido. Se olvidó de todo lo demás, incluida la llamada a España, y corrió casi hacia el comedor.

Una hora después sonaba el teléfono en el arzobispado:

–Antonio, Antonio, soy Patricio, páseme con el prior.

–Un momento; ahora se pone.

– ¿Qué tal, Patricio? ¿Cómo le va? –escuchó con toda nitidez la voz del prior.

–Bien, bien; el viaje y lo demás sin contratiempos, pero me gustaría que supieran algo muy interesante.

–Dígame de qué se trata.

–El sepulcro, como esperábamos, está vacío.

– ¿Y...?

–Pues que al parecer la tumba no ha sido profanada. Están convencidos de que el cuerpo, o lo que contuviera, fue sacado para trasladarlo a otro lugar.

– ¿Le han dicho eso?

–Sí

– ¿Que fue llevado a otro lugar?

–Esa es la conclusión a la que parecen haber llegado.

– ¡No me lo puedo creer!

–Pues así es. He llamado porque supongo que están impacientes por saber cómo van las cosas.

–Has hecho muy bien, Patricio, muy bien; yo mismo se lo contaré a monseñor –la voz del prior le pareció alegre y

despreocupada–.

–Adiós, ya les llamaré otro día.

Colgó el teléfono y se dirigió a la cafetería:

–Por favor, póngame té y un buen trozo de ese *plumcake* –pidió al camarero–.

**3**

Al día siguiente, tal y como se había proyectado, pasaron buena parte de la mañana viendo los yacimientos arqueológicos de las proximidades de Jerusalén. Patricio completó así sus notas. Era muy meticuloso y verificaba cada una de las afirmaciones que ella hacía. Esa conducta, lejos de molestarla, la complacía.

Luego, partieron hacia Galilea.

Patricio observó a Ada. Vestía pantalón corto y una camiseta ceñida que le resaltaba el busto. Pensó en el contraste que hacían ambos. Él, gordo, grandote; ella, menuda, delicada. Habían hecho el viaje en coche desde Jerusalén, parando en ocasiones ante los escasos controles militares que aún existían en aquel territorio. La profesora parecía dar escasa importancia a esas molestias. Se movía entre los soldados con toda soltura. La aparente despreocupación de Ada le tranquilizaba. Ésta, además, le expresó su alegría por los acuerdos con los palestinos: "La paz –dijo– ha llegado. A veces casi me cuesta creerlo y me pregunto si no terminará todo como en otras ocasiones. No hay proceso de paz que se haya asomado al abismo más veces que el palestino–israelí, y en algunos momentos he tenido motivos para pensar que se había caído definitivamente en él. Sin embargo, como yo, otros muchos han seguido invocando la esperanza durante años; "Paz ahora y para siempre" era nuestro lema; suplicábamos que se enfundaran las armas. En ningún sitio está escrito que esta tierra, y en especial Jerusalén –judía, árabe y cristiana– haya de pertenecer a un solo pueblo. Al fin esta idea se abre paso. Yo sé que los enemigos de la paz –del sionismo extremo al islamismo radical– son todavía capaces de cualquier atrocidad; pero lo construido no se derrumbará. Somos ya capaces de controlar a los extremistas."

A pesar de las palabras y la amabilidad de la profesora, Patricio no terminaba de sentirse a gusto del todo. Tenía la extraña sensación de sentirse vigilado, como si los pasos de ambos fueran

observados por otras personas. “Es natural –pensó– que haya controles, al fin y al cabo soy un extranjero y se preguntarán qué se me ha perdido a mí por estos andurriales.”

El paisaje fue cambiando a medida que se aproximaron al lago de Genesareth. Después de comer dieron un paseo por la orilla del lago rodeados de viñedos y naranjales; cada poco aparecían campos de plataneras y, aquí y allá, palmeras pletóricas de dátiles en racimos.

–Aquello de allí es Tiberias o Tiberíades –la profesora señalaba con el dedo una ciudad que se veía en la distancia–. Los árabes la llaman Tabariya. Es el capricho de un rey antiguo que quiso halagar a los nuevos dominadores, los romanos, con la esperanza de que le dejaran seguir mandando en este territorio. Eligió un hermoso lugar y levantó esa ciudad que bautizó así en honor del emperador Tiberio. A partir de ese momento este lago, que siempre se había llamado lago de Genesareth o simplemente mar de Galilea, cambió de nombre y pasó a llamarse lago de Tiberíades.

–Llamar a esto *mar de Galilea* no es una exageración. ¡Es enorme! –exclamó Patricio.

–Efectivamente, es como un mar en mitad de la planicie. Tiene más de veinte kilómetros de largo por diez de ancho, sus aguas son salobres y extraordinariamente ricas en vida. La pesca, como si de un litoral marítimo se tratara, es, y sobre todo fue en el pasado, la principal actividad de los ribereños.

–Realmente es un mar.

– ¡Y qué me dice de la fertilidad de este suelo! –la profesora se había agachado y cogido un puñado de tierra que con la mano abierta mostraba a Patricio– Sólo tiene que ver la gran variedad de cultivos que nos rodea: olivos, vides, naranjos, higueras, granados, nogales, palmeras...; y tenga en cuenta que estamos a más de 200 metros bajo el nivel del mar –Ada aparecía relajada, sonriente, disfrutando con las explicaciones y la posibilidad de mostrar aquella tierra, aquel paisaje, que sin duda alguna admiraba y quería–.

La tarde contenía un zumbido de voces lejanas y queridas. Y el lago, como todos los lagos, era mágico. Hay parajes marcados para siempre a golpe de susurros y abrazos. Éste, para Ada, era uno de esos lugares.

–Me da la impresión de que usted se siente muy a gusto en esta zona, en Galilea quiero decir, junto al lago.

–Así es. Pero no olvide que los sefardíes somos capaces de sentirnos de todos los sitios y de ninguna parte al mismo tiempo.

–Ya recuerdo que cuando nos presentamos dijo que era de origen sefardita.

–Yo nací en Israel, pero mis padres y mis abuelos son de Salónica, donde han vivido mis antepasados desde que fueron expulsados de España, de nuestra inevitable Sefarad. Mire Patricio, yo, que nací cuando se había constituido ya el estado de Israel, he percibido en mis padres y familiares una cierta sensación de destierro, como de estar siempre provisionalmente, en camino hacia alguna parte. Tengo claro que para muchas generaciones de sefardíes lo suyo era un doble destierro. De Israel, como judíos, de España como sefarditas. Se han movido entre el mandato religioso de ir a Israel, la patria de todos, y la añoranza de volver a Sefarad.

Si usted se pasea un rato por el mercado de Yaffo, en Tel Aviv, verá que la mayoría de los comerciantes son sefardíes y que entre ellos muchos hablan en judeo–español. Si se enteran que usted viene de España unos le dirán: “No ay nada mijor que la Espanya”, otros, en cambio, con la misma espontaneidad exclamarán: “La Espanya fue negra, por ke mos echó para afuera”. Para muchos de nosotros es más cuestión de emociones que de historia. Recuerdo a mi tío abuelo Aarón, carnicero en una céntrica calle de Yaffo, que domina perfectamente el hebreo y que cuando nos reunimos en las fiestas o celebraciones familiares y terminamos cantando y bailando, siempre suele exclamar emocionado: “Solo me konmuevo kuando escucho kantes en djudeo–espanyol, en hebreo no es del todo lo mesmo, no me yega tan hondo”. Esa es la clave, Patricio, hay cosas que te llegan muy hondo y otras que nunca penetrarán hasta donde el corazón duele.

Las primeras canciones de cuna que oyeron mis oídos hablaban de Sefarad; las cantaba mi abuela en la única lengua que consideraba suya; y los arrumacos que me hacían, acompañados también de palabras en el mismo idioma. Se imagina, una niña oyendo melodías que perviven casi quinientos años después, a miles de kilómetros de donde surgieron. La ternura, para mí, tiene sonidos de España. Pero el judeo–español es una lengua que se pierde; los jóvenes sefardíes ya no lo hablamos. La progresiva adquisición de una identidad nacional israelí se hace en detrimento de la cultura original sefardita. Si los abuelos lo utilizan aún en sus conversaciones caseras, sus hijos han dejado de practicarlo aunque lo siguen entendiendo; nosotros, los nietos, sólo nos expresamos en hebreo y en inglés.

– ¿Conoce usted España? ¿Ha estado allí?

–Sí, en varias ocasiones. La primera vez tuve una sensación agridulce, pues como todo lo que se ha idealizado decepciona un poco. Busqué como una loca los edificios y restos judíos que perviven. Me paseé por ellos, recreándome. Estuve también en Salamanca porque, según es tradición en la familia, de allí salieron hacia el destierro mis antepasados, los Zacut.

– ¿Fue en alguno de esos viajes cuando conoció a Amaro?

–No, no. A Amaro le conocí aquí, en Israel; durante varios cursos estuvo en la Universidad de Jerusalén. Yo era también una estudiante por entonces y creo que le vi por primera vez en una de las muchas reuniones que manteníamos en la Facultad con los estudiantes extranjeros.

El diálogo se vio interrumpido en ese momento ya que llegaron al hotel y, dando por finalizado el paseo, la profesora se despidió hasta una hora más tarde.

Patricio subió a su habitación. Cansado de la caminata se acomodó rápidamente en un sofá. Enseguida su pensamiento se dirigió hacia el último tema de conversación con Ada. "Este Amaro –se dijo–, qué hombre más lleno de sorpresas. Nunca me había comentado lo de sus estudios en Jerusalén. Creí que sólo había estado por América. Pero en Israel...". Al poco estaba profundamente dormido.

## 4

El final de la conversación con Patricio había despertado en Ada recuerdos muy vivos aún. Mientras preparaba la visita de la tarde y clasificaba la documentación que debía enseñar a Patricio, se distraía con esos recuerdos. No quería ni debía recordar su antigua relación con el que hoy era Comisionado para las Obras Sociales. El pensamiento, a su pesar, se remontaba años atrás:

"¡Cómo no recordar un tiempo de gozo y almíbar! ¿Es posible olvidar instantes tan intensos por efímeros que en estos momentos puedan parecerme? ¿Qué nos queda ahora sino la memoria? Recordar, recordar... Hundirme en los recuerdos hasta la cabeza. Bucear sin dirección, al albur del momento.

Una vez Amaro y yo coincidimos juntos en la misma mesa. Estaba allí, con vaqueros desaliñados y un suéter negro

escandalosamente inadecuado para la temperatura que hacía. Hablaba con voz cálida y tenía una expresión en los ojos verdes que me encandiló desde el principio.

A partir de ese día nuestro grupo se reunió casi todas las semanas. Creo que no falté a ninguno de los encuentros. Desde varias horas antes solía yo estar impaciente y, extrañamente, esa espera me resultaba placentera. A medida que se acercaba la hora de juntarnos todo se iba transformando; aquello que no estuviera directamente relacionado con la reunión perdía importancia para mí; inconscientemente lo apartaba del pensamiento.

A veces hacíamos excursiones fuera de Jerusalén. Un día fuimos a la playa, y nada más salir del agua, mientras nos tumbábamos al sol entre bromas, alguien comenzó a arrojar puñados de arena mojada. Al poco rato estábamos enzarzados, todos contra todos, en una batalla de proyectiles húmedos que se estrellaban contra bañadores, pelo, brazos, muslos... En aquel barullo, a una de las compañeras le entró arena en los ojos. Todos acudimos para ayudarla. Amaro se acercó también, el pelo y el torso mojados, escurriendo arena. Yo le observaba con disimulo. Sus labios, un poco resecos, tenían gotitas de sal de mar depositadas. ¿Por qué era incapaz de apartar los ojos de aquella boca? – me decía a mí misma esa noche al recordar la tarde en la playa –.

Durante aquellos primeros encuentros en grupo noté que cada vez se aproximaba más a mí. Siempre lo encontraba cerca. Se mostraba obsequioso, amable. Sin embargo, me hacía pocas ilusiones sobre ese interés. Su actitud para conmigo me resultaba en realidad desconcertante. En un principio llegué a creer que su proximidad se debía a motivos muy diferentes a los que me hubiesen gustado. Pensaba esto porque había ido descubriendo en él una capacidad poco común para la entrega desinteresada, para la generosidad. En cuanto descubría a alguien en apuros, fuera en el lugar o momento que fuese, allí estaba él, en primera fila. ¿No estaría viendo en mí alguien desvalido a quien ayudar? Así lo pensaba y esa idea me producía una mezcla de furia y desesperanza.

Pero no. Los destellos verdes que observaba en sus miradas no eran de compasión. Me miraba directamente a los ojos y no había en ello ni descaro ni impertinencia. Resultaba divertido. Constantemente me gastaba bromas, se metía con la forma en que yo pronunciaba algunas palabras españolas aprendidas de mis padres y abuelos.

Una tarde me contó que quería conocer la región de Jericó y la

fortaleza de Masada. Tú estudias arqueología, me dijo, ¿por qué no me acompañas y me lo enseñas? No voy a encontrar una guía más sabia ni más bonita – añadió riéndose –. Le tiré directamente a la cara las servilletas de papel que había sobre la mesa, fingiendo enfado. En serio ¿vienes o no? –continuó–. Lo pensaré, fue mi respuesta. Pero acepté. Y fue el comienzo. Hicimos juntos aquel viaje inolvidable. Durante las largas caminatas a pie conocimos el sabor dulce de la camaradería; a veces charlábamos durante horas, a veces callábamos, concentrados sólo en el esfuerzo. Un día, hablando de las canciones que nos gustaban, me dijo:

–Ada, ¿conoces *Ne me quitte pas*?

–Claro, ¡cómo no! La canción me encanta, pero el tema, no sé… es una súplica tan desesperada…; eso me gusta menos.

–Habla también de ofrecer perlas de lluvia y, sobre todo, de alguien capaz de extraer de la tierra, excavando, tesoros muy especiales.

–Me lo sé de memoria:

Moi, je t´offrirai / des perles de pluie / venues de pays / où il ne pleut pas.

Je creuserai la terre / jusqu´après ma mort / pour couvrir ton corps / d´or et de lumière.

–Tú eres casi arqueóloga ¿sabes ya buscar, hasta morir, tesoros como esos?

–No, pero sé lanzar cantimploras llenas a la cabeza de los que hacen preguntas como esas.

La sensación de esos días vuelve hasta mí con el recuerdo de las mochilas a las espaldas, de los caminos polvorientos, de las casas de adobe, de la amabilidad de los aldeanos que encontrábamos en los pueblos. Al regresar ya me quedaban pocas dudas.

Poco después de esto el grupo proyectó una cena de hermandad en un restaurante junto al lago de Tiberíades.

Quería estar preciosa. Me puse un vestido blanco, un collar de jade sobre el cuello despejado y medias verdes. Llegué la última a propósito, y cuando entré, al sentir sus ojos, avancé pequeña, segura, el escote a la vista y el cabello recogido atrás. Sentada frente a Amaro, supe, tras las largas miradas cruzadas entre nosotros, que él también

sentía exactamente lo que yo estaba sintiendo. Terminada la cena, tomamos café y con una excusa él y yo salimos al exterior del restaurante.

La noche estaba espléndida. Estuvimos un rato mirando al agua, que golpeaba y chapoteaba entre las piedras y junqueras de la orilla. Poco a poco, sin movernos, me fue invadiendo una sensación tan dulce que sólo deseaba continuar hasta no sabía donde. Permanecimos de pie, uno junto al otro, admirados en los reflejos de las luces sobre las aguas. ¿Cuánto tiempo estuvimos así, atrapados en aquella red de brillos infinitos? Decidimos sentarnos, persiguiendo conscientemente la cercanía; había tiempo para la ternura.

Amaro me cuchicheó al oído: "Ada, si vives intensamente el día la noche te encuentra llena de luz. Te llevas noche adentro todo lo que has dado y amado en el día". Luego, sentí su mano aproximarse a mi costado, deslizarse mientras subía por la espalda y llegar hasta el hombro contrario, y estremecerme de plenitud. También que no podía negarle lo que sus ojos tan expresivamente me pedían. ¿Qué había en el roce de aquella piel que no hacía sino avivar el ritmo de mi corazón? ¡Me dio un abrazo tan cálido, deseaba tanto abrazarle yo! ¿Para qué tenemos un cuerpo sensible si luego hemos de guardarlo dentro de una urna de prudencia y buenas maneras? Cerré los ojos y le besé, le estrujé con deseos de aproximarme más, de desnudarle y de tocarle.

Cuando más tarde apagamos la luz de la habitación, los destellos de las farolas filtrados a través de la ventana dibujaban mi cuerpo sobre el suyo, iluminaban el sudor que nacía entre mis pechos y el vello de su cuerpo. Al despertarme horas más tarde, Amaro seguía durmiendo. Bajo la semiclaridad que nos llegaba por la ventana sus pálidas facciones revestían una especie de pureza lejana, sagrada, inaccesible. Dormía él no ya como un niño, sino como un ser intocable. Su cabeza reposaba sobre la almohada como un marfil viviente, y yo me extasiaba indolente y orgullosa ante un rostro que me había trastornado desde la primera vez que lo vi.

En los días siguientes, después de ese viaje a Tiberíades, me invadía un sentimiento de felicidad antes no sentido.

Y volvimos más veces junto al lago. Sus riberas, tan frondosas, pasaron a formar parte de nuestra relación. Otra tarde de octubre, el lago, azul y ligeramente rizado como el mar que era, olía a vida. En las montañas del fondo, por encima de la ciudad, brincaba ya la otoñada.

La tarde, recién comenzada, tenía la plenitud de las horas gozosas. Invitaba a la confidencia, al hablar en voz baja.

La tarde gestaba en su seno una preñez de promesas, o tal vez de recuerdos. Al fin y al cabo toda promesa, explícita o intuida, cumplida o rota, empieza y termina en la memoria. Por eso la memoria es también el guardián de los juramentos. Su depositario. A veces, incluso, su tesorero.

Dejando de lado las casas y las veredas más transitadas, caminamos ladera arriba hasta llegar a un pequeño robledal en el que habíamos estado anteriormente con el grupo. Desde allí la visión del lago era magnífica. Pero ese día, no sé si a causa de mi estado de ánimo o a que llegamos en el momento justo, la verdadera fiesta de luz y resplandores estaba entre los árboles. Paseamos agarrados de la mano. Amaro me hablaba de su tierra. En Galicia –me decía– a estas horas también ha empezado la magia de los robledales. Por esta época, siendo niño, cuando acompañaba a mi padre para ir de una aldea a otra, me extasiaba contemplando cómo las hojas esparcían chisporroteos por toda la arboleda. Colores amarillos, cobres, naranjas –continuaba diciéndome Amaro– recorrían las copas de los árboles como un fuego frío y silencioso. Pero no había calor, ni humo. Hoy sé que aquellas hojas, al caer en silencio, sin testigos, sobre la tierra húmeda, estaban preparando la primavera que despertaría unos meses más tarde. Lo que se levanta en cada bosque se debe a lo que ha caído antes –sentenciaba un poco ensimismado, apretándome la mano con fuerza–. Mira Ada, el otoño, aunque cueste creerlo, es una estación alegre y las más fructífera del año.

Allí, entre árboles incandescentes, notando la mano de Amaro sobre la mía, sentí el temblor que da el contacto con el bosque cuando va anocheciendo, el borroso terreno del escalofrío. En silencio, contemplando una naturaleza compacta, poderosa, comenzamos a bajar hacia la ciudad. En aquel atardecer, esos robles otras veces vistos me parecieron encantados, quizá a causa del extraño resplandor que salía de sus copas. Y así continúan en mí, grabados para siempre como el fuego que emanaban.

## 5

Hora y media después Patricio y Ada volvieron a encontrarse.

Tras un corto viaje en coche por las orillas del lago, se detuvieron junto a un cerro ocupado en su parte más alta por ruinas

de antiguas fortificaciones. Se veían grupos de personas cavando con pequeñas herramientas, otros sacando fotografías o haciendo dibujos y planos sobre el terreno. Ada saludaba a todos y de vez en cuando se entretenía con alguno de ellos para comentar las incidencias de los trabajos.

–Como puede observar, todavía continuamos excavando.

–Están levantando esto centímetro a centímetro – respondió, girando al mismo tiempo la cabeza para contemplar el perímetro de las excavaciones–.

–Los principales hallazgos de este yacimiento están ya analizados y catalogados. Tal es el caso del enterramiento que vamos a ver.

– ¿Por fin me explica este misterio? –Patricio, de buen humor, se dirigió a la profesora con aparente despreocupación.

–En estos momentos pisamos sobre los restos de la antigua Kfar Nahum (que en hebreo significa *la aldea de Nahum*) –continuó Ada sin responder a la broma de Patricio–. Es decir la Cafarnaúm de los tiempos de Jesucristo. Nos encontramos en la orilla noroeste del lago, a unos 15 kilómetros al norte de Tiberíades. Este sitio ocupó un lugar importante en los relatos evangélicos y consta que varios de los apóstoles más destacados eran naturales o residían aquí. Las evidencias arqueológicas indican también que fue fundado a principios de la dinastía asmonea. En aquellos momentos se ubicaba en el límite de la provincia de Galilea y era una etapa de la ruta comercial llamada *Via Maris*. En tiempos de Jesús, como ciudad fronteriza, contaba con un puesto aduanero y una pequeña guarnición romana al mando de un centurión.

–Pero todos esos muros almenados que veo son muy posteriores. Estas ruinas no son de los primeros años del cristianismo.

–Así es. En la Edad Media este lugar estuvo ocupado por fortificaciones militares. Lo que quiero mostrarle quedó protegido por los baluartes que en su momento levantaron los cruzados alrededor –haciendo una pausa, la profesora le señaló varios hoyos en el suelo– ¡Tenga cuidado donde pone el pie, esto lo tenemos lleno de agujeros!

–Ya veo, ya veo, hay que ir con cien ojos.

–La muralla principal –oyó que le decía Ada– se conserva casi completa por sus lados este y oeste; el número de torres albarranas,

casi todas octogonales, que permanecen en pie es notable también.

La profesora siguió caminando hacia el centro del terreno murado; finalmente se detuvo y, al mismo tiempo que señalaba con el dedo, dijo:

–Todos los bastiones que nos rodean servían para defender este pequeño templo, situado en el centro mismo del recinto fortificado.

Se habían detenido frente a unas ruinas que a Patricio le parecieron restos de una capilla. Le sorprendió la forma circular que tenía.

– ¿Esto era una iglesia cristiana? –preguntó–.

–Sí

– ¡Qué aspecto tan poco habitual!

–Efectivamente, es uno de los pocos casos de templo constituido por un edículo central en torno al cual gira una nave redonda. Según nuestras averiguaciones, esta manera de construir tiene precedentes en los baptisterios de los primeros siglos del cristianismo; y, sobre todo, fue la configuración elegida por las órdenes militares que fundaron los cruzados en Palestina. El origen de esta moda bien pudiera estar en la mezquita de la Roca y en la Basílica del Santo Sepulcro, ambas en Jerusalén. Los templarios, que establecieron la sede en aquella mezquita, utilizaron tal modelo en sus iglesias de Francia, Portugal y España.

Ada se adelantó y caminando sobre tablones que salvaban un foso excavado en el suelo, se introdujo entre paredes que apenas si se sostenían en pie.

–Sígame, pero con cuidado, existe peligro de derrumbes.

Patricio fue detrás de ella obediente, admirado por la serenidad y misterio que exhalaban aquellas ruinas. La sensación de estar pisando lugar sagrado le recorría todo el cuerpo. Pudo reconocer el ábside del templo, las capillas laterales y, en el centro, la extraña construcción llamada edículo, que semejaba un enorme cáliz de piedra.

–Por la doble escalera adosada que ve usted ahí –continuó la profesora– se llega al piso alto del edículo. Ese espacio lo utilizaban los caballeros para velar las armas durante la noche anterior a su cruzamiento. También se celebraban en él los rituales y juramentos

para nombrar a los nuevos caballeros.

Ada dejó que Patricio observara durante unos minutos aquella construcción. Las recientes excavaciones habían conseguido liberarla de la tierra y malezas que la cubrían, pero al mismo tiempo dejaron al descubierto profundas hendiduras que recorrían de arriba a bajo las paredes, y la ausencia de sillares en muchos puntos. Cuando Patricio terminó, la profesora siguió hablando.

–El piso inferior del edículo es el que más nos interesa. Se accede a él mediante estos cuatro arcos que se orientan hacia cada uno de los puntos cardinales. Antes de entrar, observe esa lápida empotrada en el arco que mira al sur, en dirección a Jerusalén, y lea la inscripción que contiene.

Patricio se acercó y silabeó: "*Hec sacra fundantes atque gubernantes celeste sede locentur. Dedicatio ecclie beati sepulcri*"; luego, tras unos instantes de reflexión, hizo en voz alta la traducción del texto latino: "*Los fundadores de este templo y los que lo gobiernan sean colocados en la sede celestial. Dedicación de la iglesia del santo sepulcro*". La profesora asintió con la cabeza y continuó. Pasaron ambos bajo uno de los arcos y llegaron así a una estancia en cuyo centro había un gran sarcófago de piedra.

A una indicación de Ada, Patricio alzó los ojos hacia las bóvedas y vio que estaban cubiertas de pinturas murales: un zócalo en rojo sobre el que destacaban siete caballeros cruzados, con capa de ceremonia negra y sobre ella una cruz de color blanco, escudo en el brazo izquierdo, lanza en el derecho y espada en la cintura. Parecían centinelas, los guardianes del recinto.

–Este es el sepulcro que quería mostrarle. Se encuentra exactamente bajo el altar que hay en la parte superior del edículo –dijo la profesora, tocando con la mano el túmulo–. Interiormente, el sarcófago mide un metro ochenta de largo, con un ancho de cincuenta centímetros a la altura de los hombros, y treinta y cinco en los pies. La altura del vaciado es de cincuenta centímetros.

–La forma es también un tanto peculiar –añadió Patricio–.

–Sí, visto lateralmente tiene aspecto naviforme. Es como un pequeño barco de piedra. Observe los laterales y la tapa, tienen añadidos elementos medievales, como le dije.

–Los aprecio perfectamente. Aquí y aquí... –con el dedo recorría los abultamientos de la piedra–.

–Vea también los caracteres arameos.

– ¿Dónde?

–Son estos; los que resaltan menos; están bastante erosionados, aunque legibles todavía.

–Mire, estas inscripciones están en latín –señaló Patricio, alborozado por haberlo reconocido–.

–Sí. En efecto, se trata de caracteres latinos. Al ser varios siglos posteriores son más visibles. En la tapa hay varias cruces.

–Se asemejan a las utilizadas por los cruzados ¿no?

–Lo son. Corresponden a la orden de caballeros de San Juan.

– ¿Este sepulcro tenía algo dentro? –la pregunta resultaba inevitable, dado que si era negativa el resto de las explicaciones que pudieran darle carecían de importancia.

–Sí.

– ¿Sí?

–Sí.

– ¿Y dónde está? –La satisfacción que Patricio había sentido en los anteriores encuentros iba dejando paso a un ligero desasosiego. Lo que estaba oyendo empezaba a no gustarle–.

–Luego se lo enseño.

La respuesta de Ada, además de aumentar su inquietud, le pareció un poco dura. No obstante, en sus ademanes había un rastro de dulzura que ni las más áridas explicaciones conseguían tapar. La profesora portaba una cartera de mano, y de ella fue extrayendo papeles que colocaba directamente sobre la tapa del sepulcro.

–Las copias de las inscripciones latinas son estas –le mostró varios calcos realizados a carboncillo al mismo tiempo que le señalaba la tapa del sarcófago–. Compruebe las letras una a una. Como ve son las mismas que las del calco. Usted sabe latín, intente traducirlo. En nuestra opinión fueron añadidas al túmulo en tiempos de las cruzadas.

Patricio se concentró en las inscripciones del calco, tras haber comprobado que coincidían con las existentes sobre la tapa y en los laterales de la tumba. Después de observarlas atentamente, mientras

Ada miraba distraída, respondió:

–Son frases y versículos del Nuevo Testamento.

–A esa misma conclusión hemos llegado nosotros. Pero ¿qué dicen?

–Pues en ésta del lateral izquierdo creo que pone: *Doy mi vida para tomarla de nuevo*. Un versículo del evangelio de San Juan (10, 17)

– ¿Y en ésta de la derecha?

–Ésa de la derecha dice: *Beberéis mi cáliz*. Es otro versículo, ahora del evangelio de San Mateo (20, 22). Es una frase que dice Jesús a los hijos de Zebedeo cuando se presentan a él.

–Coincido plenamente con usted.

–Finalmente, en la tapa dice: *Oh, Hijo del trueno*. Así llamaba Jesús a uno de los hijos de Zebedeo –las dos últimas frases parecían dejar pocas dudas a Patricio sobre la identidad de la persona que podía haber ocupado aquel sepulcro–.

–Ahora, veamos la inscripción en arameo. En nuestra opinión fue grabada en el siglo primero de la era cristiana.

–Una pregunta. ¿Por qué está en lengua aramea y no en hebreo?

–Lo sorprendente sería lo contrario. Esta es la tierra ancestral de los arameos, y el arameo, como usted sabe, era la lengua materna de Jesús, la que aprendió de sus padres, la que hablaba cuando siendo niño jugaba con los chicos en la calle, pero igualmente era el idioma original de los primeros apóstoles: Pedro, Andrés, Juan... Con el correr de los siglos, los habitantes de estas comarcas mudaron el nombre de arameos por el de siriacos, aunque en realidad no era un nombre nuevo; en la antigüedad ese era ya el apelativo con el que les designaban los griegos. Usted conoce a los maronitas...

–Sí, cómo no.

–Desde tiempo inmemorial han poblado la comarca comprendida entre el lago de Genesareth y la ciudad de Trípoli. Los maronitas actuales provienen de aquellos siriacos, de aquellos arameos, que abrazaron el cristianismo ya en tiempo de los apóstoles. Tienen tan arraigadas sus costumbres que todavía emplean el siriaco, el arameo, en las ceremonias religiosas. No debe de extrañarle a usted

que sea esta lengua, y no otra, la utilizada en la inscripción.

–De acuerdo, pero ¿qué dice?

–El departamento de arameo de la Universidad lo ha traducido así: *Ya´aqob, hijo de Zebedeo, hermano de Juan*. Un texto igual al de la tumba que vimos en Jerusalén, ¿lo recuerda?

–Eso parece –respondió con pesadumbre y recordando que al oír aquella frase la vez anterior, en Jerusalén, se le había caído la pluma–.

–Si como todo apunta ésta es la tumba de *Ya´aqob, hijo de Zebedeo y hermano de Juan*, nos encontramos ante el sepulcro de uno de los doce apóstoles.

–Eso parece –repitió Patricio –.

–Exactamente del apóstol al que ustedes conocen en español como Santiago El Mayor. Sabe perfectamente que el nombre de Santiago no es más que el resultado de unir, por el uso, el vocablo *Sant*, que significa santo, junto con el nombre real del apóstol, que era *Yaqob*. Así se han formado las diferentes maneras que a lo largo de los años han utilizado ustedes para nombrarle: Sant Yacob, Sant Yago, Santyago, Santiago...

–Eso parece –volvió a decir, sin escuchar apenas lo que decía la profesora y ensimismado en sus propias reflexiones. Trataba de encajar todas las piezas. Tanto la frase latina *Beberéis de mi cáliz,* dicha por Jesucristo a Santiago y a Juan, como la expresión *Hijo del Trueno*, aplicada también a Santiago, dejaba pocas dudas. Mentalmente repasaba algunos datos: Santiago falleció en Palestina, hacia el año 44 dC, unos once años después que Jesucristo. Según los Hechos de los Apóstoles (12, 1–3), "Herodes hizo matar por la espada a Santiago, hermano de Juan. Eran los días de los Ázimos". Murió por tanto decapitado, dándose la circunstancia de que fue el primero de los doce apóstoles en sufrir el martirio, el primero de los elegidos por Jesús que muere por dar testimonio, el primero en "beber su mismo cáliz". Este hecho, por sí sólo, contribuyó a que desde entonces se le diera una veneración especial entre las primeras comunidades cristianas.

La voz de Ada, sin dar un momento de respiro, le sacó de aquellos pensamientos. Ella continuaba sacando conclusiones, todas demoledoras:

–La tumba que vimos en Jerusalén, con una inscripción

idéntica, perteneció también a Santiago, pero estaba vacía, así que ese descubrimiento no suponía para ustedes ningún problema. Hasta me pareció percibir en usted un gran alivio.

–Le repito que de todas formas lo considero una gran aportación para todos los cristianos.

–Ya... pero el asunto se les complica mucho al aparecer otro sepulcro más de Santiago El Mayor, ese apóstol que según la tradición católica predicó en España y, al decir de muchos, fue enterrado en Compostela después de un traslado desde Palestina.

–Bueno, bueno, lo del enterramiento en Compostela es una piadosa tradición – contestó rápidamente, tratando de quitar importancia a lo que escuchaba –.

–En todo caso, si estaba enterrado aquí no podía estar al mismo tiempo en España, en Compostela. Efectivamente se hizo un traslado, pero en una dirección muy distinta a la que ustedes han defendido durante siglos.

–Lo que han encontrado dentro de esta tumba ¿dónde está? ¿Dónde está? – repetía impaciente Patricio –. ¡Necesito verlo cuanto antes!

–Espere unos minutos. Voy a hablar con el encargado del grupo de excavadores y ahora vuelvo. Enseguida nos vamos.

Mientras Ada se alejaba, Patricio contempló aquel sepulcro con una mezcla de respeto e incredulidad. "Antes de estudiar el contenido de la tumba nada puede afirmarse de forma tajante", se decía a sí mismo con la esperanza de que las evidencias no fueran tan concluyentes. Repasaba mentalmente lo sucedido desde el día anterior. El hecho de que la sepultura de Jerusalén estuviera vacía fue una buena noticia y más lo fue la seguridad que usó la profesora al afirmar que el cuerpo había sido trasladado a otro lugar; eso ayudaba a mantener la tradición jacobea. Según esta tradición, los restos del apóstol, que efectivamente había muerto en Palestina, fueron llevados en barco desde el puerto de Jaffa hasta España, desembarcados en la localidad coruñesa de Padrón, y transportados luego por tierra a un lugar que posteriormente se llamaría Compostela.

–En todo lo que hemos visto hasta ahora hay una evidencia palpable – comentó Patricio a la profesora cuando ésta regresó –: Los restos del apóstol Santiago fueron sacados de su primer sepulcro y trasladados. La tradición compostelana dice que a España, ustedes

aseguran que a Cafarnaúm, pero fuera cual fuese el destino final ¿qué explicación dan a ese traslado?

–Por razones de seguridad exclusivamente. En un principio, los discípulos de Jesús de Nazaret formaban una corriente más dentro del conjunto del judaísmo. Fue Pablo de Tarso, un judío helenizado, quien les dio una proyección más amplia al insistir en que el mensaje cristiano debía dirigirse a todos los hombres. Para las autoridades oficiales del judaísmo los cristianos eran una escisión que amenazaba sus propios fundamentos. Lo consideraban una herejía, una secta nacida de sus entrañas y que como tal debían extirpar.

–Esa no es suficiente razón para hacer el traslado.

–Sí, porque empezaron las persecuciones hacia los seguidores de Jesús. En uno de los muchos hostigamientos promovidos por el Sanedrín se atacaron las propiedades de los cristianos, sus lugares de culto, destruyeron sepulturas. El sepulcro de Santiago en Jerusalén era un lugar de notoria veneración y corría el peligro de ser destrozado por turbas fanatizadas. Fue entonces cuando, asustados o precavidos, deciden llevarse los restos del apóstol a Galilea

– ¿Y por qué a Galilea? ¿Por qué no a otro lugar?

–Galilea, como puede ver, es una región montañosa y rica. Sus habitantes tenían fama de trabajadores, aunque rudos. Por su mayor contacto con otros pueblos eran menos intolerantes que los de Jerusalén. Las poblaciones estaban mezcladas, abundando los gentiles acaso más que los judíos. Fíjese si era una tierra segura para protegerse de los fanáticos, que esta ciudad no participó en ninguna de las dos grandes rebeliones judías contra Roma, y los escritos de la época identifican a Cafarnaúm como una de las localidades que tenía más *minim* (sectarios o herejes, en hebreo). Aquí la tumba de un cristiano corría poco peligro, como la de cualquier creyente de otra religión. Por eso hicieron el traslado.

–Lo que usted dice es coherente. Pero con tales motivos podría haberse hecho a cualquier otro lugar de Palestina o del mundo conocido.

–A usted se le olvida un detalle muy importante. Santiago era galileo, como su hermano Juan, como el apóstol Pedro, como Andrés. En realidad, a Santiago lo devolvieron a su ciudad; Jerusalén, aunque capital religiosa, era un tierra extraña para él. Haga memoria.

– ¿Qué tengo que recordar?

–Recuerde los versículos del Nuevo Testamento (Mt 4, 18–22; Mc 1,2–6; Lc 5, 9–11) que refieren la captación de los primeros discípulos por parte de Jesús. Eso sucedió aquí mismo, en este lago.

–Pues, si la memoria no me falla, dicen algo así: "Y mientras caminaba Jesús junto al mar de Galilea (...) vio a otros dos hermanos: Santiago, el hijo del Zebedeo y su hermano Juan, que en la barca con su padre preparaban las redes, y les llamó. Ellos, al punto, dejaron la barca y a su padre y le siguieron".

–Entonces, ¿qué tiene de raro que sus familiares y amigos, los cristianos de Galilea, quisieran guardar entre sus propias montañas una sepultura que estaba a punto de ser profanada en una ciudad extranjera del sur? En ningún otro sitio estaría más segura que en Cafarnaúm. Defendida por los suyos, por los cristianos más antiguos. Además, Galilea siempre había sido una tierra de refugio para ellos. Jesús, cuando tiene problemas en Jerusalén, viene aquí a esconderse. Nos lo dice el propio hermano de Santiago, el evangelista Juan (7,1): "Después de esto andaba Jesús por Galilea, pues no quería ir a Judea porque los judíos le buscaban para darle muerte". Por si esto no fuera suficiente, otro evangelista, Mateo (4, 12-13), concreta más todavía el lugar que utilizaban los primeros cristianos para refugiarse: "Cuando oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea (...) y vino a residir a Cafarnaúm, junto al mar". Le recuerdo que Mateo, antes de convertirse al cristianismo, fue recaudador de impuestos en esta ciudad; sabía bien de lo que hablaba.

–Veo que usted se apoya mucho en los evangelios como fuentes para la historia, y eso tiene sus problemas. Los evangelios no son documentos históricos propiamente dichos; pertenecen a un género literario muy especial, en el que se mezclan la historia y la fe. Los evangelistas sitúan los hechos en un contexto creado a propósito para cumplir una función apostólica, por eso es necesario tomar sus datos con cautela y tras un examen muy riguroso.

–Ya lo sé; soy judía, con lo cual, cuando yo los menciono, no puede ver en ello ningún matiz religioso o de fe. Sin embargo, a pesar de lo que usted me cuenta, para el tema que estamos estudiando son bastante mejores que las fuentes utilizadas para explicar la vida de otras figuras históricas, como, por ejemplo, Alejandro Magno. La trayectoria histórica de este personaje se ha reconstruido sobre documentos mucho menos fiables y que se escribieron siglos después de los hechos que relatan. Los evangelios, al menos, fueron redactados en fechas bastante próximas a la vida de los personajes que allí aparecen; en la época de la redacción, no sólo vivía gente que conoció

a Santiago, es que su hermano Juan, como ya sabe, es el autor del cuarto evangelio.

–Le repito que todo eso tiene coherencia, pero me sigue pareciendo que usted hace afirmaciones demasiado rotundas – se atrevió a responder Patricio –.

–No lo afirmaría de esa manera si no tuviera un montón de pruebas más.

–Muy bien, pues enséñemelas.

–Seguro que usted conoce los *Manuscritos del mar Muerto*.

–Un poco. He leído algún artículo sobre ellos y me parecen francamente interesantes.

–Los llamados manuscritos del mar Muerto, o de Qumrán, se relacionan con los esenios, una secta judía de la época de Jesucristo.

–Sí, lo recuerdo. Los esenios vivían en comunidades, a modo de monasterios con reglas muy estrictas. Sólo admitían adeptos después de una prueba de tres años y mediante un juramento por el que se obligaban, entre otras cosas, a no manifestar a los profanos los secretos de la secta. Sin embargo, pese a actuar con tanto secretismo tenían la costumbre de escribirlo todo. Redactaron cantidades ingentes de textos religiosos e históricos.

–Afortunadamente. Esa contradicción nos permite conocer hoy muchos datos, y muy fiables, sobre los siglos I y II antes y después de Cristo. Lo escribían casi todo pero lo guardaban con el mismo celo. Cuando se vieron en peligro (los romanos destruyeron el monasterio de Qumrán en el año 62 dC) escondieron los manuscritos en cuevas.

–Parece que lo conoce usted muy bien ¿no?

–El tema de estos descubrimientos me es muy próximo ya que la mayoría de los manuscritos se conservan en mi Facultad, y sobre las primeras excavaciones de Qumrán hice yo la tesis doctoral.

– ¿Cómo se descubrieron?

–Pues, como suele ser habitual, los primeros hallazgos tuvieron lugar de manera fortuita. Dos beduinos de la tribu de Ta´amireh, caminando en busca de una cabra que se les había extraviado, a comienzos del verano de 1947, penetraron en una cueva situada al sur de Jericó y a unos dos kilómetros al oeste del mar Muerto. Allí

encontraron varios rollos de piel, envueltos en telas, que tras diversas andanzas y peripecias llegaron a la Universidad Hebrea de Jerusalén. Una vez que los hechos se divulgaron a nivel internacional se inició una búsqueda sistemática a cargo de investigadores venidos de todo el mundo. Las excavaciones que le he enseñado estos días, y de las cuales soy la responsable en este momento, son continuación de aquellas otras, pertenecen al mismo proyecto.

– ¿Y qué tiene que ver todo esto con lo que yo busco?

–Me va a permitir que le dé algún detalle más y en seguida le respondo. De los 330 manuscritos identificados la mayoría están en hebreo, unos 40 en arameo y el resto en griego. En ellos se recogen la mayor parte de los relatos bíblicos ya conocidos y... – se detuvo un momento Ada –.

– ¿Y...?,

–Y un par de manuscritos que cuentan lo sucedido durante las persecuciones de las autoridades judías contra grupos considerados sectarios, como los cristianos. Entre los documentos que mandé a Amaro hay un manuscrito que menciona a un tal *Ya´aqob, hijo de Zebedeo* ¿lo recuerda?

–Sí, cómo no. Tuve tantas dificultades para estudiarlo que no lo olvidaré nunca. Primero encontrar alguien que me hiciera una traducción del arameo, luego comprobar su autenticidad. Sólo ese manuscrito demoró más de dos meses mi respuesta al arzobispado.

– ¿Qué la parece su contenido?

–Inicialmente no me atreví a sacar conclusión alguna, todas me parecían aventuradas.

– ¿Y ahora, qué puede decir? En ese manuscrito se habla de un *Ya´aqob,* seguidor de Jesús, venerado por los creyentes y cuyos restos fueron llevados hasta el norte del país; es decir, a Galilea. Detalla cuándo y quiénes lo hicieron,

–Sí –respondió Patricio–; pero ese manuscrito no menciona a Galilea ni a Cafarnaúm, ¿o me equivoco?

–Lo recuerda perfectamente. Ese manuscrito no menciona a Galilea.

–Cuenta que el traslado se hizo a un lugar *junto al mar de las montañas del norte* o *junto a las montañas del mar del norte*, los

traductores que he consultado no se han puesto de acuerdo sobre cuál es el sentido exacto de la frase, pero es evidente que no da nombres concretos.

–No olvide que los esenios, redactores del manuscrito, vivían en Qumrán, muy al sur de donde ahora nos encontramos y en medio de una planicie.

–En el manuscrito se habla de un mar y de montañas… Galicia, de donde yo vengo, está entre montañas, junto a al mar, en el norte…

–El manuscrito se refiere al mar de Tiberíades y a las montañas de Galilea. No quisiera resultar reiterativa –continuó la profesora–, ni parecer impertinente, ni que pueda usted pensar que tengo interés más allá de lo puramente científico, pero las pruebas en este sentido son abrumadoras.

–Pues muéstreme esas pruebas.

–Ya irán saliendo todas; de momento le diré que un grupo de manuscritos, los hallados en las excavaciones de Jirbet Mird, arrojan nueva luz sobre los siglos VI al IX del cristianismo en Palestina. Hablan ya sin tapujos de una veneración generalizada sobre esta sepultura; hasta tal punto era así que los peregrinos que acudían a Jerusalén para rezar ante el Santo Sepulcro, el de Jesucristo, subían luego hacia el norte, a Cafarnaúm, para postrarse ante la tumba de Santiago; y lo hacían siguiendo una ruta que está perfectamente delimitada.

– ¿Una ruta que está perfectamente delimitada, dice?

–Sí, un camino que nosotros estamos descubriendo metro a metro. Las noticias sobre peregrinos que siguen esta senda se repiten a lo largo de los siglos. Precisamente, el testimonio más antiguo que se conoce es de una peregrina española del siglo IV: Egeria. Usted debería saberlo.

–Sí, sí, conozco su peregrinaje a Tierra Santa, entre los años 381 y 384, y la búsqueda que hizo de los lugares citados en el Nuevo Testamento.

–Egeria visitó Cafarnaúm en más de una ocasión y describe con gran detalle varios edificios relacionados con los apóstoles. Entre ellos menciona un recinto de piedra basáltica que “contiene *la tumba venerada*”, dice ella.

–Así y todo nada impide que años más tarde se hiciera un

segundo traslado a España.

–Acompáñeme – le respondió la profesora con una sonrisa indulgente –.

– ¿A donde me lleva usted ahora? –contestó, procurando poner un tono desenfadado–.

–Vamos a ver al doctor Louis Badaoui, un paleoantropólogo; es la persona que más y mejor ha estudiado los restos humanos encontrados en el sepulcro. Me alegra que sea él quien se lo explique, pues su opinión será para usted menos sospechosa que si lo hiciera un judío o un musulmán. Es cristiano, más exactamente católico de rito melquita y, por tanto, de obediencia vaticana también. Nadie mejor para valorar en su justa trascendencia algunas de las conclusiones que se han extraído.

– ¿Es importante que sea un judío o un cristiano quien lo explique? Pensé que eso daba igual ¿no? Estamos hablando de datos objetivos.

–Así debería ser, pero me temo que para algunos ese punto sea esencial y que mirarán más quién lo cuenta que lo que se dice. Cuando era pequeña, mi abuela me explicó en palabras sencillas cuál es la diferencia entre judíos y cristianos: "Mira, Ada, los cristianos creen que el Mesías ha estado aquí una vez y que regresará algún día; los judíos sostienen que el Mesías no ha venido aún. Por esa diferencia ha habido odio y destierros sin fin". Y yo me digo: si eso ha servido para derramar sangre ¿no cree usted, Patricio, que servirá también para que alguien se sienta con derecho a negar mis descubrimientos sólo porque los he hecho yo?

–Esperemos que no ocurra así. Esa lucha de judíos y cristianos pertenece al pasado, creo. Debo reconocer que todavía hay rencores en grupos minoritarios y extremistas de ambas confesiones. La figura de Jesús aún provoca rechazo entre gran parte de los judíos. Le culpan de muchos de sus males.

–El hecho de que su nombre evoque tanto resentimiento entre miles de judíos está relacionado con lo que hicieron sus discípulos; no con él. En primer lugar está relacionado con las iglesias cristianas, que durante milenios han calificado a los judíos de “asesinos de Dios”; unos seres capaces de matar a un Dios tenían que ser unos monstruos.

–Dicho así, no se lo puedo negar, pero las cosas no son tan simples.

–Claro que no. Estoy mostrando las posturas más extremas. Un escritor amigo mío, de nombre Amós, suele llamar a vuestro Jesucristo el “rabino Jesús”. Y a muchos de mis amigos y compañeros, tanto judíos como cristianos, les incomoda este apelativo. Pero resulta que los seguidores originales de Jesús, los apóstoles, le llamaban muchas veces así: *Rabí* o *Rabino,* palabra hebrea que significa sencillamente "maestro". Y eso fue Jesús, un maestro judío no ortodoxo que quiso llevar al judaísmo hasta lo que parecían sus consecuencias irrenunciables. Como también dice mi amigo Amós: “En términos modernos, el rabino Jesús tuvo una vida de judío reformador y una muerte de judío no conformista”.

–Una visión original la de ese escritor amigo suyo. Lo reconozco.

Por el camino, mientras se dirigían charlando de este y otros temas al lugar en el que se guardaban los restos encontrados en el túmulo, Patricio volvió a notar la sensación de estar siendo vigilados.

El doctor Badaoui era un hombrecillo barbudo, que les recibió con las manos llenas de libros y embutido en una bata blanca algunas tallas más grandes de lo que le correspondía. Más que hablar, susurraba con una suavidad muy oriental. Ada, tras saludarle con afecto y hacer las presentaciones, le dijo que deseaban ver los restos encontrados en el enterramiento C–7.

– ¿La C–7? –respondió sorprendido–.

–Sí, la C–7. Don Patricio ha viajado desde muy lejos para conocer nuestros descubrimientos –replicó la profesora, sin dar muchas explicaciones sobre la presencia de Patricio–.

Encima de la mesa de madera pulida y brillante que tenían ante sí, colocó el doctor una caja, también de madera, con rótulos en hebreo e inglés. Levantó la tapa cuidadosamente, se puso guantes de látex y comenzó a sacar bolsas de plástico transparente, de distintos tamaños, que contenían huesos y fragmentos óseos aparentemente humanos. Por la forma susurrante de hablar y la lentitud de movimientos daba la impresión de que sentía especial respeto por aquello que sostenía entre las manos.

–Este es el contenido, en lo que a restos humanos se refiere, hallado en la tumba catalogada con el indicativo C–7. Los huesos y fragmentos se encontraron mezclados y amontonados, sin ninguna ordenación que pudiera corresponderse con la disgregación normal de una osamenta humana.

– ¿A qué atribuye usted eso? –preguntó Patricio, tratando de confirmar lo que ya sabía–.

–A que fueron traídos de otro lugar y dejados allí – respondió categórico – y a que en alguna ocasión la tumba fue abierta y los huesos manipulados. El cráneo, véanlo ustedes, está incompleto, faltando el parietal derecho, occipital y media mandíbula. También faltan algunos dientes, así como parte de las vértebras dorsales. Cabe destacar la ausencia completa de los huesos del brazo derecho. No hemos encontrado ninguno. Del resto del esqueleto hay huesos enteros o fragmentos, cuyo deterioro puede atribuirse a la descomposición natural y a los efectos del traslado y manipulaciones posteriores. Esta osamenta corresponde a un varón, de complexión fuerte y una estatura aproximada, observen la longitud y diámetro del fémur, cercana al metro y setenta centímetros. La edad de esta persona, en el momento del fallecimiento, estaba entre 45 y 50 años, más o menos –Patricio echaba cuentas mentalmente y comparaba lo que decía Louis Badaoui con los datos históricos sobre Santiago, muerto en el año 44 dC–. Al analizar las vértebras cervicales hemos hallado evidencias sobre la causa de su fallecimiento –en ese momento cogió una bolsita, de la que fue extrayendo el contenido–. Miren las vértebras tercera y cuarta, así como la quinta. La tercera se encuentra partida en su tercio inferior, de la cuarta sólo restan estos fragmentos, y de la quinta falta el tercio superior. El fallecido recibió un golpe violento y brusco que seccionó la vértebra cuarta y dañó la tercera y la quinta, con una trayectoria de arriba hacia abajo, como lo demuestra el mayor astillamiento del lado posterior de las mismas. Este golpe separó la cabeza del resto del cuerpo. El instrumento utilizado fue una espada, casi con toda seguridad.

–Antes de que continúe usted, quisiera saber si han hecho dataciones científicas de los restos óseos –preguntó Patricio algo contrariado–.

–Naturalmente. Para conocer la edad de los huesos se han utilizado varios sistemas. En concreto, la prueba del carbono 14 y...

–Ese método resulta muy útil en otros casos, pero es poco preciso para las fechas que estamos manejando. No me fío en absoluto de esa datación. Ni aceptaré un resultado obtenido así.

–No se precipite, don Patricio, estamos de acuerdo. Solemos aplicar distintas pruebas y luego cruzamos los resultados.

– ¿Entonces, que más han hecho?

–También hemos usado un procedimiento de reciente aparición denominado “datación de cristal único mediante fusión por láser”. Se aplica sobre las cristalizaciones existentes en las masas óseas.

–He leído algo sobre ese nuevo método. ¿Cómo funciona?

–En esencia se trata de un rayo láser que funde las cristalizaciones del hueso liberando gas argón. El gas liberado se mide con un espectrómetro de masa. Como el argón se acumula en el cristal a ritmo conocido, la cantidad liberada revela la antigüedad del hueso. El margen de error es menor del uno por ciento.

–Y después de aplicar todas esas pruebas ¿a qué conclusiones han llegado?

–Que estos huesos tienen dos mil años de antigüedad. Proceden de las primeras décadas de la era cristiana. A continuación comprobaremos que...

A partir de ese momento Patricio dejó de prestar atención a los tecnicismos y explicaciones del doctor. Sintió ganas de marcharse y así se lo indicó a Ada. Su viaje estaba a punto de terminar. Ya había visto y oído bastante.

Cuando salieron a la calle, siendo ya noche cerrada, recibió el olor húmedo y salobre del lago, mezclado con otros de árboles frutales. Un cansancio que consideró extremo le recorría el cuerpo. Tenía ganas de comer y dormir. Haciendo un último esfuerzo preguntó a la profesora:

–Alguien más que usted conoce estos hallazgos.

–No, de momento no; pero somos científicos. Es un descubrimiento y como tal debemos publicarlo. Sólo razones de cautela científica han impedido que saliera a la luz –dijo Ada–.

Las ganas de marcharse y dormir durante horas aumentaron.

Al día siguiente, en un atardecer de tonalidades que sólo conocen quienes han pisado tierras bíblicas, Patricio cruzaba la sala central del aeropuerto de Tel Aviv. A su lado, Ada caminaba hablándole con suavidad y exhalando esa mezcla de firmeza y dulzura que tanto enloqueciera años atrás al hoy Comisionado.

Se dirigían a la puerta de embarque de un avión que volvía a España. A punto de cruzarla, Patricio, en un último esfuerzo por encontrar asideros, le dijo:

–Falta una parte del cuerpo del apóstol, bien pudiera haber sido llevada a Compostela.

–Es posible. Pero antes de sacar cualquier conclusión definitiva lea esto –al mismo tiempo le entregó unas hojas que apenas tuvo tiempo de guardar en su cartera de mano–.

Durante unos instantes, franqueado el acceso al túnel, volvió la cabeza y vio los ojos sonrientes de Ada y su mano alzada en señal de despedida. Su figura, menuda y delicada, quedó allí entre viajeros de cien razas y destinos. En aquella mujer, tan involuntariamente seductora, habitaban la sal del mar de Galilea y los colores de Sefarad, tamizados por siglos de espera y añoranza.

## Capítulo 3

**1**

En una sala aneja al despacho del arzobispo se encontraban de nuevo los mismos asistentes de las anteriores reuniones. Los rostros de los tres eclesiásticos eran esta vez de expectación.

Amaro miraba a Patricio con especial curiosidad y una sonrisa pícara. Patricio, en su interior, no podía por menos de recordar a Ada.

A su lado, el prior sólo parecía interesado en alisar las arrugas del traje con alzacuello que portaba.

Patricio se sintió importante una vez más. Que esos hombres estuvieran tan pendientes de él y que necesitaran tanto sus informaciones, le justificaban de alguna manera los esfuerzos y años que llevaba dedicando al tema. Era el mayor reconocimiento que podía esperar. Además de comer bien y viajar todos los veranos a Irlanda, eso y no el dinero, podía colmar su vida.

–Ya está usted de nuevo aquí. Me alegro de verle. ¿Qué tal el viaje?

–Muy bien, monseñor. Todo perfecto, salvo algunos inconvenientes inevitables, creo, de los viajes en avión.

– ¿Está usted satisfecho, entonces, del trabajo realizado allí?

–El objetivo de mi misión en Israel se ha alcanzado en su práctica totalidad. En especial quiero agradecer la colaboración de la profesora Ben Zacut. Una mujer encantadora como persona –por el rabillo miraba al Comisionado, que no perdía detalle de sus palabras–, y extraordinariamente rigurosa como científica.

–No se ha sentido solo, ni sin apoyo, en su búsqueda, pues.

–No, no, al contrario –seguía observando de reojo a Amaro–. Todo el equipo de la Universidad de Jerusalén se ha volcado conmigo gracias a esa mujer.

– ¿Y qué nos puede decir del tema que nos ocupa?

–Información completa sobre mi viaje, las pruebas que he recabado y las conclusiones del mismo están en esta carpeta –

levantándose ligeramente de la silla, alargó un ejemplar a cada uno. El arzobispo lo recogió con parsimonia; el prior con ansiedad, abriéndolo en seguida y hojeándolo; el Comisionado colocó el tomo, sin abrir, sobre la mesa–. El caso es –prosiguió Patricio– que he visitado varios yacimientos arqueológicos paleocristianos, y he conocido descubrimientos de extraordinaria importancia para la historia de la Iglesia y para la religiosidad popular. Pero presumo que tendrán repercusiones en otros muchos órdenes una vez sean divulgados, y eso será no tardando mucho. La preocupación que observé en todos ustedes la primera vez que nos vimos no era infundada. Ahora estoy en condiciones de asegurar que tenían motivo para ello. Los pasos que he ido dando para llegar a las conclusiones que pueden ver ustedes en el tercer apartado del informe...

–Nos tiene usted en ascuas, Patricio –le cortó suavemente el prior– ¿Ha despejado ya las dudas que tenía la anterior vez que nos vimos? Porque de eso se trataba ¿no?

–Sí, sí, pero quisiera resaltar que, más allá de nuestro interés, son descubrimientos que pueden tener consecuencias...

–Desgraciadamente ya las estamos teniendo –le cortó el prelado–. Díganos lo que ha visto.

–En las proximidades de Jerusalén ha sido hallado un sepulcro que perteneció a Santiago el Mayor. Estaba vacío.

–Eso ya lo sabíamos gracias al primer *dossier* ¿no? –señaló el prelado.

–La novedad es que, según pruebas arqueológicas y de fuentes documentales escritas, el cuerpo que había en la tumba fue trasladado a otro lugar.

– ¿Trasladado a dónde? Eso es lo que nos interesa –preguntó el prior expectante–.

–Trasladado a Gali...

–A Galicia ¿no? – le cortó impaciente el prior –.

–No. Trasladado a Galilea. El sepulcro definitivo de Santiago el Mayor, con sus restos mortales, se encuentra en las afueras de la antigua Cafarnaúm.

– ¿En Cafarnaúm?

–Sí, junto al mar de Tiberíades, en mitad de una vieja fortaleza de los cruzados. Las pruebas en este sentido son abrumadoras y difícilmente refutables. En el informe que acabo de entregarles tiene una relación completa. Quiero resaltar que falta una parte del cuerpo. Exactamente casi la mitad del cráneo y el brazo derecho.

–Usted –retomó la palabra el prelado– seguro que ha tomado todo tipo de cautelas sobre los motivos que le han llevado a Israel. Eso no lo dudo. Pero el caso es que su viaje es ya conocido en Roma –el sobresalto de Patricio le hizo levantarse casi de la silla. El prior, burlón, le miraba–.

–Monseñor, a nadie, fuera de la profesora, he comentado...

–Algo no ha funcionado correctamente. La semana pasada me ha telefoneado el Nuncio Apostólico de su Santidad interesándose por ciertos rumores que habían llegado a Roma procedentes de Próximo Oriente. He sido llamado al Vaticano para dentro de cinco días. Patricio ¿está usted convencido de que el sepulcro y los restos encontrados en Galilea son los de Santiago el Mayor?

–Sí, con un noventa y cinco por ciento de posibilidades. Ya les he comentado que hay pruebas arqueológicas, documentales y científicas.

–Bien, pues muchas gracias. Es todo lo que quería oír. Ahora, si me disculpan ustedes, tengo que marcharme. Pero continúen los tres trabajando. Tienen que analizar las consecuencias de todo esto. Quiero un informe para dentro de tres días, antes de ir a Roma.

El arzobispo salió de la sala ante un estupefacto prior, que no acababa de creer lo afirmado tan rotundamente por Patricio. El Comisionado, con el rostro preocupado, pero sereno, observaba la marcha del prelado. Nada más cerrarse la puerta habló el prior.

–Es una aseveración muy tajante la que termina de hacer ¿No habrá más espacio para la duda?

–Me gustaría decirle que sí. No hice otra cosa mientras estuve en Israel que buscar resquicios para esa duda, rendijas por las que penetrar y cuestionar lo que se me estaba presentando. Pero no.

–Pues sus primeras noticias, las que me comentó por teléfono, recuerde, eran muy satisfactorias –continuó el prior–

–Y no le mentía. Al día siguiente todo cambió. Quizá me precipité al llamarle sin esperar un poco más.

– ¿No le habrán llevado a usted por un camino previamente trazado, con vaya a saber qué intenciones?

– ¿Dudas del trabajo que ha hecho Patricio? –preguntó el Comisionado al mismo tiempo que miraba con sorpresa al prior.

–No. De su capacidad y buenas intenciones no dudo. Pero aquí puede haber muchas personas de mala fe y con intereses poco claros.

–Estoy muy satisfecho de cómo he cumplido con mi deber –protestó Patricio–. En algún momento yo también llegué a pensar si no sería todo aquello un perfecto montaje. Sé ahora que no es así. Aunque me pese. No dudo de la honestidad científica de los profesionales que he tratado ni de lo que yo mismo he comprobado. En especial respondo de la profesora Ben Zacut.

– ¿Por qué tanta seguridad en esa persona? Al fin y al cabo no es católica y puede permitirse el lujo de frivolizar con este tema. No afectará a su conciencia…

Amaro, cuyas manos mostraban la creciente crispación que sentía, le interrumpió bruscamente.

– ¿Cómo cuestionas tan alegremente su profesionalidad? El hecho de pertenecer a otra religión no es motivo para sospechar de ella. Hasta ahora ha demostrado su buena fe con nosotros al avisarnos, y al darnos la oportunidad de contrastar lo que ellos estaban descubriendo.

–Mira, Amaro, también me resulta sospechosa tanta diligencia. Ya te he dicho que puede haber intereses bastardos.

– ¿Bastardos? En Ada no lo creo.

– ¿La conoces mucho, acaso?

El Comisionado clavó lo ojos en el prior, le recorrió de arriba abajo con la mirada y haciendo esfuerzos por contenerse se limitó a responder:

–La conozco lo suficiente como para saber que no actuaría de esa forma.

–Yo estoy de acuerdo con usted –añadió Patricio–.

– No quiero parecer impertinente, pero ella puede ser, junto con otros, instrumento de una trama.

– ¡Cómo una trama! ¿De qué estás hablando?

–Hablo de que no podemos aceptar así, sin mayores comprobaciones, los hechos que se nos han presentado como si fueran verdades absolutas.

–Parecen muy concluyentes… pero –cambiando el tono mantenido hasta ese instante, Amaro prosiguió– será mejor que en lugar de discutir entre nosotros analicemos las repercusiones del asunto y cómo hacerlo frente.

–Me parece bien. Tenemos que responder desde la responsabilidad científica y religiosa a la inminente publicación de los trabajos. –Patricio hizo una pausa antes de proseguir. A esas alturas del día tenía ya el cabello alborotado, especialmente enhiestos los mechones de la coronilla. A la reunión había llegado con su pelo rojizo y rebelde muy repeinado a fuerza de mojarlo y pasar el peine. Ahora, una vez seco, tendía a recuperar el estado original. La corbata, más o menos bien anudada al comienzo, sobresalía ya del cuello de la camisa –. Además – continuó – hay otra cuestión que podríamos calificar de colateral, pero que puede llegar a tener mucha importancia para nosotros.

– ¿De qué se trata ahora? – preguntó el prior con hastío –

–Hay indicios muy serios de que tanto el Papa Calixto II como el que fue primer arzobispo de Santiago, Gelmírez, conocían la existencia del sepulcro del apóstol en Galilea. Así y todo potenciaron las peregrinaciones a Compostela. El citado pontífice, como saben ustedes, escribió el Codex Calixtinus, una de las primeras guías del camino jacobeo.

El prior, perdiendo la afectación de sus maneras, le miró incrédulo, con los ojos muy abiertos:

– ¡Qué está diciendo! ¿Se da cuenta de las acusaciones que hace?

–No estoy acusando a nadie, perdone usted si no me explicado bien. Sólo he dicho que hay indicios.

–Es muy grave lo que está afirmando.

–La realidad es como es, yo no me la invento. Se trata de un tema que habrá que investigar. De todas formas, aunque hubieran obrado así, seguro que lo hicieron de buena fe y con las mejores intenciones del mundo.

–Me duele que puedan sembrarse sospechas de falsificaciones históricas, aunque sea involuntariamente. En este asunto hay que extremar las precauciones y ahora más que nunca. De todas formas, explíqueme, por favor, cuáles son eso indicios.

–Hágalo, Patricio, dé más detalles. También tenemos que conocerlo –solicitó el Comisionado–.

–Puede ser un poco prolijo y no quisiera abrumarles con detalles históricos. Me van a permitir que recuerde algunos datos que, aunque sobradamente conocidos por ustedes, son necesarios para comprender lo que voy a decir.

En la mayoría de las grandes religiones, el acto de ir a un lugar considerado sagrado es una obligación que el creyente debe cumplir al menos una vez en su vida. La obligatoriedad es distinta en cada una de ellas; por ejemplo, mientras que en el judaísmo existen tres fiestas llamadas de la peregrinación: Pascua, Tabernáculos y Pentecostés, lo cierto es que no poseen tanta fuerza como en el hinduismo donde el fiel debe ir hasta el Ganges, o en los musulmanes con la peregrinación a la Meca.

Entre los cristianos, peregrinar es también una práctica muy antigua; conocemos la existencia de estos viajes meritorios desde los primeros tiempos de la Iglesia. Duran te algunos períodos históricos, como consecuencia de una forma peculiar de entender la fe y la piedad, llegaron a constituir un fenómeno que podríamos calificar casi de histeria colectiva.

Los puntos de peregrinación esenciales eran Jerusalén, a cuyos peregrinos se les denominaba *palmeros,* y Roma, conocidos como *romeros*. A estos dos lugares se añadiría luego Compostela.

La peregrinación a Tierra Santa fue siempre la más difícil a causa de las distancias, los conflictos bélicos o las diferencias religiosas. Piénsese que los peregrinos no sólo debían atravesar países con idiomas y costumbres desconocidas, sino territorios cuyos habitantes eran de distinta religión. A la penosidad de un viaje hecho en tales circunstancias añádase el que los palmeros con frecuencia hallaban a su paso poblaciones hostiles.

Imagínense ustedes lo que pasó cuando una época de exaltación de las peregrinaciones coincidió con la dominación de Palestina por los turcos seljúcidas. Estos últimos habían ido variando su actitud hacia los peregrinos cristianos, pasando en poco tiempo de una cierta tolerancia cargada de hostilidad a la prohibición absoluta

de paso por los territorios que dominaban. El conflicto era pues inevitable.

Como consecuencia, la primera de las Cruzadas, llevada a cabo entre 1095 y 1099, se puso en marcha con la excusa de facilitar los viajes y plegarias de los palmeros. El Papa Urbano II, en el sínodo de Clermont, ganó para tal causa a los caballeros más notables de Europa con un discurso a favor de la conquista de Tierra Santa. Algunos de sus argumentos, si la memoria no me falla, fueron los siguientes:

“Quienes lucharon antes en guerras privadas que combatan ahora contra los infieles y alcancen la victoria en una guerra que ya debería de haber comenzado; que quienes hasta hoy fueron bandidos, se hagan soldados; que los que antes combatieron a sus hermanos luchen contra los bárbaros. Que ningún retraso alargue el viaje de los que están dispuestos a ir. Cuando termine el invierno y se anuncie la primavera, que con valor se reúnan en los cruces de caminos porque el Señor irá delante de ellos: Dios lo quiere, Cristo lo manda”. Estas últimas frases se convirtieron en santo y seña de la cruzada.

Fue tal el fervor popular, como les he dicho, que mucho antes de estar preparados los ejércitos se formó una muchedumbre inmensa, compuesta de hombres y mujeres campesinos sin fortuna. Arrastrados hasta la exaltación por Pedro de Amiens, llamado el Ermitaño, salieron a millares hacia Tierra Santa mal pertrechados de armas y alimentos, con más fe que habilidad para la lucha. El largo camino les fue diezmando, junto con el hambre y las enfermedades. Cuando aquella legión de famélicos y enfermos llegó a la vista de búlgaros y turcos fueron exterminados en poco tiempo y sin piedad. ¡Quién podría reconocer, en los cadáveres putrefactos que llenaban los senderos, a los cuerpos vigorizados por la fe que unos meses antes salían a borbotones de las aldeas europeas! ¡Quién diría que aquellas gargantas ahora inundadas por gemidos de dolor entonaban, meses atrás, cánticos e himnos sagrados! ¡Cómo se explica que siguieran tan ciegamente a aquel loco de Pedro el Ermitaño!

La verdadera Cruzada empezó después. Fueron innumerables los príncipes que se alistaron en el ejército de los libertadores: Godofredo de Bouillon y sus hermanos Balduino y Eustaquio; el obispo Ademaro de Puy, Roberto de Flandes; Raimundo de Toulouse; Roberto de Normandía; Tancredo y Bohemundo de Tarento. El Papa en persona indicó que, como signo de su misión, todos los guerreros debían llevar estampada una cruz roja sobre los hombros. En 1096 comenzaron a moverse las distintas columnas hasta juntarse todas las tropas en Constantinopla. Luego, tras serias desavenencias con los

bizantinos, los cruzados continuaron su marcha; una marcha lenta pero victoriosa, y las ciudades musulmanas caían unas tras otras. El ejército cruzado, muy reducido ya por las fuertes pérdidas sufridas, llegó por fin, en Pentecostés del 1099, a las proximidades de Jerusalén.

¿Cómo podría yo describirles la emoción que sintieron aquellos soldados al ver tan cerca, después de cuatro años y de miles de kilómetros, las murallas de la Ciudad Santa? El 15 de julio de aquel año conquistaron Jerusalén al mando de Godofredo de Bouillon. Y hubo matanzas, y desde entonces un halo de crueldad persiguió a los cruzados entre los creyentes de las otras religiones. Se fundó a continuación el Reino de Jerusalén, siendo su primer rey el mencionado Godofredo de Bouillon, que se proclamó también "protector del Santo Sepulcro".

Las consecuencias de estas conquistas fueron múltiples, y no sólo de tipo espiritual; permitieron la apertura de nuevas rutas comerciales y, gracias al comercio con Oriente, las ciudades marítimas del norte de Italia y del sur de Francia experimentaron una gran expansión económica: floreció la economía monetaria y surgió una burguesía rica; el contacto con árabes y bizantinos contribuyó a elevar el nivel cultural de Occidente, y, a mayor abundamiento, el Papado alcanzó el punto máximo de autoridad política.

Otra consecuencia relevante para lo que trato de explicarles, es que las Cruzadas sirvieron también para asegurar temporalmente las peregrinaciones. Los palmeros volvían a sentirse seguros; de nuevo llenaban las antiguas sendas y arribaban a los Santos Lugares dando gracias al Altísimo. Allí, en Jerusalén, eran fraternalmente acogidos, agasajados, disponían de hospitales, templos... Reconfortados en su fe tornaban luego a los burgos y aldeas de Europa.

Pero en aquellas tierras las fronteras eran cambiantes y por tanto poco fiables. Al cabo de varias décadas de luchas se perdió Jerusalén; y si bien lo cruzados conservaron parte del territorio, se vieron empujados hacia la costa y a fijar la capital del reino en las fortificaciones de San Juan de Acre, símbolo de la resistencia cristiana en Palestina.

Los viajes meritorios volvieron a ser difíciles; cada vez que un castillo pasaba a poder de los turcos se cancelaba un sendero; y fueron cayendo de uno en uno, de dos en dos, de tres en tres, sin remedio, sin ninguna concesión, sin piedad. Cada derrota marcaba la línea del retroceso. Al final se cerraron definitivamente todas las rutas a

Jerusalén.

Ante esta situación, y viendo la imposibilidad material de viajar hacia oriente, los peregrinos vuelven sus ojos hacia el occidente, a las brumosas tierras de los confines del mundo, donde el suelo firme se pierde frente al mar. En ese momento, Compostela entra con toda la fuerza en el panorama de las peregrinaciones y por esa razón llegó a ser otro de los lugares santos del cristianismo. Allí, en el año 813, desde la iglesia que hoy llamamos San Fiz de Solovio, el monje Paio había visto y escuchado signos que condujeron al descubrimiento de un sepulcro cuyos restos fueron atribuidos a Santiago el Mayor.

Debo aclarar, no obstante, que si bien para otros países de la cristiandad la peregrinación a Compostela fue una novedad impuesta por las circunstancias históricas, Santiago tenía desde tiempo atrás un significado especial para los reinos de España en su lucha contra el Islam. El santo, según la leyenda, se aparecía en las batallas dando muerte a los infieles. En la batalla de Clavijo, miles de combatientes le vieron alanceando sarracenos desde un caballo blanco. El grito de "Santiago y cierra España" era el más conocido entre los mesnaderos. ¡Qué alegría cuando retornaron a Galicia, desde Córdoba, las campanas de la catedral robadas por Almanzor! Una vez éstas volvieron a sonar sobre las torres, se unieron a este regocijo, con su sonido, otras campanas pequeñas que allí había, y, como dice la crónica “los peregrinos que venían y las oían, y sabían la razón de su alegría, alababan por ello en sus corazones a Dios y alababan al rey don Fernando y le bendecían, y pedían que le diese vida y le conservase".

Con los caminos hacia el Cercano Oriente herméticamente cerrados, los fieles acudían a Santiago sin cesar. La concha de vieira, o venera, comenzó a identificarse con las rutas jacobeas y así continúa aún, en una simbiosis difícil de separar y de explicar. En realidad, tal concha era en la antigüedad el símbolo de la diosa Venus, y utilizada desde los romanos como un talismán para alejar el mal. Por ese mismo motivo la usaban los peregrinos, para asegurarse la buena suerte en el viaje.

Aprovechando la creciente importancia de Compostela y la más que notable llegada de peregrinos, el sagaz arzobispo Diego Gelmírez acondicionó y mejoró los caminos, los albergues y los hospitales. En esta inmensa tarea fue espoleado y ayudado por el pontífice Calixto II. Los monjes de Cluny fueron los propagandistas del camino por Europa.

Ahora, tras esta breve introducción histórica, me gustaría que ustedes fijasen su atención en lo que voy a decir.

–Estamos todavía impacientes por escucharle –oyó que susurraba maliciosamente el prior–.

–Pues bien, en los últimos momentos de mi estancia en Israel se me entregó un documento que entonces no tuve tiempo de estudiar. Desde mi llegada, una vez lo hube analizado hasta sus últimos extremos, no he hecho más que darle vueltas y vueltas hasta el punto de dolerme la cabeza.

– ¿De qué se trata, para que le haya afectado tanto?

–Es la copia de una carta enviada desde de San Juan de Acre al papa Calixto II. San Juan de Acre, como ustedes conocen, fue la última plaza fuerte que los cruzados tuvieron en Palestina. Cuando cayó este baluarte en manos de los sarracenos se cercenaron los caminos hacia los Santos Lugares, como les he dicho antes. La persona que firma esa carta es el Gran Maestre de los caballeros Hospitalarios, y hace en ella un relato angustiado y dolorido sobre las últimas derrotas militares que habían sufrido. Esta misiva confirma algo que ya les he insinuado: los cruzados conocían la existencia de la tumba de Santiago en Cafarnaúm y hacían patrullas diarias de vigilancia entre este sepulcro y los de Jerusalén. Por otro lado, cuenta al Sumo Pontífice una serie de cuestiones de capital importancia para nosotros…

– ¿Qué cuestiones son esas? –preguntó Amaro.

–El Gran Maestre relata al Papa que sus guerreros habían sido derrotados en la batalla de Hattin, localidad próxima al lago de Tiberíades. Como consecuencia de este hecho, la fortificación que protegía la tumba de Santiago estaba a punto de caer también en manos de los turcos. Los caballeros que lo defendían demandaron entonces permiso, ante la inminencia de la huida, para trasladar los restos del apóstol a tierra cristiana más segura. En caso de no poder sacarlo completo, solicitaban autorización para llevarse al menos parte de los restos. Pero la respuesta no llegó a tiempo, y se vieron obligados a abandonar la fortaleza antes de recibir contestación. Previamente incendiaron todas las defensas y sepultaron bajo tierra la tumba y la capilla, ocultándolas para evitar que fueran profanadas.

Llegado este momento, yo me pregunto: ¿Fue entonces cuando desaparecieron las partes que faltan en el cuerpo del Apóstol? ¿A dónde fueron llevadas? ¿Dónde se encuentran ahora?

Y lo que más me intriga: ¿Qué conocimiento tenía el arzobispo de Santiago de todo este asunto? Si lo sabía ¿por qué calló? ¿Por qué continuó fomentando un Camino cuya autenticidad estaba tan en entredicho?

–Por lo visto –volvió a intervenir el prior, muy indignado–, a pesar de mi anterior advertencia, usted continúa insinuando que en Compostela conocían ese supuesto sepulcro y que el arzobispo Gelmírez y el Papa Calixto II siguieron adelante con la ruta jacobea, ¿pero cómo se atreve? ¡Acusarles otra vez de tamaña engañifa!

–Yo sólo digo que tal cosa parece desprenderse de los documentos encontrados. Pero no lo considero algo seguro ni suficientemente probado. Debemos ponernos a estudiar este tema de inmediato.

–Aquí no hay ya nada más que estudiar –volvió a responderle con ira–. En todo lo que nos ha dicho veo más conjeturas que datos contrastados. Mientras usted hablaba y yo le escuchaba atentamente, un pensamiento se me imponía sobre todos los demás. En lugar de pretender investigaciones cuyos resultados son cuando menos inciertos, debemos luchar con todas nuestras fuerzas para impedir que vean la luz esas conclusiones a las que han llegado los israelíes y que ustedes parecen, tan alegremente, compartir.

–No es justo lo que estás diciendo – le reprendió el Comisionado –.

–Sí lo es. Y si esto continúa por tal camino me tendréis enfrente.

–No podemos permitirnos el lujo de estar enfrentados en un momento como éste. Ya has oído al arzobispo.

–Te repito que si no cambiáis de actitud estaremos enfrentados.

–Pero ¿a qué actitud te refieres?

–Pienso que aceptáis a pie juntillas la versión de los israelíes y que no parecéis dispuestos a rebatirla.

–Lo que dices no se corresponde con mi actitud. Sólo trato de conocer todos los detalles; quiero buscar respuestas a tanto interrogante.

–Pues con lo que este señor ha traído de Israel pocas respuestas vamos a dar –Patricio trató de responderle pero el prior no le dio

tiempo. Volviéndose directamente hacia él prosiguió–. Perdone usted si le ofendo pero es lo que pienso. No crea que minusvaloro su trabajo. Usted ha hecho lo que ha podido. Creo que la superchería es más honda y que a poco que nos descuidemos vamos a ser peones de una maniobra. Es a eso a lo que no estoy dispuesto, ¡de ninguna manera!

–Insisto en que estamos perdiendo el tiempo. Tenemos que dar una respuesta a monseñor.

–Y yo insisto en que no veo cómo podemos consensuar un texto único.

Tomándose un tiempo para responder, Amaro le contestó con frialdad.

–Si tan imposible te parece sólo se me ocurre que cada uno de nosotros elabore, por separado, su valoración de los hechos.

Dubitativo, recelando de la propuesta, el prior también demoró un rato su contestación. Finalmente dijo:

–Bien... no estoy seguro de que sea esa la solución. Pero de momento parece la única alternativa. De acuerdo. Así lo haremos.

–Una cuestión práctica –continuó Amaro–. ¿Cómo hacemos? ¿Se la entregamos también por separado a monseñor o de forma conjunta?

–Así, de pronto, no sé qué será mejor –el prior, a pesar de haber aceptado la propuesta continuaba desconfiando–, ¿qué propones tú?

–Pues no me agradaría que fuéramos cada uno por nuestro lado. Ya que no parece posible consensuar un texto único, al menos me gustaría que se le entregara todo a la vez. El informe de Patricio ya lo tiene, sólo faltan nuestras valoraciones.

–Muy bien.

–Otra cosa más. Yo no estaré en los próximos días, así que te hago llegar mi informe y tú te ocupas de dárselo al arzobispo ¿vale?

–Como quieras, por mí no hay ningún inconveniente.

Arturito, exultante de alegría, saludaba a cada uno de los asistentes a la cena.

Elegir los vinos lo hacía personalmente –unos caldos mal seleccionados pueden arruinar la mejor de las comidas, era su lema –. Por eso, desde primeras horas de la mañana, mientras el chef organizaba la cocina, Arturito, con una libreta de anillas en la mano descendía hacia la bodega, el lugar más mimado de su negocio. Era un recinto pequeño, apartado de luces, ruidos y olores. Ponía todo su empeño en que la temperatura fuera baja y constante. Una vez allí abajo, cogía las botellas; miraba el año de la cosecha; observaba el estado del corcho y si la etiqueta tenía manchas; ojeaba el líquido al trasluz, agitándolo para detectar turbideces. El resultado de estas observaciones lo anotaba en la libreta de hojas rayadas, y, luego, en el angosto cuchitril que usaba como despacho, volvía a repasar las observaciones. Finalmente, entregaba la nota al encargado y se sentía tranquilo. Sólo quedaba esperar que todo saliera bien.

"La gente no entiende nada de vinos" –solía sentenciar Arturito cuando le daban ocasión–. Una noche cogió a Patricio por banda y le soltó: "Patricio, tú que has viajado, ¿a que tengo razón? Muchos piensan que los vinos, salvo ligeras diferencias, son todos iguales. Y no es verdad. Cada gota, si está bien elaborado, es una obra de arte; lo importante es el mimo que hayas puesto en la tarea, y luego todo lo demás: el tipo de uva, las características climáticas de la región, el cuidado de la cepa, la forma de cosechar, la técnica de elaboración... Lo importante es el mimo ¿verdad? ¡Existen tantas variedades de vinos, tantos aromas y gustos y colores! ¡Que la gente no sabe nada de vinos, que te lo digo yo! Sin ir más lejos, dime, ¿qué saben de la crianza en barrica de roble? Ignoran que el contacto con esa madera da longevidad a un caldo, y cierto sabor a vainilla cuando la madera es nueva; en cambio, si han estado en toneles viejos, el caldo tendrá sabor a tostado o a eso que algunos llaman maderas nobles. ¡Que no, hombre, que no se conoce esto de los vinos!"

Los actos de la Confederación comenzaron a la hora prevista, pero con el trasiego de los preparativos Arturito apenas tuvo tiempo de asistir a la reunión y mucho menos seguir las primeras intervenciones. Cuando estaba hablando el último de los oradores decidió pasar al salón del comedor, no sin antes advertir al *mâitre*: "En cuanto termine este señor empezáis a servir la cena".

Era Giacomo Borelli el que hablaba: "... no debemos olvidar que el turismo es actualmente un sector clave de la economía. En España ocupa a uno de cada diez trabajadores y genera alrededor de

un 9% del valor añadido. Además de su aportación directa a la producción y al empleo, contribuye al equilibrio de las cuentas exteriores con un superávit recurrente que permite cubrir en un 166% el déficit comercial. Por sí sólo acumula un saldo positivo de más de dieciocho mil millones de euros, es decir, unos tres billones de pesetas –"vaya piquito de oro que tiene Gigi” le susurraba Sito Piñeiro a la rubia platino, con amplio escote, que se sentaba a su lado izquierdo–. Estimados asociados, como he dicho anteriormente, el primer reto que para el futuro se le plantea al Camino de Santiago es seguir profundizando en la calidad de los servicios. El segundo de los retos se deriva de la llegada de la moneda única. En principio la moneda única favorece el turismo entre los países de la Unión Europea y en este sentido baste recordar que la mayoría de los peregrinos que llegan a Santiago proceden de países comunitarios. Ya no es necesario cambiar de moneda ni incurrir en los gastos, comisiones y molestias que supone el cambio de divisas. Pero no voy a negar que hay también algunos inconvenientes, como los costes de adaptación y, en especial, la imposibilidad de devaluar la moneda para seguir siendo competitivos, cosa que sí podrán seguir haciendo otros países extracomunitarios –"cómo habla este hombre, si da gusto oírle", repetía Sito hacia el lado derecho–. Finalmente, el tercer reto que en mi opinión debe afrontar la ruta jacobea es el de seguir siendo competitivos. Aquí es donde más problemas veo yo. La competencia en precios se dificultará a medida que avance la convergencia real entre los países miembros de la Unión Europea. La previsible elevación general de los precios incidirá en el coste de los servicios turísticos. Pero con todas estas dificultades podemos y sabemos enfrentarnos. En estos precisos momentos mi preocupación nace de amenazas totalmente nuevas e imprevistas. Hace apenas unas semanas nos alegrábamos con la noticia de que la paz entre israelíes y palestinos parecía definitiva. Aprovechando esta deseada pacificación, terceros países, con la intención de entrar en abierta competencia con nosotros, empiezan a tejer artimañas cuyas consecuencias todavía no podemos calibrar. Estamos detectando un juego sucio que debería llenar de bochorno a quienes lo promueven, alientan o justifican. Sorprendentemente están encontrando colaboradores entre quienes estaban llamados a combatirlo. Acaban de enviarme un artículo aparecido en un diario de Nueva York cuyo contenido apenas hemos tenido tiempo de estudiar, pero en sus titulares ya se detecta el juego sucio que les he comentado. Debemos estar más atentos que nunca en los próximos meses y seguir trabajando duro...”

Apenas se iniciaron los aplausos, Arturito vio satisfecho cómo entraban los camareros portando los platos que con tanto cuidado

había previsto: un entrante a base de *mousse* de calabacín y gambas con mahonesa de anchoas; luego salmón marinado; a continuación pimientos rellenos de bacalao con salsa de leche; después una de sus especialidades: solomillo ibérico al vino tinto con guarnición y, por último, la estrella de sus postres: tarta de las monjas con natillas y chocolate caliente. En el momento de servir cafés y licores el contento le salía ya por los poros al dueño de Moriae.

Todo había sido perfecto. Abandonó entonces el comedor y se llegó hasta el vestíbulo del restaurante con intención de preparar la despedida de los comensales. Al hacerlo oyó la voz aguardentosa y un poco dislocada de Sito Piñeiro dirigiéndose a las mesas: “Para despedir la reunión de esta noche, vamos a escuchar la actuación de un grupo musical que recoge como nadie la raíces de esta tierra. Me estoy refiriendo a los singulares *Gaiteiros de Fonte Vella*, que buscan en el contacto directo con el público el modo tradicional de interpretar la música popular –leía con dificultades y tartamudeando el texto escrito sobre un folio; todos los que los que le conocían sabían que él no podía ser el autor de tales palabras–. Su visión del arte gaiteril –proseguía Sito a trompicones– rompe con la expresión lánguida –Sito decía *languída*– y nostálgica de las últimas décadas para recuperar la manera de tocar de los viejos *gaiteiros*. Su repertorio se compone tanto de piezas famosas como de tocatas olvidadas que han ido recuperando y desenterrando en un meritorio trabajo de investigación... Bueno, mejor que les escuchen a ellos...” –cortó Piñeiro, resoplando e incapaz de continuar leyendo un texto del que apenas comprendía la mitad de las palabras; con un movimiento de la mano dio paso al grupo de gaitas–.

“Distinguidos señores –explicó el que parecía ser director– vamos a interpretar en primer lugar las tonadas *coplas dos maios*, *aturúxame* y *marcha do meu pobo*.

**3**

Más exultante si cabe que al principio, Arturito despedía personalmente a quienes abandonaban el restaurante.

Pero en el comedor quedaban todavía un par de mesas ocupadas.

– ¡Arturito, acércate, anda! Ven y siéntate con nosotros –oyó que le llamaba Gigi–.

–Ahora voy. Diré que os lleven más aguardiente de hierbas.

Cuando llegó, Gigi Borelli se dirigía a los compañeros de mesa:

–Desgraciadamente, lo que os comenté hace unos días se ha confirmado. He sabido por... –Arturito miró a Gigi esperando que no desvelara su nombre– personas de toda confianza –concluyó– que se están cuestionando las raíces mismas del Camino y las peregrinaciones.

–Pero de qué se trata exactamente.

–En próximas fechas, si no actuamos antes, anunciarán con carácter oficial que se ha descubierto en Israel un sepulcro con los huesos del apóstol Santiago.

– ¡No jodas!

–Tal y como os lo digo. Aseguran que es el auténtico y único sepulcro del apóstol.

–Pues sí que la cosa es grave entonces.

–Bueno, una cosa es decirlo y otra es probarlo –apuntó otro de los contertulios –.

–Conozco la investigación arqueológica hecha por los israelíes; la estamos estudiando todavía pero lo que he visto no me ha gustado nada.

– ¿Es eso lo que pone en el periódico de Nueva York?

–Bueno, el artículo habla ya del tema aunque sin entrar a fondo.

–No podemos dejar pasar los días; habrá que actuar con rapidez.

–En eso estamos. El problema es que tampoco sabemos muy bien cómo actuar. La trama que han urdido está tan bien hilada que, aunque la desmontemos al final, costará bastante dinero y muchas pérdidas.

– ¿Y dices que todo eso ha partido de Israel?

–Sí. Lo que más nos mosquea de los descubrimientos es que son investigaciones enteramente llevadas a cabo por judíos.

– ¿De verdad? Vaya morro, y pretenderán que nos lo creamos.

–Como lo oyes.

–Sabéis que os digo –señaló otro de los reunidos– mala solución tiene esto si andan los judíos por medio. Lo enredan todo.

–Como ahora ya no tienen guerra con los palestinos atacan a los católicos.

–Algo tendrá esa gente, digo los judíos, cuando han sido expulsados de todas partes.

–Bueno, bueno... bajad la voz; no quiero que estas cosas anden por ahí de boca en boca.

–Pues a lo mejor convenía que la gente lo supiera.

Al cabo de un tiempo, con casi todas las luces del restaurante apagadas, sólo quedaron en la mesa Gigi Borelli, Sito Piñeiro, Arturito y un francés de origen húngaro llamado Ferenc, al que Sito cuando se dirigía a él llamaba don Ferenc, y por detrás exclamaba: “vaya mote que le pusieron a éste cuando le parieron”. El resto de comensales fue marchándose según avanzaba la noche.

A medida que el grupo se hacía más pequeño Borelli hablaba con mayor claridad.

–Tenemos que pararlo ya mismo, las cosas están muy mal. Hace un rato dije que conocía la investigación hecha por los israelíes; en realidad tengo copias del informe oficial del arzobispado y algunos otros estudios más. Según las primeras conclusiones contienen muchas pruebas falsas y manipulaciones, pero tan bien hechas que va a ser muy difícil echarlo por tierra.

– ¿Y aquí, en Santiago, quiénes están a favor de esas mentiras? –preguntó Sito–.

–Pues, sobre todo, Amaro, el Comisionado. Se hace el legal pero se le ve el plumero.

– ¡El Comisionado!... ¿pero qué mosca le ha picado a ese ahora?

–Ya ves. De quien menos se podía esperar.

–Pero si ese hombre sólo habla de la solidaridad entre los pueblos y gilipolleces parecidas ¡Quien le mandará meterse en camisas

de once varas!

–Según hemos averiguado tiene fuertes vinculaciones con algunos de los que van a destapar el asunto.

– ¿Vinculaciones? ¿Pero no has dicho que era cosa de los israelíes?

–Sí. Lo que no sabes es que Amaro, antes de meterse a cura, estudió en la Universidad de Jerusalén. Allí hizo los cursos de especialización. Conoce a un montón de gente, tiene amigos y amigas –dijo con tono malintencionado–.

– ¿Amigas? ¡Venga ya! –se extrañaba Piñeiro, cada vez más interesado por el tema.

–Que sí, que sí... amigas.

– ¿Pero estás seguro?

–No lo diría si no lo estuviera. La arqueóloga que dirige las excavaciones del falso sepulcro es una amiguita del Comisionado.

– ¡Que no me lo creo!

– ¡Ojalá no fuera así!

– ¡Vaya con el curilla! ¡Quien lo hubiera dicho!

–Por lo que me han contado, estuvieron liados cuando él vivía en Israel; esas cosas, ya sabéis, nunca terminan del todo.

–Seguro que sigue encoñado y la tía esa le tiene bien cogido todavía. Tanto hablar de solidaridad, de lucha contra la pobreza, ¡estos son los peores!

–Volviendo a lo que nos interesa, os diré que si el único problema fuera el supuesto descubrimiento del sepulcro estaría más tranquilo.

– ¿Y te parece poco?

–No, pero considero más grave la utilización del tema que están haciendo nuestros competidores. Tal y como dije, tras la paz entre palestinos e israelíes se abren posibilidades inimaginables para el turismo de carácter religioso.

–Lo que os comenta Gigi –intervino Ferenc– no son

especulaciones, no; tengo en el despacho varios estudios de mercado que predicen un formidable incremento de las peregrinaciones a Tierra Santa. Los operadores turísticos que trabajan en esa zona están ahora reorganizándose. Y mira por donde, como llovida del cielo, aparece esa profesora israelí con sus cuentos sobre Santiago. He sabido desde Francia que la *Travels Trust* y otras organizaciones turísticas conocían el asunto con anterioridad; y no han perdido el tiempo.

–Pero ¿qué han hecho?

Giacomo encendió un habano, miró a sus contertulios de uno en uno mientras expulsaba el humo y respondió.

–Están preparando una campaña publicitaria para desprestigiar el actual Camino de Santiago con el argumento de que es fruto de una falsificación histórica; van a ofertar y promocionar rutas alternativas hacia ese sepulcro descubierto en Cafarnaúm. Quieren que los peregrinos de Compostela cambien de rumbo y vayan hacia el lago de Tiberíades. Sospechamos que entre la profesora y las organizaciones turísticas hay algún tipo de acuerdo. De otro modo no se entiende esta serie de coincidencias: se firma la paz, se anuncia el descubrimiento de la tumba y se hacen proyectos de negocios nuevos, todo seguido. Yo no me creo tanta casualidad. Cuéntaselo Ferenc, diles lo que has averiguado.

–El pasado lunes, en la sede francesa de la *Travels Trust*, se celebró, o mejor concelebró, una comida. Asistieron el presidente de la *Travels Trust*, el consejero delegado del grupo empresarial *Pelerins* y consejeros ejecutivos de ambas empresas. La comida fue larga y, según mis informantes, intensa. El presidente de la *Travels Trust* entregó al consejero delegado de Pelerins una carta de tres páginas junto con un documento de veintiocho que detalla el contenido del plan. Lo importante es que en esa comida se desgranó la oferta económica que conlleva el plan: una fusión, pagada el 50% en metálico y el 50% en acciones. Salieron tan satisfechos de allí que convocaron para el día siguiente los Consejos de Administración de ambas empresas. He conseguido una de las cartas que enviaron a la Comisión del Mercado de Valores de Francia notificando el hecho. Aquí la tengo, os la leo: "Les comunicamos por la presente que el Consejo de Administración de Travels Trust ha sido convocado para las 10,30 horas de hoy, en París, al objeto de analizar, fundamentalmente, una propuesta de fusión por absorción del grupo empresarial Pelerins, por lo cual les solicitamos procedan a la suspensión de cotización de nuestras acciones”

¿Saben lo que significa?... Esto, señores, es el comienzo de la guerra. A partir de ahora puede suceder cualquier cosa.

–Cuéntales lo que quieren hacer con las peregrinaciones –le animó Gigi.

–Lo tienen ya muy atado. El grupo de empresas de la *Travels* ha constituido otra sociedad de contratación turística llamada *Holy Pilgrims* –Santos Peregrinos, significa eso en español–. Ampliarán los itinerarios habituales de Jerusalén, Belén y Nazaret con una nueva ruta a la tumba descubierta. Como la profesora israelí dice que la tumba de Cafarnaúm era conocida por los Cruzados, aprovechan para poner nombre al invento: lo llaman "*Camino de los Cruzados, la verdadera ruta al sepulcro de Santiago"*. Este nuevo camino, al igual que el nuestro, parte principalmente de Francia (Clermont, Toulouse, Amiens,...) y del corazón de Europa, pero en lugar de ir hacia el oeste, se dirige al este por los mismos senderos que siguieron las Cruzadas. Tienen proyectados varios itinerarios, cada uno de ellos representa a una Cruzada. Combinan trayectos terrestres, fluviales y marítimos. Imaginaos la cantidad de países que atraviesa y lo interesados que pueden estar en ello. Si empiezan a obtener beneficios estamos perdidos. Pensad en cuántas organizaciones pueden sumarse si la iniciativa continúa.

–Eso que os ha contado Ferenc es lo realmente peligroso –retomó la palabra Giacomo Borelli–. Ahí es donde debemos centrar nuestros esfuerzos.

Arturito, con la mirada desconcertada, sólo repetía:

– ¿Pero qué podemos hacer, qué podemos hacer...?

–Según lo veo yo –prosiguió Borelli–, tenemos tres frentes, El primero está en Israel; el principal objetivo es la individua esa y lo que está diciendo; hay que pararla los pies, contrarrestar sus argumentos. El segundo está en Francia; la *Travels Trust* es allí el problema. Por último, tenemos a los de aquí, en el arzobispado. Es necesario que actuemos en los tres frentes al mismo tiempo. Poco importa el dinero y los esfuerzos que hagan falta. Nos jugamos mucho, así que hay que apostar al todo o nada. Había pensado también en cómo podríamos repartirnos el trabajo. Tú, Sito, te encargas de los asuntos de aquí, pero ten cuidado con lo que haces, no tomes ninguna decisión sin consultarme, quiero conocer todo lo que proyectes y lo que hagas.

–De acuerdo, a tus órdenes.

–Ferenc, tú procura sondear a los de la *Travels*; es muy importante que entremos en contacto con ellos; yo te acompañaré hasta donde sea menester, y, por favor, no repares en medios, usa toda nuestra organización si es preciso; si fracasamos aquí poco importa lo que consigamos en otros lugares.

–Mañana mismo salgo para Francia.

–En cuanto a Israel, es donde menos posibilidades tenemos de intervenir. No contamos con infraestructura suficiente. A no ser que tú, Arturito, como otras veces, nos eches un cable.

Arturito, tras mirar a los demás, hizo una señal con la mano para que Gigi Borelli se levantara de la silla. Él también lo hizo y se alejaron ambos de la mesa, en la que continuaron hablando Piñeiro y Ferenc.

– ¿Qué sucede? –interrogó Borelli.

–Quería preguntarte si es absolutamente imprescindible hacerlo otra vez.

–No hay más remedio. Si no sabemos lo que ocurre en Jerusalén tendremos poca información para actuar aquí y en Francia.

–No sé, no sé. Con todo tan revuelto puede resultar más difícil. Tal vez esa persona no quiera hacerlo ya, es arriesgado...

–En ello nos va el empeño. Tú lo sabes bien. Es necesario hablar otra vez con ese rabino que conoce el...

–Chisst –le cortó Arturito llevándose el dedo a los labios, indicándole silencio–. Baja la voz, no quiero que Sito ni Ferenc sepan quien nos pasa la...

–Bueno, ¿es posible o no es posible? Ahora no puedes rajarte. A mí me da igual si lo de ese sepulcro de mierda es verdad o mentira, pero no voy a permitir que nuestros competidores nos jodan el negocio ¿entendido?

–Lo voy a intentar, pero necesito tiempo, no me agobies.

Después de esta breve conversación volvieron a la mesa; Gigi, sin sentarse, habló a Ferenc y a Piñeiro: “Vamos, mañana nos vemos en mi despacho y concretamos los detalles. Tenemos mucho que hacer durante los próximos días”.

## Capítulo 4

**1**

INFORME DEL PRIOR DE FERROVELLO AL SEÑOR ARZOBISPO

Monseñor:

Me he decidido finalmente a enviarle estas notas.

Trato, pues, de anticipar un resumen de lo que en mi opinión está sucediendo y hay tras los últimos acontecimientos. No cabe duda, por otro lado, que el asunto merece ser tratado con extensión más amplia que la de esta nota, pero tiempo habrá para ello. Y si no frenara el impulso de la pluma, monseñor vería correr una péñola afanosa de razonar en verdad y en justicia las conductas de los unos y las opiniones de los otros.

Como no deseo tampoco dejar para luego cuestiones que considero de capital importancia, aunque resulten dolorosas, le diré que si bien la intervención en este asunto por parte de don Patricio era ineludible dada su especialización, la elección de Amaro ha sido un error. Admito que inicialmente me pareció oportuno y necesario por los conocimientos que posee del actual Estado de Israel y por los contactos que todavía mantiene con el mundo universitario israelí. A posteriori lo considero un problema más que una solución. Las vinculaciones de Amaro que nos parecían un apoyo se han convertido a la postre en un obstáculo para llegar a la verdad. Nos desprestigian. Debe ser apartado del tema cuanto antes.

En lo que se refiere a la profesora Ben Zacut, si bien no puede negarse su prestigio internacional en el ámbito de la arqueología bíblica, tiene, en lo que a nuestro tema se refiere, un grave inconveniente que por sí solo bastaría para hacerla sospechosa. Es sefardita, pero no de los sefardíes que sienten nostalgia de España y aprecio por sus cosas, sino de aquellos otros que guardan el resentimiento y el odio en su corazón y que harán lo que sea por dañarla y dañarnos. A mayor abundamiento, el artículo de prensa que luego le resumiré muestra bien a las claras hasta qué punto se trata de una mujer descreída, no sólo capaz de atacar a los católicos sino de socavar los más señeros hitos de su propia fe judía.

En cuanto al informe que nos ha sido presentado, tras haberlo

estudiado con otras personas, considero que es un auténtico galimatías y se presta a las más variopintas conclusiones. Falsas pruebas y sutiles manipulaciones aparecen por todas partes, pero tan bien realizadas que va a resultar muy difícil desenmascarar el engaño. Pero no por ello deja de ser una fábula trabucada con infinita hojarasca y palabrería insulsa, sólo sostenida por los que deben su opulencia y beneficios a maniobras como esta.

En primer lugar, le hago un resumen del artículo aparecido en un diario, cuyo contenido, por la trascendencia que tiene, debería llevarnos a extremar nuestro celo.

Titulares:

Una arqueóloga remueve los fundamentos religiosos y culturales de judíos y cristianos.

Dice haber comprobado que buena parte del Antiguo y del Nuevo Testamento no narran hechos reales sino leyendas

Autor:

John Goldstein. Corresponsal en Jerusalén

Texto:

La arqueóloga Ben Zacut acaba de publicar un extenso artículo en el que expone su teoría: los principales hitos reflejados en la Biblia son leyendas creadas después. Así lo demuestran las excavaciones realizadas en los últimos decenios. Esta argumentación ha recibido las primeras críticas por parte de quienes consideran los textos sagrados como una revelación divina. “Los israelitas no vagaron por el desierto, ni conquistaron en una campaña militar la tierra de Canaan, la gran monarquía de David y Salomón que en la Biblia se describe como un gran poder regional, no fue más que el pequeño reino de una tribu. Ya´aqob, el hijo de Zebedeo, nunca viajó a España ni mucho menos estuvo enterrado en Compostela”  Así de claro lo expone en el artículo publicado en la revista especializada Ha´aretz. Y añade: “no hay ni una prueba arqueológica que sustente esos relatos. Más bien al contrario, los hallazgos demuestran que esos hechos nunca ocurrieron. El asunto es especialmente claro en lo que se refiere al traslado del cuerpo de Ya´aqob, llamado por los cristianos apóstol Santiago, a España”. Ben Zacut es consciente de la controversia que estas aseveraciones van a generar. De hecho ya se han producido los primeros choques que serán mucho mayores y más furibundos cuando se difunda el contenido íntegro de las investigaciones: “Es un insulto

al honor y a la integridad de la historia” se señala en determinados ámbitos eclesiásticos. “Es una maniobra que responde a inconfesables intereses económicos” añaden en círculos empresariales europeos. Los sectores menos radicales prefieren rehuir la polémica. La importancia no está, según ellos, en si los hallazgos arqueológicos corroboran o desmienten las tradiciones piadosas. Se trata fundamentalmente de una base, ya sea histórica o de leyenda, que justifica por sí misma la existencia de las peregrinaciones.

La publicación del artículo de Ben Zacut vuelve a poner de actualidad un asunto que provoca un profundo apasionamiento. Esta arqueóloga ha participado en numerosas excavaciones de lugares históricos y bíblicos en Israel. Es profesora del Departamento de Arqueología Bíblica de la Universidad de Jerusalén.

Aunque otros expertos y arqueólogos ya habían apuntado con anterioridad, desde hace años, tesis similares a las expuestas por Ben Zacut, lo habían hecho sin la contundencia y pruebas que ahora se ponen sobre la mesa. Hasta el presente esas revelaciones científicas habían sido sistemáticamente rechazadas por los sectores más conservadores y con intereses en el mundo de las peregrinaciones.

Se trata, en todo caso, de un asunto que tiene profundas derivaciones en el terreno religioso, en el económico y en el político. Para algunos sectores, lo recogido por las tradiciones y determinados relatos sagrados es una verdad histórica incuestionable. Es, en opinión de muchos de ellos, el único referente y lo que da legitimidad a la expresión popular de la religiosidad e, incluso, a determinados sentimientos nacionales. La polémica está servida”.

En segundo lugar, quiero advertirle que al socaire de estas o similares sinrazones, violentando la verdad histórica y la tradición piadosa, grupos económicos mordisquean para apoderarse de un tanto por ciento del pastel turístico. Andan a tarascadas por ver quien echa en su alforja el mejor botín. Las sospechas que desde que conocimos los primeros datos guardaba en mi mente, acrecieron cuando he conocido que se espera un aumento de peregrinos hacia los Santos Lugares. Y el recelo culminó en desánimo al saber que varias organizaciones turísticas, como la Travels Trust, están enredando y metiendo las garras.

¡Vea las tretas realizadas con mañas zorreras, qué de manipulaciones descaradas, cuántos pretenden hacer su agosto al son de viva quien vence!

Créame, monseñor, si le digo que me desagrada hablar en estos términos. Mi alma se llena de asco, vergüenza y tristura, hesitando entre los lloros y los improperios hacia quienes van a sacar provecho en última instancia.

Volviendo al informe que nos ha presentado don Patricio sobre los descubrimientos de la profesora Ben Zacut, le diré, para valorar cabalmente su tan alardeada solidez argumental, que han utilizado varios documentos supuestamente pertenecientes a los Cruzados. Opino que no podían haber elegido peores colaboradores para tamaña empresa: los historiadores de prestigio saben de la dudosa fiabilidad de tales fuentes y que los cruzados, apenas pusieron pie en tierras bíblicas, se lanzaron a una búsqueda tan fanática como desordenada de reliquias. Unas veces los hallazgos fueron genuinos, como el de la Lanza que atravesó el corazón sagrado de Jesús, pero otras muchas eran falsificaciones. Y, llegado este momento, me pregunto si no será tal el caso del sepulcro que pretenden mostrar como auténtico. Usted conoce también la sarta de leyendas medievales sobre el Santo Grial, todas ellas nacidas con el retorno a Europa de unos caballeros que salieron de ella con la fe inmaculada, pero volvían, después del prolongado contacto con infieles, infectados de prácticas heréticas y de peligrosas creencias hechiceriles.

Desgraciadamente, a todo lo anterior debo añadir que varios historiadores españoles, negadores de la venida de Santiago a España, comienzan a desenterrar las polvorientas tesis antijacobeas aparecidas en el siglo XVIII. En especial las de Gregorio y Juan Antonio Mayans y Siscar. Expongo a monseñor algunas de las argumentaciones que se están aireando, entresacadas de las tesis de los hermanos Mayans, para que vea la hiel que emanan. Se las muestro con la redacción y ortografía originales:

"*Carta de Gregorio Mayans:*

Aunque soi amantíssimo de las glorias de España, i procuro promoverlas quanto puedo, desestimo las falsas, i entretanto que en España no se permite desengañar a los crédulos, me alegro que aya eruditos estrangeros que lo procuren, i que uno de ellos sea el P. Mamachi por lo que toca a la venida de Santiago a España que tengo yo por una fábula mui mal ideada (...)

VIII. En el Oficio Mozárabe ai testimonios contrarios a la venida de Santiago a España.

IX. Otros testimonios del mismo Oficio Mozárabe, que favorecen la narración de la venida de Santiago a España, no tienen la

antigüedad que comúnmente se cree, antes bien son posteriores a los negativos. (...)

XI. La obra de san Isidoro “De ortu et obitu Patrum”, además de ser posterior a otras en que se avía negado antes la venida de Santiago a España, tiene interpolaciones innegables.

XII. Las obras atribuidas al Papa Calixto II, donde se afirma la venida de Santiago a España, son apócrifas. (...)

XV. La traslación de las reliquias de Santiago de Jerusalén a Galicia es contraria a la Historia Sagrada.

XVI. Esta traslación se escrivió después de averse descubierto en Galicia el cuerpo de Santiago, sin entrar en disputa qué cuerpo sea éste. (...)

XVIII. La tradición de la venida de Santiago a España es moderna, porque tuvo su principio en el siglo séptimo.

XIX. Esta moderna tradición de la venida de Santiago a España se opone a la antigua tradición de la iglesia romana.

XXI. La tradición moderna de la venida de Santiago a España se opone a la Divina Escritura. (...)”

Con estas y otras lindezas viperinas que serían largas de referir, se están desgañitando algunos, echando en saco roto, sin analizarlos siquiera, testimonios sobre el Apóstol tan valiosos como el Breviario de Braga y las lecciones de San Basileo, la Historia Sagrada del maestro Flórez, las obras de San Isidoro de Sevilla...

En este momento vienen a mi mente, y hago mías, las acertadas palabras del ensayista Papini: "Algunos historiadores aseguraron hace casi setenta años que la investigación histórica traería el fin de las religiones, y especialmente de la cristiana. De hecho, hace mucho tiempo que los incrédulos nos desafían en el campo de la historia. Aceptemos el reto; yo abrigo la esperanza de que la Historia (con mayúsculas), reconstruida y expuesta católicamente, nos ha de traer preciosos e inesperados auxilios para la futura apologética".

La Historia, monseñor, ha sido presa de gente que la ha encorsetado en la mera cronología y en los documentos de los archivos; o, lo que es peor, puesta en manos de materialistas ateos y al servicio de oscuras ambiciones. Quienes esto hacen no pretenden

apuntes en el orden trascendente, mirando la enjundia y no la corteza del asunto (lo que nos llevaría de continuo tras el hilo de la nervatura histórica), sino dejarnos perdidos en el laberinto de la casuística y de las menudencias.

Pero si alguien, recogiendo con empeño y doctrina la tradición de San Agustín y de Bossuet, supiera interpretar la Historia a la segura luz de la Revelación, creo que se descubrirían maravillosas correspondencias entre los hechos históricos y los escritos revelados. Ello acrecentaría nuestra certidumbre de la perpetua intervención divina en las cosas de la tierra, y ofrecería una confirmación positiva e irrefutable de nuestra fe.

Como le decía en el inicio, no dudo que el tema merece ser tratado con mayor amplitud, y así se lo haré llegar a monseñor. Pero con lo aquí referido podrá formarse una idea sucinta. No hallará entre sus líneas ningún afán por ocultar la verdad, sino, muy al contrario, el deseo de que ésta resplandezca sin contaminaciones de intereses espurios y malintencionados.

## 2

El arzobispo hizo llamar a su secretario.

Antonio era pequeño y achaparrado. Su mirada, a través de las gafas doradas, revelaba un espíritu perspicaz y sutil. En varias situaciones graves había actuado con prudencia y eficacia, y por eso el arzobispo le había tomado confianza y comentaba con él los temas internos del arzobispado. Conocía los laberintos de la curia como nadie.

–Antonio ¿Conoces a un dirigente de la Confederación de rutas jacobeas llamado Gigi?

–Personalmente no, pero hace tiempo que sigo su trayectoria. Su nombre completo es Giacomo Borelli.

– ¿Y qué te parece?

–Considero que es una persona muy emprendedora, y ambiciosa, diría yo. Últimamente anda mucho por Santiago. Hace poco la Confederación ha celebrado aquí un congreso y las comidas se han hecho en el restaurante Moriae. ¿Puedo preguntar a monseñor por qué muestra tanto interés por él?

–Naturalmente. Ha llegado a mis oídos que este señor sabe cosas que no debería sobre la tumba de Israel.

–Bueno, el tema está ya en la calle. Varios periódicos extranjeros llevan tiempo comentándolo y en la prensa nacional otro tanto. Los miembros de la Confederación se mueven en varios países, tienen muchos contactos, especialmente en Francia.

–No me refería a eso, sino a algo más grave. Parece que conoce el contenido de nuestros informes.

– ¿De nuestros informes?

–Sí. Te voy a hacer una pregunta arriesgada ¿De qué lado estaría este hombre en una situación de conflicto?

–Creo que tiene una rara habilidad para aparentar que no toma partido, pero jugará siempre a favor de sus intereses. No considero conveniente buscar su apoyo, ni el de la organización a la que pertenece, en ningún supuesto. No sé si esto contesta a monseñor.

–Sí, pero no deja de ser una contrariedad. Lo peor que puede sucedernos ahora es que personas o grupos ajenos enreden la madeja más todavía, y que lo hagan sin control alguno por nuestra parte.

El prelado tenía una manera de apretar los labios que subrayaba la expresión enérgica del rostro. La preocupación que sentía en esos momentos realzaba las profundas arrugas de su frente.

– ¿Y sabe monseñor cómo se ha filtrado?

–Pues no. Por eso te he llamado.

– ¡A mí! En ningún caso he...

–No te preocupes. Por el momento no tengo ningún sospechoso, aunque en principio todos lo somos, yo incluido.

– ¿Qué quiere que haga?

–Conoces los rincones de esta casa mejor que yo, así que ya estás buscando pistas. Empieza por Patricio, y de ahí en adelante con todos los demás.

Gigi Borelli mordisqueaba un emparedado de jamón y queso al tiempo que inspeccionaba los papeles que tenía sobre la mesa.

Cada poco salían de sus labios frases entrecortadas.

"Arturito y su amigo han hecho un buen trabajo, sí señor; así que esto es lo último que han tramado los israelíes, buen informe, sí señor; el Samuel ese es un fiera, con todo esto que me han mandado le amargo la vida a la tía esa, fijo, y a otro alguno también."

De vez en cuando caían miguitas de pan que él recogía con la yema del dedo corazón y depositaba en el cenicero; allí se mezclaban con los restos de los cigarrillos y un habano a medio consumir.

"Así que no andaba yo tan equivocado, vaya, vaya, parece que alguien está recibiendo dinero de la Travels Trust; pues esto hay que aprovecharlo; mañana va a la prensa."

Se levantó al cabo de un tiempo y acercándose a una pequeña nevera que tenía detrás de la mesa extrajo un bote de cerveza. Sopesó el bote con la mano izquierda, lo agitó ligeramente y luego tiró de la anilla de apertura saliendo la cerveza a borbotones. Antes de que se derramara la espuma lo acercó a los labios, bebió con ansiedad y, tras unos segundos, eructó largamente. A continuación retornó a sentarse.

"Tengo que ir a Moriae y hablar con el jodido Sito, vaya animal; y hay que preparar los pasquines, se están retrasando demasiado, al final tendré que estar yo en todo; el tema de la Comisión para las obras sociales está a medio gas ¡qué desastre...!"

Terminado el emparedado barrió con la palma de la mano las migas que quedaban sobre la mesa, sacudió algunos papeles para desprender los últimos residuos de pan y seguidamente sacó un habano del bolsillo interior de la americana, lo encendió a toda prisa y volvió a sus cavilaciones.

"Debo confirmar mi asistencia a la reunión de Niza y asegurar las reservas de Arturito y los demás.

Pero vamos bien, yo creo que vamos bien. Si las negociaciones de Niza resultan como yo espero estamos salvados. Y van a salir bien porque los tenemos agarrados por los huevos, al menos a los de Travels Trust y la *Holy Pilgrims*. Hemos debilitado sus justificaciones gracias a los de Jerusalén. O mucho cambian las cosas o en Niza se bajan los pantalones al segundo día. Por esta parte no creo que haya sorpresas.

Con el grupo *Pelerins* no lo tengo tan claro; dicen que se han fusionado pero de momento anda cada uno por su lado; además, me da la impresión de que están dispuestos a jugar a dos bandas, con la Travels para continuar explotando las rutas a Tierra Santa y con nosotros para meter la cuchara en el Camino de Santiago. El presidente del grupo me parece un hijo de puta de mucho cuidado y está convencido de que tiene poco que perder en la negociación, pero se equivoca; a ver si Ferenc me consigue finalmente todos sus trapicheos y se los rebozamos por la jeta, se piensa que no sabemos lo del blanqueo de dinero y los apartoteles en Menorca. Con el vicepresidente lo veo más fácil, es un pesebrero y en cuanto le insinuemos algo pone el cazo, seguro, habrá que llenárselo bien, y luego a tragar con las propuestas que pongamos encima de la mesa."

## Capítulo 5

**1**

Amaro la vio acercarse. Con ella retornaban todos los recuerdos, todas las caricias. Se aproximaba hacia él; la sonrisa de siempre, los ojos alborozados, el caminar ágil. Algunas arrugas alrededor de los ojos y en la frente marcaban los años transcurridos desde la última vez que se vieron. ¡Dios mío, lo que había querido a aquella mujer!

Ahora la tenía delante, como si el tiempo no hubiera pasado y como si los gestos que a continuación haría cada uno de ellos fueran los habituales entre personas que se han visto con asiduidad. Nada, sin embargo, podía ser igual que antaño –pensó–.

En un primer momento, indecisos, optaron por darse la mano, manteniendo una distancia que realmente ninguno de los dos deseaba; finalmente se aproximaron y se rozaron las mejillas. Amaro lo hizo de forma más fría y protocolaria. Ada apretó la cara con fuerza y la mano que posó sobre el hombro del sacerdote también presionó suavemente. En seguida se separaron. A ella le pareció que Amaro conservaba su mismo pelo rebelde, pero entreverado de canas. Las facciones del rostro se le habían endurecido, era más anguloso. Amaro vestía con chaqueta sport, camisa de cuello alto y pantalones vaqueros. Ningún signo externo de su ministerio.

–Ada…

–Amaro, Amaro, no sabes cuánto me alegro de verte.

–Yo también me alegro.

– ¿Cuánto hace que no estábamos como ahora?

–Desde luego un montón de tiempo.

–Años, hace años.

– ¿Cómo estás Ada, cómo te va la vida?

–En general bastante bien, si no tenemos en cuenta lo que está sucediendo ahora.

–De vez en cuando recibo prensa y revistas desde Israel. Por

ellas veo que has ido progresando.

–No te creas todo lo que dicen los periódicos –le contestó Ada riéndose, cómplice–. A veces lo que cuentan se parece poco a la realidad.

– ¿Sabes? tenía miedo de encontrarme contigo.

– ¿Miedo? ¿Y cómo puedo darte miedo yo?

–La palabra miedo quizá no sea la más adecuada. Después de que me llamaras he dudado muchas veces si venir o no. Me preguntaba si debía de hacerlo en mi actual condición, también si este encuentro no me perjudicaría más aún ante los que me calumnian. Podría ser la ocasión que estaban esperando.

–No creas que yo no he tenido eso en cuenta...

Amaro la interrumpió y continuó hablando. Tenía ganas de explicarse ante ella, como si eso le ayudara a disipar la culpabilidad que sentía.

–Pero pensé, yo con Ada estoy en deuda para siempre –a continuación le hubiera gustado decir: "mi condición de sacerdote no puede ser un obstáculo para ayudar a alguien acosado como tú; menos aún si se trata de una persona por la que siento tanto afecto" pero se mordió los labios y esas palabras no salieron de su boca–. Y aquí estoy –prosiguió–. Después de verte me alegro de haberlo hecho. No me arrepiento.

–Yo también dudé mucho antes de llamar. Sabes que desde entonces nunca te había pedido que nos viéramos. Jamás lo he intentado.

–Lo sé, Ada, y te lo agradezco.

–También conoces que he estado varias veces en España y no te he llamado.

–Efectivamente, así ha sido.

–Reconozco, Amaro, que he deseado verte y estar cerca de ti. Tampoco te voy a engañar en eso. Pero ahora no tienes nada que temer en ese sentido, ni en ningún otro.

–No tengo ya ningún temor.

–Te he llamado porque, teniendo en cuenta lo que está

pasando en mi país, quería que alguien de confianza me contara lo que sucedía en España. Inicialmente pensé en Patricio, pero luego me dije ¿por qué tengo que renunciar a ver a Amaro? ¿Sólo porque es ahora sacerdote? ¿Por qué no puedo llamarle y quedar con él? Más o menos eso es lo que ha pasado.

–Me alegro de que al final me hayas elegido a mí en lugar de a Patricio –respondió Amaro sonriendo–; de todas formas él no hubiera podido venir a Francia.

– ¿Qué le pasa? ¿Está en Irlanda, huyendo de la quema?

–Patricio está en el hospital.

– ¿En el hospital?

–Sí. Lo encontraron de madrugada, hace unas semanas, lleno de magulladuras y una costilla rota, sin varios dientes. Le han dado una paliza.

– ¿Quién?

–Todavía no se sabe. Algunos están acusando a grupos de cabezas rapadas; dicen que ha sido un ataque indiscriminado y cosas así; yo no me lo creo. Quien quiera que haya sido fue directamente a por él.

– ¡Pero cómo puede tener enemigos una persona como Patricio, si es incapaz de hacer mal!

–Ya ves cómo está el panorama.

– ¡Qué animales!

–En estos momentos, cualquiera que no diga exactamente lo que algunos quieren es una escoria y un enemigo. Estoy comprobando en propia carne que no se andan con chiquitas. Nadie se libra. A cada uno le dan lo suyo.

– ¿Qué está pasando contigo?

–Para empezar, encontré una mañana las cuatro ruedas del coche pinchadas. Imagínate el contratiempo. También se han repartido unos pasquines, por supuesto anónimos, en los que se me insulta y calumnia. Y lo que están publicando algunos periódicos no quiero ni contártelo.

– ¿Pero qué dicen?

–Se meten con mi trabajo en la Comisión de obras sociales: negligencia en la gestión, amiguismo, veladas acusaciones de malversación. Parece como si toda mi trayectoria allí hubiera sido un tremendo error. Esto último me está costando asimilarlo. Comienzo a estar harto.

– ¡No abandonarás ahora la Comisión!

–Pues no descarto hacerlo.

– ¡Después del tiempo que has dedicado, del esfuerzo que has puesto!

–Ando bajo de moral con ese tema. De todas formas ya no soy tan necesario como al principio. Se ha creado un buen equipo, pueden hacerlo perfectamente sin mí.

–No sería lo mismo.

–Creo que sí sería igual. Además, empiezo a necesitar más contacto con la realidad. Ocupar puestos de dirección se hace a costa de la proximidad con las personas; la gestión te aleja de ellos.

–Eso que dices son excusas que te estás buscando.

–No, Ada, no. Si pierdes la perspectiva de los problemas, si te acomodas a las circunstancias, estás acabado. Puede que triunfes como gestor, pero como ser humano has finalizado. Para mí lo importante es la proximidad con el que sufre.

–Eso lo puedes tener siempre si te organizas bien.

–A lo mejor tienes razón, pero yo ahora lo veo así. Quizá me han pillado en una época de debilidad.

– ¿No habrá algo más que no quieres contarme?

–Pues...

– ¿Hay otras cosas? –insistió la mujer.

–Están utilizando nuestra amistad para dejarme fuera del tema, dicen que soy un obstáculo más que una ayuda, y... –se detuvo Amaro un momento antes de continuar–.

–Y ¿qué?

–Y vierten montones de basura sobre nosotros dos, sobre

nuestra antigua relación. La bazofia corre de boca en boca y se insinúa hasta en la prensa. Hay gente que me mira ya de una forma extraña.

– ¿Es eso entonces lo que te pasa?

–No quiero que por mi culpa, o a través mío, te hagan daño. Si alguien quiere venir contra mí que lo haga, pero sin mezclarte.

– ¿Qué dicen de mí?

–Además de lo anterior, cuentan tantas estupideces que si no fuera por las circunstancias sería para tomárselas a risa. En algunos medios de comunicación te acusan de odiar todo lo español, de que estás resentida y que por eso escribes lo que escribes y haces lo que haces.

– ¡Vaya ocurrencias! ¡Qué poco me conocen!

–Fíjate, han llegado a decir que tus descubrimientos sobre Santiago el Mayor son la revancha de los judíos sefardíes por la expulsión de España. Algo así como una venganza histórica, al cabo de quinientos años, utilizando uno de los símbolos más genuinos de la identidad nacional española. La España de los Reyes Católicos, la España que os mandó al exilio, tenía como seña de identidad al santo compostelano. Ahora, a través tuyo, los sefarditas estáis devolviendo el odio, el resentimiento que os arrojó de vuestras casas.

–Mentiras, eso es todo mentira.

–Los más extremistas hablan de conjuración judía contra la religión católica. El antisemitismo se está desgañitando estos últimos meses. Oigo cosas que me ponen los pelos de punta.

– ¿Por qué se me ataca así? Yo sólo soy una investigadora.

–Te consideran la cabeza visible de un complot.

– ¡Detrás de mis investigaciones no hay ninguna conjuración! Me dedico a buscar huellas, rastros del pasado, y los interpreto.

–Muchos consideran que el pasado está ya escrito y es inmutable.

–Me niego a aceptar posturas dogmáticas de ese tipo –Amaro volvió a contemplar con agrado el rictus de sus labios al enfadarse y las arrugas de la frente, que como una sombra se le aparecían en esos momentos–.

–Esa es una parte del problema, que no aceptas lo que algunos consideran verdades reveladas.

–Si alguien tiene otros datos que los exponga, que me los muestre. Estoy dispuesta a debatir cualquier tema, a rectificar si es preciso. Pero no a que se me ataque y se me ensucie.

Amaro la miraba y reconocía cada uno de los gestos. Eran movimientos que creía tener olvidados. La memoria, cicatera, suele guardar unos cuantos rasgos de las personas queridas y empuja hacia el olvido a muchos otros, aparentemente no tan esenciales. Sin embargo, estos últimos forman el día a día de nuestra relación y son los que nos permiten reconocer a la otra persona. ¡Cómo he podido olvidar ese movimiento de la mano al hablar! –se decía el sacerdote.

–Quienes más te atacan –prosiguió Amaro– no tienen otros datos, ni los necesitan tampoco. Sólo tienen intereses. Su cabeza es un bolsillo que les duele únicamente cuando comienza a vaciarse.

– ¡Qué asco me da todo esto! –exclamó la profesora. En el fondo, no creas que me extraña. En mi país, aunque de forma distinta, las cosas tampoco están mucho mejor. Los grupos ultraortodoxos y los radicales presionan mucho. Han hablado con el rector de la Universidad y le han pedido que me retire de la cátedra, que me expulsen de la Facultad. El propio decano está asustado. Antes tenía mucho interés en que se publicara todo. Ahora dice que me espere, que hay que hacer más comprobaciones.

–No creo que se atrevan a llegar a más.

–Sí se atreverán. Lo peor de todo esto, lo que más me duele, es que varios grupos económicos han utilizado los descubrimientos para sacar beneficios. Están montando nuevas rutas turísticas con las peregrinaciones.

–Ya me lo habían contado.

–Pero yo no tengo la culpa de eso, Amaro.

–Los periódicos de España dicen que sí.

– ¡Ah, sí! ¿Y qué falsedades cuentan esta vez?

–Que hay un acuerdo entre los operadores turísticos y tú.

– ¿Un acuerdo? ¿En qué sentido?

–Tú sacas a la luz los "descubrimientos" que ellos necesitan para montar los negocios y, a cambio, te pagan los trabajos de investigación.

– Otra necedad más. No pueden aportar ninguna prueba en ese sentido.

–Pues varias revistas han publicado listas de entidades que financian a la Universidad de Jerusalén, a tu Facultad en concreto.

–Los trabajos de excavación son muy caros y se costean tanto con aportaciones de organismos públicos como de empresas privadas; se hace así en todo el mundo ¿qué hay de malo en eso?

–Entre la empresas que aportan dinero aparece la *Travels Trust*, con eso tienen bastante y lo cuentan como si fuera la prueba definitiva.

–Puede que algún operador turístico financie los proyectos, yo no lo sé, tú sabes que yo no controlo el tema económico, que lo lleva directamente la Universidad. En todo caso, de ahí no puede deducirse la existencia de un acuerdo.

–Ya te he dicho que aprovecharán cualquier indicio y cuando no los tengan se los inventarán. Tampoco esperes que alguien te plantee un debate científico; son especialistas en el arte de la insidia, así que nunca irán a una confrontación directa.

– ¿Nada podemos hacer entonces?

–Sí. Sí que podemos.

– ¿Qué?

–Mantener la calma, de momento. Y esperar. Esta tormenta se irá y cuando todo se haya sosegado será la ocasión de hablar. En tu caso defender los descubrimientos que has hecho. Al fin y al cabo no te has metido con nadie en concreto. No has hecho ninguna acusación.

–Por eso me duele más oír las que me hacen.

–Esto pasará, Ada, pasará. En el momento que consigan un cierto equilibrio económico, cuando el reparto de ganancias sea satisfactorio para todos, se calmará.

–Es repugnante.

–El fondo del asunto les da igual. ¿Tú crees que les importa

mucho si el cuerpo de Santiago El Mayor ha estado alguna vez en España o si nunca salió de Galilea? Tú y yo sabemos que el impulso que mueve a un peregrino es algo más que unos huesos, por muy santos que sean.

–Es tan claro lo que dices que no sé cómo hemos podido llegar a esta situación.

–Estamos así porque lo esencial les da lo mismo, ya te lo he dicho. A unos sólo les interesa el negocio actual y a los otros el tinglado que pretenden montar a costa de tus afirmaciones.

–Se me está poniendo dolor de cabeza sólo de oírlo. Si no te importa cambiamos de tema.

–Como quieras.

Durante un tiempo que a Amaro se le hizo extremadamente largo permanecieron en silencio. Como si agotado el tema de conversación no supieran encontrar uno nuevo o, por el contrario, temieran ambos hablar de algo que pudiera resultar embarazoso para el otro. Ada se había quedado ausente, mirando fijamente al vaso de refresco que tenía entre las manos, girándolo y jugueteando con los cubitos de hielo. Amaro la observaba en silencio sin atreverse a sacarla de su ensimismamiento. La mujer vestía una blusa ligeramente transparente y una falda corta que dejaba ver sus rodillas y las piernas que tanto le turbaron en otros tiempos. Estaba realmente hermosa, con esa serenidad que va dando la madurez y que hace extraordinariamente atractivas a muchas mujeres. Amaro sentía crecer por momentos el deseo de acercar la mano hasta el rostro de Ada y acariciar sus mejillas, en un acto que no sabía muy bien si sería de consuelo o de cariño. Pero se contuvo. En cambio se atrevió a hacerla una pregunta que llevaba mucho tiempo inquietándole.

– ¿Te has casado?

Ada, sorprendida, dejó de agitar los cubitos de hielo pero apenas modificó su postura.

–No, no me he casado. He tenido poco tiempo para esas cosas. Las clases y las excavaciones me ocupan tanto que apenas si queda algo para mí misma.

– ¿No has tenido tiempo?

–Es cierto que dedico poco tiempo a todo lo que no sea mi trabajo, pero –la profesora levantó entonces los ojos y miró

directamente a los de Amaro– ahora que me lo preguntas te voy a responder con toda sinceridad. Mira, me había jurado no decírtelo nunca; no quería interferir en la decisión que tomaste entonces. En realidad sigo soltera porque no he encontrado ningún hombre a quien haya querido tanto como a ti. He tenido otras relaciones, como te puedes imaginar, algunas realmente satisfactorias. Pero no quería engañar a nadie ni engañarme yo misma. Tu recuerdo me perseguía, estabas demasiado presente. A veces me decía, pero qué tonta soy, seguro que hay muchos hombres como él y mejores. Pero no. A nadie he querido como a ti y a nadie voy a querer ya. Esa es la verdad; esta es la única razón. Ya lo has oído todo y no sé si me arrepentiré luego por habértelo contado.

Amaro era el que estaba ahora nervioso, con la mirada huidiza; dudaba entre sonreír o seguir sin hacer gestos que pudieran malinterpretarse. Finalmente, tras unos segundos de titubeo, respondió.

– ¡No sabes cuánto me halaga lo que estás diciendo! ¿Qué más puedo desear que el afecto de una mujer como tú? –vacilando, pareciéndole que había puesto demasiada vehemencia en las anteriores palabras continuó–. Sabes que te aprecio y eres la mejor amiga que nadie pueda tener.

– ¿Seguro que el haberme querido no ha sido un obstáculo para ti?

–No. No creas que me avergüenzo o reniego de nuestra relación. Al contrario, mi pasado, incluyendo las personas que he amado, forma parte de mí y me siento orgulloso de él. Aquello que vivimos lo considero una de las épocas más plenas de mi vida. Pero en su día hice otra opción y aunque no sin vacilaciones sigo firme en ella.

–Entonces tienes más suerte que yo, porque hace un rato, cuando nos hemos encontrado y, sonriendo, me has mirado a los ojos y has pronunciado mi nombre, he vuelto a estremecerme como entonces. Afortunadamente para ti es sólo un pasado que ni te duele ni te quema. Para mí es puro presente.

–No seas injusta conmigo, Ada, por favor.

–Perdona, Amaro, tienes razón. Disculpa. Creo que ya he hablado bastante. Espero no tener que arrepentirme.

–No, mujer, después de tantos años sin vernos es normal...

–Tú puedes hablar de ello con una serenidad de la que yo carezco.

–No te confundas. Estoy haciendo grandes esfuerzos por contenerme. ¿Te piensas que yo no he deseado muchas veces llamarte y volar junto a ti? Pues te equivocas.

–Perdóname otra vez, no quiero empujarte a nada, no quiero que digas cosas que luego...

–Y yo quiero que ahora me escuches. Para mí tampoco ha sido fácil y continúa sin serlo. Hace tan sólo unos momentos he sentido unas ganas tremendas de acariciarte la cara y el pelo, como te gustaba, pero no debo, no puede ser... no puede ser...

–Tienes razón será mejor que...

–Escucha, escucha. Antes te he dicho que aquello que sentimos y vivimos hace años es lo que da sentido a buena parte de mi vida. Te lo digo con toda la sinceridad de la que soy capaz: cuando en un momento de tu vida haces balance, sólo si has amado o te has sentido querido sabes que ha merecido la pena. Lo demás: éxitos profesionales, triunfos sociales, dinero, fama, bien está siempre que vaya acompañado de lo otro. Hay una estrofa, en la liturgia católica, que lo dice bien claro: "en el atardecer de la vida te examinarán del amor".

– ¿Y qué nos quedará a nosotros de aquello, Amaro? en nuestro atardecer ¿qué me quedará a mí?

–Nos quedan los robles que una tarde de otoño vimos arder ¿te acuerdas?

–Los estoy viendo todavía – al decirlo volvía a recordar, entre los árboles, el brazo de Amaro deslizándose sobre su espalda –.

Y como si aquel recuerdo fuera un sortilegio capaz de despertar gestos dormidos, Ada vio la mano de Amaro acercarse hacia su pelo, acariciarlo con suavidad y descender luego a las mejillas y la cara en un recorrido que, a fuerza de deseado, le pareció tan fugaz como maravilloso.

Y mientras eso sucedía, Ada lloraba para sus adentros, y repetía como una autómata las palabras tantas veces recitadas, tantas veces oídas inconscientemente durante los tiempos felices. Nunca pensó que ella misma pudiera llegar a sentirlas tan dolorosamente un día:

“Yo, yo te ofreceré perlas de lluvia traídas del país donde nunca llueve…

Yo excavaré la tierra hasta encontrar tesoros que cubran tu cuerpo de oro y de luz…

Déjame ser la sombra de tu sombra, la sombra de tu mano, la sombra…”

## Capítulo 6

**1**

El prior se dirigió despacio hacia el despacho del arzobispo. Como siempre, vestía traje gris en el que no podía hallarse una sola arruga. El pelo negro, un poco largo, peinado con raya a la derecha y de tan perfecta rectitud que más de una broma le gastaban sobre el tiempo que tardaba en hacérsela. Se movía con un ligerísimo contoneo. Llegó a la secretaría del arzobispo y con suavidad preguntó si podía pasar hasta el despacho de éste. Le respondieron afirmativamente.

–Buenos días. Pase, pase –le indicó el arzobispo con desgana nada más verle asomar la cabeza–.

–Muy buenos días.

–Tome asiento. Ahí mismo –le señaló uno de los sillones de madera y cuero que había al otro lado de su mesa–.

Mientras el prior rebuscaba en la cartera de mano que traía y sacaba papel y pluma por si debía tomar alguna nota, el arzobispo, mirando con frialdad al recién llegado, dijo:

–Quería usted verme ¿no?

–Efectivamente, monseñor. Me gustaría darle cuenta detallada del asunto de Israel.

–Antes de nada ¿Qué sabemos de Patricio?

–Continúa en el hospital. Al parecer han surgido complicaciones. Tiene algunas lesiones en el bazo que no le fueron detectadas inicialmente y eso está retrasando su recuperación. De lo demás ya está mejor. Cuando hace tres días estuve a verle parecía de buen humor y bromeaba sobre su propio aspecto; ya le conoce. Quería a toda costa venir a hablar con usted sobre el tema que nos ocupa, pero le dije: “lo importante ahora es recuperarse, Patricio; como la salud no hay nada; olvídese de los demás problemas, que ya se irán resolviendo.”

–Supongo que ya se conoce lo sucedido ¿no?

–Alguna cosa ha trascendido. Yo conozco sobre todo lo que él

mismo me ha comentado. Según cuenta, abandonó el *pub* Irish Inn sobre las dos menos cuarto de la madrugada. Allí tiene una tertulia con varios amigos y conocidos. Salió acompañado de un par de ellos y luego se quedó sólo; al poco le pareció que varios individuos le seguían y aceleró el paso, pero se le echaron encima rápidamente y le empujaron hacia un callejón que allí hay. Eran, cuatro o cinco personas con pasamontañas en la cabeza. Entre la oscuridad y la lluvia apenas podía ver nada; sólo recuerda que le insultaban y decían: ¡vete a Irlanda, aquí no queremos extranjeros! y cosas por el estilo. Sintió que le golpeaban en la frente y perdió el conocimiento; cuando volvió en sí estaba completamente empapado y sangrando; dio voces, pidió socorro, y entonces llegaron varios jóvenes que le atendieron y se encargaron de llamar a una ambulancia. Más o menos eso es lo que ha pasado, según cuenta él, le repito.

–No es mala persona este Patricio, aunque se obceca con los temas ¿Y se sabe algo de los agresores?

–Pues no. Que yo sepa no se ha acusado a nadie oficialmente. La policía ha estado interrogando a varios *cabeza rapadas*. Leí en la prensa que ya tenían algunos sospechosos, pero al final no ha cuajado. Estamos como el primer día.

–Es raro que no hubiera ningún testigo. Que nadie viera nada –insistió–.

–Tenga en cuenta que eran las dos.

–Así y todo. Suele haber bastantes jóvenes en la calle a esas horas.

–Pues hasta el momento no han aparecido testigos. En general la gente trata de evitarse embrollos y complicaciones. Es un comportamiento rechazable, pero muchos, por miedo o comodidad, prefieren callar a verse testificando en procesos judiciales.

–Lamentablemente eso es lo más usual.

La recelosa actitud del prelado hacia el prior no había variado en el transcurso de la conversación, y aunque procuraba ser cortés, interiormente estaba midiendo el alcance de cada una de sus palabras –.

– ¿Y de Amaro, qué sabe? –volvió a interrogar el arzobispo.

–Según me han informado en la Comisión de obras sociales continúa en Guatemala. Cuando dimitió del cargo de Comisionado se

marchó a Centroamérica. Está visitando varios de los proyectos de desarrollo que cofinancia la Comisión. Al parecer estará por allí bastante tiempo.

–Creo que no se han portado nada bien con él.

–Tenía enemigos. Seguro que muchos han aprovechado las circunstancias.

–De todas formas siento pena por todo lo sucedido. Es un hombre honesto, consecuente. A pesar de que he estado en desacuerdo con algunas de sus actitudes le reconozco una entrega al alcance de pocos. Vino a verme unos días antes de partir y, fíjese, no parecía triste; estaba convencido de que era lo mejor que podía hacer. No mostraba tampoco ningún rencor, ni resentimiento por nada ni por nadie –el prelado miró con intención al prior que parecía ajeno a sus palabras–. ¡Ojalá tuviéramos más como él!

–Le advierto que antes de marcharse hizo también un viaje a Francia. Se ha entrevistado con la profesora Ben Zacut, según me cuentan.

–Eso es agua pasada. No hay que hacer leña del árbol caído –le cortó rápidamente el arzobispo –. Ha solicitado usted verme, pues cuénteme lo que sea, no tengo mucho tiempo.

–En primer lugar, le diré que por el momento no se publicarán las tesis y conclusiones del equipo de Ben Zacut. La Universidad de Jerusalén ha paralizado las excavaciones y mantiene los estudios bajo llave.

–Esa no es la solución –respondió con contrariedad–. No se trata de entorpecer los descubrimientos sino de llevarlos por los cauces del rigor y la meticulosidad. Lo que ha dicho esa mujer sobre el Apóstol Santiago debe ser oficialmente comprobado o desmentido. No puede solventarse diciendo simplemente que se guardan los papeles bajo siete llaves.

–Hay otras cuestiones que aunque no nos afectan directamente también debe conocer monseñor.

–Pues dígame.

–Se trata de la especie de guerra habida entre agentes sociales, especialmente del sector turístico.

–Ya me comentó en su informe lo que, desdichadamente,

estaba sucediendo. Nunca faltan carroñeros cuando se anuncia la batalla –había en las palabras del prelado un extraño tono de reproche y sus ojos escrutaban con más fijeza todavía al prior, como si tratara de ir más allá de lo que decían sus labios–.

–Las aguas bajan más calmadas. El enfrentamiento entre los operadores turísticos está prácticamente finalizado. Ya no compiten entre sí.

– ¿Y eso? ¿Cómo ha sido posible?

–Varios representantes de la Confederación internacional de rutas jacobeas, entre ellos don Giacomo Borelli, han tenido reuniones en Francia y Alemania con el grupo *Pelerins*, la *Travels Trust* y su filial la *Holy Pilgrims*. Estos últimos preparaban una campaña para desprestigiar el actual Camino y ofrecer rutas alternativas hacia el sepulcro de Israel.

–Ya –se limitó a responder sarcástico el arzobispo–.

–Según me han informado, las reuniones han sido un completo éxito. Lograron alcanzar un pacto que satisface a todos.

– ¡Qué trapicheos, qué trapicheos! –la expresión del mitrado había ido ensombreciéndose según oía las explicaciones de su interlocutor. En su rostro podía leerse una interrogación, como esperando que el prior espontáneamente añadiera algo que no terminaba de decir–.

–Creo que es lo mejor que podía suceder, al menos en estos momentos –remachó el prior–.

–Intereses económicos como esos, por legítimos que sean, sólo sirven para entorpecer la búsqueda de la verdad y las investigaciones científicas.

–Me temo, monseñor, que esas interferencias sean inevitables. Hay que contar con ellas.

–Volviendo al tema inicial. ¿Ha valorado ya las repercusiones que ha tenido entre los fieles la noticia sobre el descubrimiento del sepulcro?

–Sabemos por experiencias pasadas que si no hay novedades ni se habla mucho del asunto todo se irá diluyendo. La fuerza de la tradición es más poderosa que esos rumores.

– ¿Tan sencillo?

–Hay otras posibilidades. Dado que según el informe de Patricio falta una parte de los huesos del Santo, siempre puede argumentarse que precisamente esos restos que faltan son los que aparecieron en Compostela. Ni siquiera será necesario que la Iglesia se pronuncie sobre el particular. La piedad popular hará suya de forma espontánea esta tesis. No lo dude usted monseñor.

–Veo que lo tiene todo previsto.

–Yo, monseñor, sólo he cumplido con mi obligación y con su encargo.

– ¿Está, entonces, satisfecho de su trabajo?

–No me gusta hablar de mí. Estoy satisfecho del resultado.

–Yo, en cambio, del resultado estoy satisfecho a medias y de su trabajo nada.

– ¡Cómo...! ¿Cómo dice?

–No se haga el tonto, me ha oído perfectamente.

–No comprendo lo que quiere decirme.

–Se lo voy a explicar. O, mejor dicho, va usted a explicarse. Más allá de cómo se está resolviendo todo y de la satisfacción o desagrado que me producen algunos hechos, quiero aclarar con usted una serie de extremos. Me alegro que haya venido a verme pues pensaba llamarle yo.

– ¿Qué quiere de mí?

–Hace unos meses aparecieron unos panfletos en los que se insultaba, con calumnias, a Amaro. Por cierto, aquí tengo un ejemplar – el arzobispo abrió un cajón de la mesa y sacó una hoja, tamaño cuartilla, impresa por una sola cara –. Es pura bazofia.

El prior permanecía expectante, sin moverse y sin decir nada, oyendo como continuaba el prelado.

–El problema es que algunos de los datos aquí recogidos sólo pueden ser proporcionados por alguien que esté dentro de la Comisión de obras sociales, o con contactos en ella, como usted. Quería preguntarle sobre el particular. ¿No sabrá usted quién ha podido ser?

–No lo sé. Y, disculpe, pero la pregunta me parece innecesaria.

–Yo creo que no. ¿Usted, de verdad, no conoce nada?

–Perdone otra vez, monseñor, esas afirmaciones resultan hirientes y...

– ¡Cálmese! De momento no he afirmado nada. Sólo he preguntado. Y ahora otra más. ¿Dónde está el informe que le entregó Amaro para mí? Sé que acordaron redactar cada uno de ustedes un informe y hacérmelo llegar. He recibido el suyo, pero no el de Amaro. También sé que se lo entregaron a usted. ¿Dónde está ahora?

–No recuerdo donde lo he puesto. Fue llevado a mi despacho cuando yo no estaba. Luego lo estuve leyendo y me pareció que sólo contenía afirmaciones gratuitas, que no aportaban nada.

–Esas valoraciones no le correspondían a usted. Debió entregármelo sin más dilaciones.

–Si me he equivocado, le pido disculpas, pero sólo trataba de evitarle perder el tiempo, que se enojara innecesariamente.

–Eso no es asunto suyo. Cuando salga de aquí se pone a buscarlo y me lo da.

–Si quiere voy ahora mismo.

–Pues sí. Vaya y me lo trae inmediatamente. Le espero.

**2**

El arzobispo, tras la salida del prior, permaneció sin levantar la vista de los papeles que tenía sobre la mesa. Con los dedos, nervioso, golpeteaba el portafolios de cuero que había a su derecha. Recordaba, ensimismado, su última conversación con Amaro dos meses antes. Durante esa charla se abrieron camino algunas de las sospechas que ahora terminaban de salir de sus labios.

–Monseñor, vengo a despedirme –le había saludado Amaro aquel día–.

– ¡Cómo a despedirse! ¿Pero es que se marcha?

–Sí, me voy

– ¿A donde?

–Eso todavía no lo sé, pero dejo la Comisión de obras sociales.

–No puede usted hacer eso.

–Tal vez no deba hacerlo, pero ya he presentado la dimisión. Está hecho y no cabe marcha atrás.

–Me deja usted de piedra ¿no habrá sido por estos últimos líos?

–No, pero han contribuido. Hace tiempo que me rondaba la idea de marcharme y volver al contacto con la gente. Ahí es donde me siento a gusto, donde tengo la sensación de cumplir el ministerio al que me debo.

–No puedo creer lo que me está contando. Usted ha sido siempre un luchador, y abandona ahora porque cuatro descerebrados reparten pasquines contra usted.

–No es eso, monseñor. Esos incidentes, si así podemos llamarlos, sólo han acelerado la decisión. Le he dicho que viene de atrás. Empezaba a sentirme asfixiado.

– ¿Qué piensa hacer ahora?

–He dejado la dirección de la Comisión de obras sociales, pero seguiré trabajando en alguno de los proyectos, pero a pié de obra, eso sí.

–Creo que ha tomado una decisión errónea. Debe reconsiderarlo de inmediato.

–No, de momento no voy a reconsiderar nada. Más adelante tal vez.

–Entonces, ¿podemos esperar que dentro de un tiempo vuelva?

–Sólo puedo decirle que por ahora no continúo dirigiendo la Comisión.

–Un error, lo que ha hecho es una equivocación. De todas formas, antes de marcharse debe entregarme algo que me prometió.

–No recuerdo tener nada pendiente…

–Prometió hacerme un informe sobre los descubrimientos de la profesora Ben Zacut y no lo he recibido. Me ha llegado sólo el del

prior.

–Ese informe ya lo entregué, ¿no le ha llegado?

–No.

–Pues estoy tan sorprendido como monseñor; pensé que obraría ya en su poder. Se lo envié al prior en la confianza de que se lo entregaría a usted.

–El prior sólo me ha traído el suyo.

–Entonces, debe tenerlo él todavía. Me aseguré de que lo habían llevado a su despacho.

– ¡Qué raro! ¿Por qué no me lo habrá dado?

–Monseñor, sabe usted que no me gusta comentar nada de otras personas a sus espaldas, pero la actitud del prior en estos meses me resulta un poco extraña.

– ¿A qué se refiere? –le preguntó expectante–.

–Tengo la impresión de que me rehuye. He tratado de hablar con él las últimas semanas y no se pone al teléfono; le he enviado recados y tampoco he obtenido respuesta. Yo no recuerdo haberle dado motivos para ello.

–Ahora que saca usted el tema, le diré que me han llegado algunos rumores que no he querido comprobar, pero tal vez vaya siendo hora de hacerlo. ¿Sabe usted si el dueño de un restaurante, Moriae creo que se llama, es un tal Arturito?

–Sí, así es.

– ¿Y que a ese restaurante acude con frecuencia el tal Giacomo Borelli, de la Confederación de rutas jacobeas?

–No suelo frecuentar mucho bares y restaurantes, pero, efectivamente, Gigi Borelli es un asiduo de Moriae. Patricio es quien suele contarme esas cosas, también es cliente del restaurante. Pero no quiero que mis palabras sirvan para que usted piense...

–No se preocupe. En realidad sólo confirma ciertas sospechas. Sabemos que en ese restaurante se ha manejado una copia del dossier que nos presentó Patricio cuando vino de Israel. Y que conocían los preparativos del viaje.

–No tenía ni idea de lo que me cuenta. ¿Cómo podían saber esos detalles?

–En claro no tenemos nada.

– ¿No sospechará que Patricio ha estado hablando lo que no debía?

–Estamos recibiendo informaciones muy contradictorias, que apuntan en varias direcciones. Me disculpará, pero ahora no puedo ni debo decir más. Lo que no acabo de entender es lo del prior. Es sorprendente su comportamiento al no entregarme el informe de usted.

–Seguro que ha sido un olvido.

–Puede ser, puede ser, pero de todas formas habrá que ir comprobando esa y otras cuestiones. Hay otros asuntos del prior que...

## 3

Los golpes que sonaron en la puerta del despacho en esos momentos hicieron que el arzobispo retornara al presente. Los recuerdos de su última conversación con Amaro quedaron así interrumpidos.

Era el prior, que volvía con un tomo encuadernado en la mano.

–Ya estoy de vuelta. Menos mal que lo he encontrado. Si quiere leerlo ahora puedo venir luego.

–No. No se marche. Déjelo sobre la mesa, más tarde lo estudiaré. Siéntese. Vamos a continuar. Ahora, me gustaría que explicara por qué se opone y, de hecho, ha impedido a Patricio el acceso a los archivos episcopales para investigar la correspondencia cruzada entre el arzobispo Gelmírez y el papa Calixto II.

–Ese estudio no trataba de averiguar la verdad. Partía ya con un resultado prefijado. Patricio está convencido de que Gelmírez y el Papa conocían la supuesta tumba del lago Tiberíades y que por intereses personales siguieron con el Camino de Santiago. No quería descubrir nada, sólo corroborar su punto de vista. Hubiera sido un tremendo error permitírselo. Por otro lado, si el resultado de sus pesquisas hubiera sido positivo tendríamos un nuevo escándalo, estaríamos echando más leña al fuego. ¡Piense en las portadas de

periódicos y revistas!

–Usted se ha extralimitado en sus atribuciones. Debía de haberme informado y yo hubiera decidido lo más conveniente; puede que tal vez coincidiera con usted, pero en modo alguno puedo aceptar el procedimiento empleado.

–En ese caso, perdone otra vez, monseñor, no volverá a suceder.

– ¿Conocía con antelación que Patricio podía ser objeto de una agresión, como, luego, desdichadamente, ha sucedido?

–Yo... ¡cómo puede monseñor pensar que yo...! – el traje gris del prior había empezado a perder la tersura que le era propia. Las arrugas aparecían por todas partes–.

–Porque ese y otros actos vandálicos se han tramado y decidido en el local de un amigo suyo.

– ¿De un amigo mío?

–Sí, en el restaurante Moriae. El dueño es Arturito, ¿le conoce? –el prior se estremeció al oír el nombre.

–Claro que le conozco, pero eso no significa que yo tuviera conocimiento previo de un hecho que rechazo y que nunca justificaría.

–Quería oírlo de sus labios. ¡Vaya manera que tienen algunos de apoyar sus ideas! Agredir a un hombre no es defender una causa, es sólo agredir a un hombre.

–Estoy totalmente de acuerdo con monseñor.

–A propósito de Arturito – el prior miró con ojos estupefactos al arzobispo, temiendo lo peor –. No me mire así que yo no doy pábulo a rumores malintencionados, como hacen otros. Sé a ciencia cierta que ese Arturito ha hecho llegar a la Confederación, y más en concreto a Giacomo Borelli, informaciones procedentes de esta casa que conocían muy pocas personas. Entre ellas usted. Una de las informaciones que nunca debió salir de aquí es todo lo relacionado con el viaje de Patricio a Israel y con el informe que redactó, que ha sido filtrado.

– ¿Insinúa que yo tengo algo que ver con eso?

–Digo que si tenemos en cuenta las pocas personas que lo

conocíamos, que usted era una de ellas y que los demás han salido perjudicados, o agredidos, me temo que todo apunta en dirección suya.

–Con todos los respetos, creo que está yendo demasiado lejos y…

–Todavía no tengo la seguridad de que haya sido usted. Si tuviera la certeza se lo diría. He dicho que todo apunta en su dirección y quiero que sepa cómo están las cosas.

–Alguien puede haber sustraído una copia de mi despacho. Seguro que no ha faltado dinero para sobornos.

–También lo he pensado y he encargado que se hagan averiguaciones. Le tendré al corriente de lo que se vaya sabiendo.

–Espero que se aclare cuanto antes.

–Lo que sí puedo afirmar es que usted ha estado presente en alguna de esas reuniones entre la Confederación de rutas jacobeas y la *Travels Trust*. Durante el verano, usted hizo un viaje a Niza en compañía de Arturito ¿En nombre de quién asistía usted? No recuerdo que me haya pedido permiso para ello, ni pintaba nada allí.

–Se lo puedo explicar, monseñor, no es lo que a simple vista puede parecer.

–Soy todo oídos.

–Por pura casualidad, Arturito y yo estábamos de vacaciones, unas vacaciones programadas con mucha antelación a todo esto, y coincidimos allí con Gigi Borelli y la reunión. Al finalizar las sesiones, puesto que Arturito conocía a varios de los asistentes, quedábamos con ellos para tomar café y charlar un rato. No podía negarme y jamás utilicé mi condición en los contactos que mantuve. Nunca manifesté representar a nadie.

– ¡Qué mala suerte tuvo usted! Estar allí en el momento equivocado –le respondió el arzobispo con amargura–. Cuando al principio de esta conversación usted me contaba lo sucedido en esas reuniones, yo ya sabía de su existencia y de su participación. He estado esperando una explicación suya, que espontáneamente me diera una excusa, que no lo ocultara. Desgraciadamente no ha sido así; he tenido que interrogarle para oírlo de su boca.

–Le estoy contando lo que realmente sucedió.

–Otra cosa –el prior estaba perdiendo la compostura por momentos; miraba cada poco el reloj y en su voz había un temblor que pocas personas habían llegado a contemplar–. ¿Le suena de algo el apellido Toledano?

–Así, de repente, no recuerdo – le contestó, poniéndose de todos los colores –.

–Piense, piense.

–Si monseñor me dice quién es, a qué se dedica, tal vez pueda recordar.

–Es un líder religioso israelí, de origen sefardita. Samuel Toledano es su nombre completo.

– ¡Ah, ya recuerdo! Coincidimos en unas jornadas ecuménicas hace algún tiempo e hicimos amistad. Es un hombre muy versado sobre España y sus tradiciones, de una gran cultura, encantador en el trato.

– ¡Cuántas casualidades!

– ¿Por qué dice eso?

–Porque este hombre ha dirigido en Tel Aviv la campaña contra los descubrimientos de la profesora Ben Zacut sobre la historia de Israel.

–Toledano estaba muy preocupado con la negación de hechos tales como la conquista de la tierra de Canaan por los israelitas o la monarquía de David y Salomón. Nosotros, por la parte que nos toca, estábamos también indignados. Las tesis de Ben Zacut son una peste para cualquier creyente, cristiano o judío. Emponzoñan los textos sagrados, manchan las verdades reveladas...

–Supongo igualmente que por esa misma razón, los argumentos utilizados en España y en Israel contra Ada Ben Zacut han sido muy similares, así como las acciones emprendidas contra ella; tanto que daba la impresión de estar coordinadas por las mismas personas.

–No sé de qué coordinación me habla. Sólo hemos hablado por teléfono con sus colaboradores en alguna ocasión. Pensé que era lo más eficaz en esas circunstancias.

–Ha tenido usted una vida muy agitada en los últimos tiempos. Con razón le hemos visto tan poco.

–Todo lo que he hecho, incluidos mis errores, ha sido para cumplir su encargo.

– ¿Sólo para cumplir mi encargo?

–También para salvaguardar la tradición jacobea y la piedad del pueblo. Era mi deber. No he buscado ningún otro beneficio y menos lucro personal.

–Pues sus vacaciones en Niza, hotel incluido, fueron pagadas por Giacomo Borelli.

–Con su permiso, me voy a marchar. Sus palabras no hacen más que confundirme y si, como veo, no da crédito a lo que digo, es inútil que le explique nada.

–Puede marcharse. Pero antes de hacerlo ponga atención a lo que voy a decir. He sentido como una obligación hacerle estas preguntas antes de que se las hagan otros. Puedo entender que alguien defienda los hechos que la tradición compostelana considera como ciertos. De igual forma comprendería que, con razón o equivocadamente, hiciera cuanto está en su mano para demostrar la falsía de cualquier hecho que niegue esa tradición jacobea; pero lo que, según parece, ha estado sucediendo no es posible justificarlo ni entenderlo. En nuestra tarea de encontrar evidencias no podemos llevar cualquier compañero de viaje, y tengo claro que las empresas turísticas y sus intereses no deben ser nuestros aliados. Ellos buscarán siempre un pacto que les permita salvar los muebles, al precio que sea. Nosotros, en cambio, debemos echar luz donde otros llevan confusión. Por el momento no quiero poner en duda que su intención ha sido buena, ni que el interés que le ha guiado sea otro que llegar a la verdad, pero considero que, con independencia de los resultados obtenidos, su conducta en este asunto ha sobrepasado los límites del compromiso ético al que estamos obligados. Para mí el fin no justifica los medios, por ello he ordenado que se le abra un expediente informativo y, entre tanto, queda suspendido en sus funciones. Si las explicaciones que me ha dado son correctas no tiene nada que temer. Si por el contrario no lo son, aténgase a las consecuencias.

–Si ha terminado, monseñor, necesito salir.

–Sí, sí, he acabado.

Las personas que estaban en el antedespacho vieron salir una imagen desconocida del prior. La raya del pelo había perdido su rectitud de tiralíneas; la tez, normalmente blanquecina, estaba

enrojecida, especialmente en los pómulos; sus movimientos eran bruscos, muy alejados de las suaves maneras que acostumbraba; el traje parecía un guiñapo. Salió y, sin saludar ni dirigir palabra alguna a las personas que allí había, se perdió, con lo ojos mirando al vacío, por un pasillo que iluminaban grandes ventanales. La luz dibujaba sombras en el rostro del prior.

## 4

Unos minutos después volvió a abrirse la puerta del despacho del prelado. Era Antonio.

–Perdone si me he retrasado un poco.

–No tiene importancia.

–Me dijeron que el prior estaba aquí y pensé que lo mejor sería que no me viera entrar.

–Has hecho muy bien. No hay necesidad de enconar más las cosas.

– ¿Ha dado alguna explicación? ¿Ha justificado su comportamiento?

–En un principio no ha contado nada de lo que me hubiera gustado y al final he tenido que tirarle de la lengua.

–Creo que va a colaborar poco.

–Yo también lo pienso. Pero seguiremos adelante, con su colaboración o sin ella.

–Será más difícil, y doloroso para todos, pero si no hay otro remedio...

–Te confieso que en algunos momentos no sé muy bien cómo actuar, ni qué pensar de los descubrimientos de Cafarnaúm, ni sobre la profesora Ben Zacut, ni sobre el prior si me apuras.

–No me extraña, cada día se complica más.

–Me gustaría tener el suficiente sosiego para obrar con ecuanimidad. Pero una cosa tengo clara en medio de tanto alboroto: se han terminado los tiempos opacos; no debemos rehuir las aclaraciones sobre hechos religiosos o los descubrimientos culturales que nos

afecten; tampoco tenemos que tomar como una afrenta las informaciones que nos desagradan.

– ¿No es una apuesta demasiado arriesgada, monseñor?

–En mi último viaje al Vaticano coincidí con monseñor Tolkey, Presidente del Consejo para las Comunicaciones Sociales, y hablé de este tema con él.

–Le conozco; no creo que comparta su opinión.

–No, pero fue respetuoso con lo que yo decía. Me insinuó que si quería seguir este rumbo que lo hiciera, pero sabiendo que si me equivocaba sería mi responsabilidad y que ellos no asumirían las consecuencias más allá de unas declaraciones de apoyo de carácter muy general.

–Si algo falla le dejarán solo.

–Puede ser. Pienso que los de Roma van a consentirme actuar, sin entusiasmo pero sin zancadillas.

– ¿Y va a arriesgarse?

–Voy a arriesgarme, Antonio.

–Pues cuente con mi apoyo hasta el final.

–Te lo agradezco. No soy tan ingenuo como para no darme cuenta de los peligros que mi actitud supone, pero creo que las instituciones eclesiásticas han de ser más transparentes.

–Sería conveniente, en justa correspondencia, que las instituciones sociales, en especial los medios de comunicación, estuvieran abiertos al fenómeno religioso, a los aspectos espirituales de la vida humana, porque de lo contrario no se entendería bien esa transparencia que monseñor pretende.

–Eso es, pero alguien tiene que dar el primer paso. Creo que éste es el momento adecuado para hacerlo. Lo vengo repitiendo desde que supimos lo del sepulcro: obraremos con prudencia y cautela, pero sin ocultar nada ni detener las investigaciones científicas. Así lo expuse durante mi viaje a Roma y así continúo pensado. Quiero que se aclare todo, con mesura, sin alharacas.

–Pues ahora, si le parece a monseñor, concretamos qué hacer con el asunto del prior y todo lo demás.

–Lo primero es contrastar lo que ya conocemos y ampliarlo. Necesito saber quién ha estado maquinando tanto dislate, si es que ha sido así.

–Además de al prior ¿investigaremos a Borelli?

–Sí

– ¿Y al grupo de Moriae?

–También. Sobre cualquiera que tenga que ver con la trama, en España o fuera de ella.

–Sólo con nuestros  recursos no va a ser posible.

–A grandes males grandes remedios; utiliza cualquier medio honesto que pueda sernos útil.

–Me he tomado ya la molestia, pensando que monseñor daría su aprobación, de contratar una agencia de detectives francesa.

– ¿Lo has hecho directamente?

–No, naturalmente que no. Con ellos han hablado desde la Fundación *O mnium Scientiarium*. El arzobispado no aparece por ningún sitio, ni ninguna institución directamente eclesiástica.

–Una buena ocurrencia utilizar la *Omnium Scientiarium*. De una Fundación especializada en temas culturales nadie va a desconfiar.

–Así lo pensé también, pero habrá que hacer algo más. ¿Desde Roma pueden apoyarnos en algo?

–No quisiera dar demasiadas cuentas al Vaticano todavía. ¿Qué necesitamos que hagan?

–Deben ponernos en contacto con determinadas comunidades católicas de Israel.

–Para eso no habrá ningún problema.

–Tendré que ir allí, si monseñor no dispone otra cosa.

–Ve a Roma, a Jerusalén y donde quiera que sea necesario. Tienes vía libre ¿Y aquí, en Santiago, como lo haremos?

–La agencia de detectives, aunque francesa, trabajará también en España. De algunas gestiones, dentro del arzobispado y en otras

instituciones religiosas, me encargaré yo personalmente.

–De acuerdo, de acuerdo. Tenme informado de cuanto vayas averiguando.

## Capítulo 7

**1**

La ciudad se desperezó, como cada amanecer, con un rumor de pasos, cercanos unos, remotos otros, que avanzaban inexorablemente, sin sosiego, hasta el fondo de su corazón.

La noche anterior había llovido copiosamente, pero durante el día las nubes se fueron aborregando camino del sur, dejando ver, de vez en cuando, un trozo de azul que se convertía en charco de luz sobre las calles.

Adormecido sobre el asiento, oyendo de fondo el ruido amortiguado de los motores, Patricio volvió a escuchar la voz del piloto anunciando que terminaban de abandonar cielo peninsular y volaban ya sobre las aguas verdeazuladas del Mediterráneo. Sumergido en la modorra, veía los prados de Irlanda, la casa de sus antepasados, el recibimiento alborozado de sus primos. Reflexionaba sobre sí mismo, sobre el hecho de que su infancia hubiera transcurrido entre Irlanda y Galicia, dos *finis terrae*, los confines del mundo civilizado de antaño, tierras ante un abismo de océano. Estaba convencido de que esa particularidad le había dado la peculiar forma de su carácter, ese buscar siempre el más allá, lo que se esconde bajo la apariencia engañosa que llamamos certidumbre. En unas cuantas horas pisaría de nuevo las calles de Jerusalén y los campos de Galilea. Le alegraba volver y retomar el trabajo pendiente.

A esa misma hora, en la pequeña barra que el restaurante Moriae tiene antes de acceder al comedor, Gigi Borelli, directivo de la Confederación internacional de rutas jacobeas, comentaba las incidencias de los últimos días con Arturito, dueño del restaurante y antiguo seminarista. Tomaban raciones de mejillones y navajas.

–Oye. Algo gordo está pasando otra vez en el arzobispado –dijo Arturito, haciendo una seña al camarero para que sirviera un vermut blanco a Gigi–.

– ¿No sabes qué es?

–No. Exactamente no.

–Sabrás de qué se trata al menos.

–Sólo sé que lo llevan muy en secreto.

–Quería hablarte de otra cosa –continuó Gigi Borelli, cambiando de tema–. Lo que hagan o dejen de hacer en el arzobispado ya nos da igual. Lo más importante para nosotros es que se ha cerrado bien la negociación con *Travels Trust.*

–Ha costado ¿eh?

–Sangre, sudor y lágrimas, que dijo no sé quien; horas y horas de reuniones por media Europa, y montones de euros, pero ha merecido la pena.

– ¡No me lo puedo ni creer!

–Hemos conseguido, fíjate, que sólo haya un Camino de Santiago y que es, lógicamente, el que llega a Compostela.

– ¿Y los trayectos que proponían ellos?

–También siguen adelante, con otros nombres, claro. Serán varias rutas agrupadas bajo la denominación común de Camino de los Cruzados. Pero ninguno de los nuevos itinerarios irá a Cafarnaúm, ni en la publicidad se mencionará el sepulcro ese; y lo que no está en la publicidad no existe, ya sabes. Para apoyarles estamos cofinanciando la edición y comercialización de varios libros sobre las Cruzadas y, quizá, una serie de televisión. Desde Francia, a todos los peregrinos que vengan a Santiago se les ofrecerá, en un mismo paquete turístico y a precio muy reducido, la posibilidad de hacer al año siguiente, o en el último semestre del año, el Camino de los Cruzados. Yo creo que en un par de temporadas esa zona puede estar también a tope.

– ¡Rapaz, no ves que tenemos los vasos vacíos! ¡Trae unos percebes para don Giacomo!... Oye, Gigi, ¿no se volverán atrás?

–No, de eso nada. La colaboración va a continuar. Un grupo de nuestros expertos está ya asesorando a la *Holy Pilgrims* en la definición, organización y estructuración de las rutas a Tierra Santa. Otro está trabajando en la comercialización y explotación de los símbolos: camisetas, pegatinas, regalos, *pins*, mecheros, de todo...

–Bueno, bueno, qué maravilla.

–De cara al futuro –continuaba ufano Borelli–, todas las empresas allí presentes nos hemos comprometido a intercambiar experiencias y, sobre todo, a la creación de sociedades mercantiles conjuntas.

–El Camino a salvo…

–Sí, el Camino de Santiago, nuestro Camino, se ha salvado, gracias a Dios.

**2**

A esa misma hora aproximadamente, no muy lejos de Moriae, en el despacho del arzobispo, Antonio, todavía con el cansancio del reciente viaje a Roma, daba cuenta al prelado de las últimas averiguaciones.

– ¿Qué hay de las excavaciones y de las investigaciones científicas? Me prometieron en la Secretaría de Estado que harían todo lo humanamente posible para llegar hasta el final, que continuarían estudiando los hallazgos de Ben Zacut. Para otros puede no ser importante, para Compostela lo es.

–Y así parece que se hará, monseñor. Venía también a decírselo. Traigo el comunicado que va ha hacer público el Vaticano.

–A ver; déjame ver cómo lo han resuelto.

–Puede leerlo usted mismo. En esencia, por acuerdo entre la Santa Sede y el Estado de Israel, con el asentimiento de los palestinos, se ha creado un Comité Internacional que se encargará de estudiar, contrastar y depurar los datos que se conocen. Van a revisar las investigaciones del equipo de arqueólogos de Jerusalén. Este Comité estará compuesto por científicos de varios países y diferentes confesiones religiosas.

–Bien. Me tranquiliza. Lo más importante para mí, como ya sabes, es que se ponga luz sobre el asunto de Santiago el Mayor. Espero que atinen en la elección de los miembros del Comité y que nadie intente tácticas dilatorias, aunque me temo que el sistema elegido va a retrasar la solución.

–Se calculan uno dos años de trabajo como mínimo hasta que lleguen los primeros resultados. Personalmente no me parece nada malo. Si algo puede resultar pernicioso es la precipitación. Prefiero esperar que cerrarlo en falso.

–Confiemos en que acierten.

–Confiemos

–Y de lo demás ¿tienes ya todo?

–Creo que sí.

– ¿Hay pruebas sólidas?

–Pienso que de sobra. Han sido poco prudentes y dejaron rastros por todas partes. Hemos encontrado muchas personas dispuestas a hablar.

– ¿Tantas han colaborado con ellos?

–Sorprendentemente sí. Muchos lo han hecho de buena fe, pensando que ayudaban al arzobispado. Alguien se encargó de filtrar esa idea, y por si faltara algo, la presencia del prior en los tejemanejes persuadió a muchos más. Daban por sentado que detrás del prior estaba usted.

– ¡Vaya disparate! ¡Cuanto daño puede haberse hecho en mi nombre!

–Giacomo Borelli diseñó estrategias para actuar coordinadamente en diferentes lugares. Todas ellas tenían como objetivo final y único neutralizar los nuevos proyectos turísticos; aunque para ello hubiera que pactar o llegar a fusiones, como realmente ha sucedido. Con tal de repartirse el pastel de las peregrinaciones no han reparado en medios.

– ¿Y cómo han obligado a pactar a los competidores?

–Pues muy sencillo; debilitando los argumentos de éstos. Si ponían en entredicho a la profesora Ben Zacut los competidores tendrían menos fuerza en la negociación. Por eso debían actuar en Israel y contrarrestar las afirmaciones de Ben Zacut con otras de similar validez, y desacreditarla como científica y como persona.

–Eso no puede hacerse sin apoyos en ese país.

–Claro; inicialmente fue una de las mayores dificultades que encontraron. Carecían de infraestructura y de tiempo para crearla. Pero la obtuvieron gracias a la inestimable ayuda de una persona.

–No necesito que me lo diga, les ayudó el prior.

–Sí. Su participación resultó esencial, puso en contacto al grupo de Borelli con el rabino Samuel Toledano, y, a partir de ahí, Borelli pudo apoyarse en la poderosa organización que Toledano

dirige desde Jerusalén.

– ¡No podía ser de otra forma! Sólo así se explican las coincidencias entre ambos grupos.

–Por último, de las actuaciones aquí, en Santiago, y de casi todo el juego sucio, fue encargado un tal Sito Piñeiro. Todo indica, aunque en esto no hemos obtenido pruebas concluyentes, que Piñeiro está detrás de la agresión a Patricio.

–Sospechaba que contaban con muchos apoyos, pero nunca imaginé que la trama llegara tan lejos.

–Tal y como le adelanté, la participación del prior en varias reuniones entre la Confederación de rutas jacobeas y la compañía *Travels* está fuera de duda. Ahora sabemos que no sólo el viaje a Niza fue organizado y pagado íntegramente por Giacomo Borelli; tenemos copia de facturas y justificantes de gastos realizados en otros muchos contactos, encuentros y lugares: Bruselas, Francfort, París, Venecia...

– ¿Y los panfletos que calumniaban a Amaro?

–Obra de Piñeiro. Este sujeto se encargó de imprimirlos y repartirlos, pero el texto de los pasquines y algunas de las noticias que publicaron los periódicos sobre el mismo tema fueron filtrados desde este edificio, por el prior. Una persona de la Comisión de obras sociales, que ya ha sido descubierta, le pasaba datos falsos sobre la gestión del Comisionado.

–Resulta que el contacto lo tenían en el arzobispado, y yo, mientras, en la higuera. ¡Qué ingenuo!

–No se mortifique, eso mismo nos ha pasado a los demás. A veces me costaba creer lo que con tanta claridad se me iba mostrando.

–Y lo que más me duele; casi todo el mundo desconfiando de Patricio sólo porque iba con frecuencia a ese restaurante. Estábamos convencidos de que había obrado sin discreción. Ha sido necesario que le den una paliza para que busquemos en otras direcciones.

–Tal y como le informé en su día, el prior y el tal Arturito son muy amigos. Esa amistad viene de lejos, de cuando ambos estaban en el Seminario. Aunque se les ve poco en público suelen estar juntos a menudo. Salen de viajes, vacaciones...

–Lo dicho, en la higuera.

–A través del prior, Arturito obtuvo una copia del informe que elaboró Patricio a su vuelta de Tierra Santa –mientras hablaba Antonio, el arzobispo apretaba los labios y movía la cabeza con indignación –.

– ¿Y cómo se enteró el Vaticano de lo que estábamos haciendo en Jerusalén? El Nuncio me comentó que las noticias habían llegado a Roma desde Israel.

–Y no le mintió. La Santa Sede fue puesta sobre aviso desde Tel Aviv.

–No creo que fuera una indiscreción de Patricio durante su viaje.

–No, pero durante el tiempo que Patricio pasó en Israel fue controlado por hombres de Samuel Toledano. Le seguían en todos y cada uno de los pasos que daba. Sabían con quién se entrevistaba, los lugares a los que iba y hasta sus comidas preferidas. Y en esa tarea Toledano fue ayudado por algunas comunidades cristianas. Lo he comprobado: fueron católicos melquitas quienes llevaron los primeros rumores a la Nunciatura en Israel.

–O sea, que la vinculación del grupo de Borelli con Toledano, a través del prior, va más allá de unos encuentros casuales o llamadas esporádicas, como han pretendido hacerme creer siempre.

–Así se desprende de los datos que tenemos. Se han comprobado las llamadas telefónicas y los envíos por fax. Ha habido una coordinación premeditada y consciente con el rabino; éste informaba casi diariamente sobre cómo evolucionaban las noticias en Israel al mismo tiempo que se acordaban mensajes y estrategias para atacar a la profesora Ben Zacut. En este sentido y aunque no sirva para disculparle, considero que el prior ha sido una más de las piezas utilizadas por Borelli en su guerra particular con los operadores turísticos del Próximo Oriente.

El prelado escuchaba sin decir una palabra. Recostado hacia atrás en el sillón, los ojos cerrados y las manos con las palmas juntas y apoyadas sobre los labios, trataba de retener en su memoria las palabras de Antonio, que continuaba su relato.

–Otro de los hechos comprobados, tal vez el más sucio, también es fruto de esta colaboración –durante unos instantes el arzobispo abrió los ojos y preguntó–.

– ¿De qué se trata?

–Toledano y la arqueóloga Ben Zacut son miembros de la comunidad sefardí, se conocen desde jóvenes aunque se encuentran en posiciones ideológicas contrarias. Pero gracias a esa proximidad, el rabino pudo averiguar la antigua relación entre Amaro y la profesora, y utilizarla luego, a través del prior, contra el antiguo Comisionado. Una táctica barriobajera, como monseñor puede ver.

–Pero ¿por qué? ¿Por qué ha obrado así este hombre? ¿Por qué? –se quejó con amargura el mitrado–.

–Supongo que los motivos pueden ser muchos y que nunca los conoceremos íntegramente. Yo creo que a ello le ha llevado, por un lado, una percepción extraviada de lo que debe ser la fidelidad hacia las tradiciones piadosas; también la convicción de que con ello se preservaba la Iglesia como institución y, en última instancia, porque alguien muy querido para él se lo pidió. El prior y Arturito, como le he comentado, mantienen una relación muy especial, que no quiero calificar.

–No es necesario que continúes –le interrumpió el prelado con el semblante extremadamente serio–. Ya he oído suficiente. Entrégame todo. Está claro lo que debo hacer. Muchas gracias.

Al salir su secretario el arzobispo se puso en pie, miró a alrededor con desconsuelo e hizo intención de golpear la mesa con el puño, pero se contuvo. Cogió el teléfono y llamó por línea interna.

–Que venga inmediatamente el señor prior –casi gritó a uno de sus colaboradores–.

## 3

Aquella mañana la bruma permaneció enganchada en las copas de los árboles más tiempo de lo habitual. Cuando al fin se despejó, un enorme sol rojo apareció sobre el horizonte verde. Aún no había empezado a llover, pero tardaría poco en hacerlo. Llovía todos los días.

Junto al cauce del río, en un claro del bosque arrancado a golpe de machete y fuego, se arremolinaban casi medio centenar de casas, una iglesia, un dispensario médico y una escuela. A partir del poblado sólo existían los caminos inciertos de la jungla, abiertos o no en función de la intensidad de las lluvias.

El río, en cambio, era más seguro; salvo crecidas extremas permitía navegar por sus aguas casi todos los días del año, incluidos los cayucos.

En el chamizo usado como escuela, un hombre con pantalón corto y botas detuvo las explicaciones que daba al grupo de niños; observó con atención la columna de humo negro que subía río arriba. Al principio era poco más que una línea vertical y delgada sobre el fondo de nubes grisáceas. Luego fue engordando y haciéndose más oscura. Al poco se escuchaba el ruido. Ya viene la motora –pensó–. Unos minutos después, la embarcación fue un bulto moviéndose al trasluz de los árboles de la ribera. Al disminuir la velocidad y hacer las maniobras de aproximación, desde la escuela se hicieron perceptibles las manchas de herrumbre y el deterioro del casco. Finalmente el barco se acercó al entramado de palos y tablas que hacía las veces de pantalán, traqueteando, como si le fuera a estallar el motor. Una vez amarrado, bajó un hombrecillo flaco y renegrido, y dejando sobre las tablas una saca que portaba en la mano, gritó: “Ahí les dejo el correo; cójanlo, que se les moja.”

Poco después, salvo el inhabitual olor a gasóleo y aceite quemados, nada indicaba la presencia unos minutos antes de alguien o algo ajeno al bosque, al río o a los cayucos de los pobladores.

–Don Amaro, tiene usted un paquete de España. Ahora mismito se lo acerco –oyó que le decían–.

–Póngalo ahí. Cuando termine la clase lo recojo. Muchas gracias.

Durante al trayecto desde la escuela hasta la casa en la que vivía, al lado mismo de la iglesia, Amaro se entretuvo con las personas que cada poco se le acercaban. Estaba deseando llegar para abrir el inesperado presente. Cuando al fin entró, nada más cerrar la puerta, buscó el remite. Efectivamente se lo enviaban desde España. Patricio Galway, el bueno de Patricio, se había acordado de él. Al abrirlo encontró varios folios escritos y algunos periódicos y revistas en distintos idiomas. También había un sobre cerrado.

Leyó en primer lugar las hojas escritas.

“Estimado Amaro:

Hace tiempo que me rondaba por la cabeza la idea de escribirle y darle noticias de cómo marchan las cosas por aquí. Unas veces por pereza y otras por no atreverme, he ido posponiéndolo.

Una serie de acontecimientos recientes, y la promesa que le hice a cierta persona, me han decidido finalmente a hacerlo.

Me ha costado localizar una dirección a la que enviarle todo esto. Aún a riesgo de que se perdiera se lo he mandado.

La última vez que supo de mí estaba todavía en el hospital. Afortunadamente todo eso ya va quedando lejos, y si no fuera por las molestias que todavía me quedan y algún que otro medicamento que debo tomar, lo tendría completamente olvidado.

Siguen sin encontrar a los culpables y le diré que, en cierta forma, casi me alegro. No me apetece nada ver las caras de los que me atacaron, ni conocerles. Así queda todo como una pesadilla, con bultos sin rostro que me golpeaban y gritaban.

He vuelto a hacer mi vida con normalidad, aunque al principio me costaba salir por la noche. La primera vez que volví a hacer el mismo recorrido, a la misma hora, noté un poco de miedo, se lo reconozco. Pero he terminado por acostumbrarme y tampoco quiero renunciar a estar con mis amigos en los lugares que me apetece y a la hora que quiera. Como pienso que lo sucedido es fruto de las circunstancias por las que hemos pasado, mis temores a que vuelva a ocurrir van desapareciendo.

Junto con estas líneas le mando unos periódicos y revistas que cuando los reciba estarán ya atrasadísimos. Sin embargo, estoy seguro de que le alegrará leer algunas de las noticias que cuentan. Como no me resisto a la tentación de hacerle un resumen de lo más interesante le comento que las revistas que están en hebreo me las ha dado la profesora Ada para usted. Hace unas semanas he vuelto a Israel, enviado por el señor arzobispo, y he estado con ella. El día que regresaba a España me entregó también el sobre que le envío y me hizo prometerle, ya conoce su terquedad, que se lo haría llegar. Así que con esto cumplo gustosamente lo prometido.

La razón de mi nuevo viaje a Jerusalén es que formo parte del Comité Internacional que se hará cargo de continuar las excavaciones e interpretar los resultados. No sé si esto último lo conocía usted. Lejos de haberse paralizado, como algunos pretendían, las investigaciones sobre si el túmulo de Cafarnaúm y los restos encontrados pertenecen realmente al apóstol Santiago van a continuar. Además, se hará con las garantías suficientes para que las conclusiones puedan ser más fácilmente aceptadas. Comprenderá mi alegría por este hecho y la ilusión que voy a poner en el empeño. Si esto último le alegra, más le contentará saber que la profesora Ben

Zacut también ha sido nombrada miembro de ese Comité. Como se imaginará, no ha sido fácil poder contar con su presencia. Tras muchos tiras y aflojas se ha impuesto la cordura. Ella también está muy satisfecha, pues al menos se le da la oportunidad de explicar sus trabajos, de contrastar las investigaciones, en definitiva, de ser oída. Estoy impaciente por retomar la tarea aunque me temo que iremos con bastante lentitud. Si al final podemos llegar a resultados sólidos lo daré por bien empleado.

Cuando usted se marchó, la situación de la profesora en la Universidad de Jerusalén era muy delicada, pero ahora casi ha vuelto a la normalidad. Afortunadamente continúa al frente de su cátedra y parte de los descubrimientos, aunque a cuentagotas y evitando las partes más polémicas, han comenzado a ser publicados en revistas especializadas y, por cierto, con bastante aceptación.

Por los demás periódicos, me refiero a los que están en castellano, conocerá otras cosas que en el fondo no dejan de causarme tristeza. Recogen noticias sobre el arzobispado y los cambios habidos en el mismo desde que usted se fue. El señor prior ya no sigue en su puesto. No me atrevo a calificar su comportamiento. Al fin y al cabo quién soy yo para juzgar los motivos que llevan a que un hombre preparado y brillante como él cometa tal cúmulo de errores, imprudencias y desatinos. A grosso modo le contaré, y créame si le digo que me cuesta no ya escribirlo sino hasta pensar en ello, que el texto de los pasquines que le calumniaban a usted fue redactado con la colaboración del prior y distribuido a través de Arturito. Un cómplice de la Comisión de obras sociales le suministró algunos datos. Por el mismo sistema el grupo de Borelli conseguía los informes que nosotros íbamos conociendo y sabían al dedillo los detalles del asunto. De igual modo se coordinaban con quienes desde Jerusalén se oponían a las interpretaciones de Ada. En esta tarea fueron apoyados y colaboraban, a veces de buena fe y sin estar en pleno conocimiento, otros miembros del cabildo y de varias instituciones. Me disculpará que no continúe con este tema, ya le he comentado lo esencial y, como le he dicho, me incomoda hasta contarlo.

Pasando a otros asuntos, le diré que he reflexionado mucho, durante los últimos tiempos, sobre el revuelo que se armó al conocerse el hallazgo de los presuntos restos del Apóstol. Y continúo sin comprenderlo enteramente, más allá de los claros intereses económicos de algunos sectores. Supongo que para muchas personas resulta increíble que unos simples datos empíricos puedan contradecir algo tan "cierto" como el traslado de los huesos de Santiago a Compostela, cuando siglos de tradición piadosa así lo sostienen.

¿Qué temores se desataron? ¿Qué peligros creyeron algunos que podían llegarnos? ¿Pensaron tal vez que era el final del Camino de Santiago? Si fue así, ¡qué equivocados estaban! Lo que late en la mente, o en el corazón, de quienes se ponen en el Camino es la convicción de que el final del viaje será mejor cuanto más alejado, más placentero cuanto más fuera de lo cotidiano. Quizá sea la misma razón que empujó a tantos en busca del país del Vellocino de Oro, el imposible Jardín de las Hespérides o el todavía no enterrado sueño de El Dorado. Quizá buscan sólo la utopía de llegar a una tierra remota y por ello maravillosa. Lo demás, sea un vellocino de oro, un jardín de las delicias, la tierra que mana leche y miel, o los huesos de un santo enterrado y desenterrado varias veces, son excusas que necesitamos para ponernos en marcha, justificaciones ante los demás.

He escrito en alguna ocasión que la espiritualidad de todo viaje, sea por motivos de religión, iniciáticos o por causas culturales, está en el propio esfuerzo, en el anhelo de quienes se ponen en marcha. Lo importante es el viaje y la soledad. Porque éste Camino, como cualquier otro sendero, se hace en soledad aunque vayas en pandilla. El esfuerzo, grande o pequeño, lo hace uno mismo. Nadie puede sustituirte en él. Y, ahí precisamente, está el mérito, mucho o poco, que pueda haber en el empeño.

Y con esto vamos a ir terminando. Ya me he alargado bastante más de lo que era mi deseo inicial.

Espero, no obstante, que le sirva para recordar un rato a las personas que dejó aquí y que le estimamos.

Reciba un afectuoso abrazo"

## 4

Al terminar de leer la misiva de Patricio, con los folios en la mano, Amaro se quedó pensativo; luego dejó de lado los periódicos y las revistas, y cogió el sobre que le enviaba Ada. Era un sobre grande, tamaño folio, de esos reforzados y acolchados que se utilizan para proteger el contenido de los deterioros del transporte. Antes de abrirlo lo miró por ambos lados. Sólo encontró en la parte delantera su letra picuda con la frase "Para Amaro". Una vez abierto comprobó que sólo contenía una fotografía casi del mismo tamaño que el sobre. Era un paisaje en el que se veía una arboleda y al fondo, ladera abajo, las aguas de lo que parecía ser un lago. Tras mirarlo con fijeza lo recordó: era el bosquecillo de robles por el que solían pasear cuando iban a

Galilea.

En el reverso de la fotografía Ada había escrito un texto en francés. Lo leyó despacio:

“Ça c´est, pour moi, le plus beau et le plus triste paysage du monde.

On risque de pleurer un peu si l´on s´est laissé apprivoiser … mais quand tu seras consolé (on se console toujours) tu seras content de m´avoir connu.

Tu seras toujours mon ami.”

Sonriendo, reconoció las frases y el libro del que procedían. Estaban sacadas de *Le Petit Prince*, de Antoine de Saint– Exupéry. En cierta ocasión ella se lo había regalado.

Se levantó, hurgó dentro de un armario desvencijado que tenía y allí estaba, no por casualidad, el ejemplar que ella le regaló. Entre los pocos objetos personales que se llevó había traído ese libro. Buscó las frases y las fue traduciendo en voz alta:

“Este es para mí el paisaje más bello y más triste del mundo.

Se corre el riesgo de llorar un poco si te has dejado “querer”… pero cuando te hayas consolado (siempre se consuela uno) estarás contento de haberme conocido.

Serás siempre mi amigo”